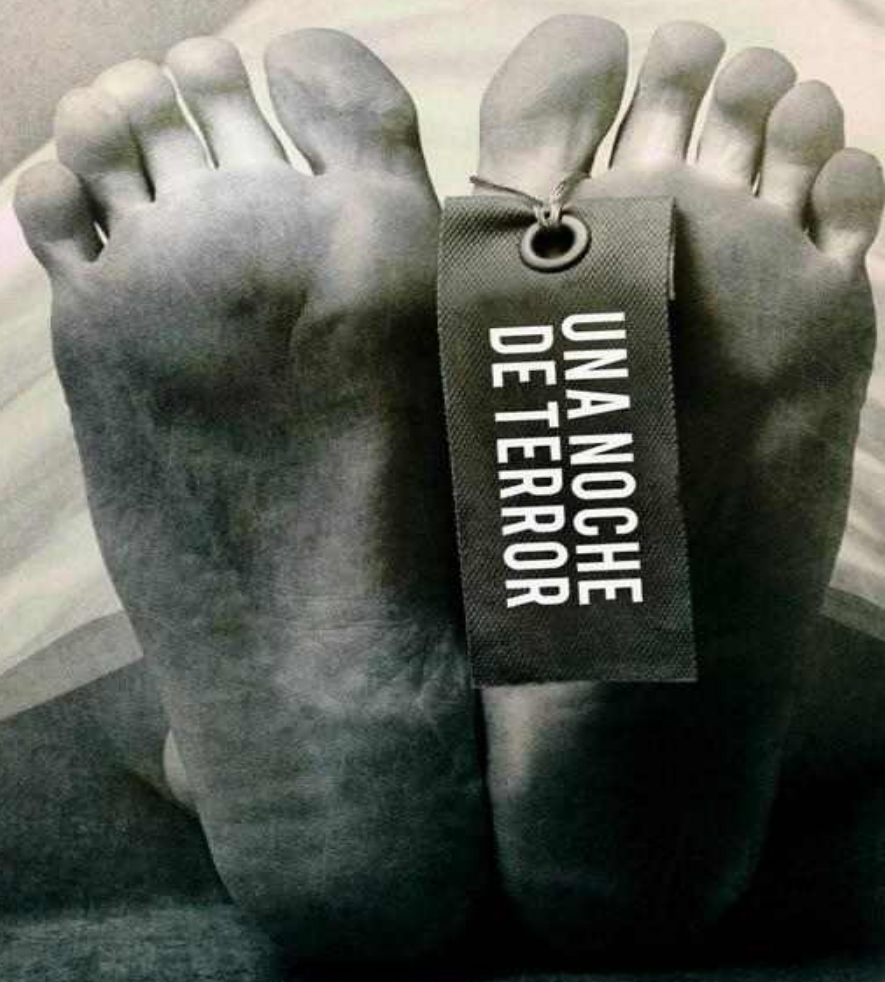


SIETE PARA LA MORGUE



DOUG LAMOREUX

Siete para la morgue

Doug Lamoreux

Traducido por Rocio Belén Sileo

“Siete para la morgue”

Escrito por Doug Lamoreux

Copyright © 2017 Doug Lamoreux

Todos los derechos reservados

Distribuido por Babelcube, Inc.

www.babelcube.com

Traducido por Rocio Belén Sileo

Diseño de portada © 2017 The Cover Collection

“Babelcube Books” y “Babelcube” son marcas registradas de Babelcube Inc.

Tabla de Contenidos

[Página de Titulo](#)

[Página de Copyright](#)

[Uno](#)

[Dos](#)

[Tres](#)

[Cuatro](#)

[Cinco](#)

[Seis](#)

[Siete](#)

[Ocho](#)

[Nueve](#)

[Diez](#)

[Once](#)

[Doce](#)

[Trece](#)

[Catorce](#)

[Quince](#)

[Dieciséis](#)

[Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales](#)

[¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?](#)

Uno

Pocas cosas resultan tan alarmantes e, inevitablemente, angustiantes, como un teléfono que suena a la mitad de la noche.

Como una puñalada, el sonido atraviesa una y otra vez el aire. Luego, el oído. Sigue por la psiquis y se adentra más profundo hasta alcanzar, por último, la mente a la que despertará. Arranca a inocentes de la paz idílica del sueño para arrojarlos al mundo real, frío y oscuro, donde alguien quiere pedirles algo, alguien porta noticias que cambiarán sus vidas, o alguien busca causarles tal conmoción que, quizás, jamás se recuperen. Aunque la llamada los salvase de la frustración de un mal sueño o del pánico de una pesadilla, rara vez la considerarían una salvadora. Después de todo, hasta que se lo atiende, un teléfono que suena es mensajero de lo desconocido.

¿Qué aterra más que lo desconocido? ¿Cuántas llamadas nocturnas traen buenas noticias?

Con esas preguntas frescas en la mente, resulta difícil entender la alegría, la incontenible felicidad, que sintió Herb Flay al ser despertado por una llamada a su teléfono. Aun así, sentado en la cama tras haber reconocido el ruido incesante, habiendo tomado el receptor y soltado un saludo ronco, era innegable la felicidad provocada en él por el mensaje que la voz, ya conocida, le comunicaba.

Había esperado tanto por esa llamada que había resignado toda esperanza de recibirla. Pero, finalmente, había sucedido. Poco importaba que fuera la una de la madrugada y menos aún que diluviase afuera, pese a que la llamada lo obligaría a adentrarse en la furiosa tormenta. Nada importaba ahora que la llamada había llegado. El alivio y la alegría le habían robado las palabras.

¡Habían encontrado a dos personas muertas!

Herb Flay trabajaba en una funeraria. Específicamente, en la Casa Funeraria y Crematorio Fengriffen. Con frecuencia, esta información revolvía el estómago de quienes la escuchaban y causaba escalofríos, como si dedos helados les rozaran la espalda. Todas, reacciones innecesarias. Flay estaba acostumbrado a ellas: las pausas incómodas, las miradas desconfiadas, los

interesantes ruidos de alarma que soltaban, a propósito o no, cuando se enteraban de que trabajaba en una funeraria. Con muertos.

—Vamos —contestaba Flay con una sonrisa—, que así me gano la vida.

Herb Flay vivía en Sturm's Landing, una ciudad mediana (población, 32.000 habitantes) en Illinois. Compartían tal ubicación la residencia de su jefe, Marlowe Blake, y la funeraria este que dirigía. La ciudad había sido nombrada en honor a su fundador, Mark Von Sturm, el capitán del ferry que recorría un majestuoso río que, en el transcurso del último siglo y medio, había reducido su caudal hasta convertirse en un arroyo intermitente. Durante esos mismos años, la economía local lo había imitado. Y, por supuesto, el negocio funerario también. Todo parecía secarse, pero no se daban por vencidos. No aún, no esa noche.

Los restos de lo que habían sido dos personas esperaban a alguien que los recogiese, en una casa del aún dormido pueblo de Cedartown, a veinte kilómetros de distancia. Había mucho que hacer. Flay se vistió apresuradamente.

No era el único.

* * *

Los cuerpos habían sido hallados por Christopher Maitland y Philip Grayson, oficiales de la policía local, alrededor de dos horas más temprano, mucho antes de la medianoche. El departamento de policía había recibido la llamada de un vecino que informaba que "había algo extraño (en la casa al final de su calle)". Maitland y Grayson respondieron a la orden desde diferentes patrullas y diferentes partes del condado, por lo que Maitland llegó al lugar veinte minutos antes que su compañero. Él sospechó que algo malo sucedía cuando nadie atendió la puerta y, más aun, al ver el estado en que estaba la casa. Cuando llegó Grayson, Maitland compartió sus sospechas y decidieron notificar al despachante, quien a su vez alertó al Comisario, solicitó una ambulancia y convocó al Cuartel de Bomberos Voluntarios de Cedartown.

Un carro de bomberos y una ambulancia del servicio rural de Sturm's Landing llegaron al lugar del hecho: una casa pequeña de dos plantas con una entrada de estilo colonial y una cochera construida en el subsuelo, en una loma dentro del tranquilo sector residencial del pueblo. Aunque ninguno de los oficiales había oído nada del Comisario, imaginaban que, a regañadientes, estaría en camino. De todas formas, optaron por no esperar a su superior y,

con ayuda del conductor del carro de bomberos y de una pesada barra prestada por los mismos bomberos, tiraron abajo la cerradura de la entrada.

La puerta se abrió de golpe. Por el espacio liberado, como de la fosa más profunda del infierno, flotó hacia afuera una peste digna del aliento putrefacto de Satanás.

Los oficiales se adentraron en la casa, mientras el personal de la ambulancia aguardaba ansiosamente junto a la puerta, conteniendo la respiración para evitar el olor. Con rapidez, revisaron la casa, hallaron lo que buscaban y volvieron a salir sin perder un segundo. Tras tomar una buena bocanada de aire para contener las arcadas, explicaron a los paramédicos y los bomberos la naturaleza de la situación: la emergencia de la escena había sucedido hacía tiempo... mucho tiempo. Cuando le fue posible respirar de nuevo por la boca, Maitland prendió su radio portátil y solicitó al despachante que informase al médico forense que sus servicios eran requeridos. Tal era el progreso de la situación hasta el momento.

Sin entrar en detalles innecesarios, es suficiente mencionar que ambos cuerpos hallados dentro de la casa no estaban en las... mejores condiciones. Era evidente que el par, aún no identificado, había fallecido hacía ya bastante tiempo. Se notaba a la vista. Al olfato, también. Ahora que la barrera que significaba la puerta cerrada había sido eliminada, el olor fétido invadía a toda velocidad el vecindario entero: el aire apestaba a carne humana podrida de ahí a la Luna.

Las Normas de Procedimiento Estándar que aplicaban a incendios o escenas del crimen con varios servicios de emergencia en acción requerían la instalación de un Puesto de Comando, aunque, en esa ocasión, no había ningún incendio y nadie sabía con seguridad que un crimen se hubiera cometido. Sin embargo, al tener más de un cadáver sin causa de muerte aparente, debían crearse algunas hipótesis hasta obtener información sobre los hechos. Por ende, hasta que se demostrase lo contrario, se asumió que sí había ocurrido un crimen y se estableció el dichoso Puesto de Comando. En la gran ciudad, lo situarían en una caravana muy llamativa traída para ese propósito, con el logo de la Policía o el Departamento de Bomberos pintado a un lado, pero no estaban en Nueva York ni en Los Ángeles. Estaban en el pueblo de Cedartown (población, 900 habitantes). Por el momento y por causa de la inacabable caída de agua, el Puesto de Comando así como el área de descanso habían sido ubicados en la cochera de un vecino que vivía al otro lado de la calle; lo suficientemente cerca como para moverse rápido a la

escena para trabajar y lo suficientemente lejos como para que la distancia y la tormenta dispersaran el olor nauseabundo que les retorcía el estómago, aunque no lo hicieran desaparecer por completo.

La cochera en cuestión fue ofrecida de propia voluntad por el mismo vecino que había notado que algo sucedía y había llamado a la policía: un hombre gordo y charlatán, más cercano a sus 50 que a sus 40 años, de cabello aún negro aunque raleando en partes, bigote curvo hacia abajo y anteojos muy gruesos. Sería un honor y un placer que usaran su cochera como base de operaciones, anunció antes de correr a preparar café. Pese a no agradecerle demasiado a nadie, ni los policías ni los bomberos ni los paramédicos objetaron. Llovía con una fuerza de mil demonios afuera.

Así fue como la gran mayoría de quienes respondieron al llamado del deber acabaron reunidos en la cochera de un vecino chismoso, entusiasmados por el prospecto de un buen café caliente mientras se secaban y aguardaban órdenes de sus superiores. Componían el grupo el oficial Chris Maitland del Departamento de Policía del Condado de Dortmund, Lisa Clayton, flamante paramédica del servicio rural de Sturm's Landing y, en nombre del Cuartel de Bomberos de Cedartown, el ya veterano bombero John Reid y su reciente recluta, Ward Baker.

A través de la que, suponían, era la ventana de la cocina, podían ver a su anfitrión yendo de un lado a otro dentro de la casa, una construcción separada de la cochera por unos veinte metros. Había dejado el portón abierto para que entrasen y dejarasen los abrigos y todo lo que desearan en el espacio libre que había junto a sus herramientas de jardinería y a una mesa improvisada, armada con un par de caballetes de construcción y tablones de madera, donde los esperaban servilletas, platos descartables y una torre de vasos limpios.

Por decisión unánime, cerraron el portón delantero con la esperanza de mantener fuera el hedor apestoso que invadía la calle. Aun así, no podían mantener fuera la innegable tormenta. Los truenos bramaban sin cesar y la luz brillante de los relámpagos se colaba por las ventanas de la cochera.

El dueño de casa surgió de la oscuridad a través de la puerta pequeña de paso con una bandeja repleta en las manos, cubierta con plástico contra la lluvia. Se quitó el impermeable amarillo, enrolló las mangas de su camisa y comenzó a servir alegremente café a los empapados trabajadores de emergencias. Sin importarle el olor a podrido que flotaba en el aire, sonreía como si se hubiese ganado la lotería, disfrutando el momento a todas luces. Tan pronto como terminó de llenar los vasos, volvió a calzarse su

impermeable y regresó a la casa en busca de más comida.

En la entrada, se cruzó con el oficial Grayson, compañero de Maitland. Grayson cerró la puerta a sus espaldas. La camisa marrón y los pantalones beige de su uniforme se habían salvado del agua, pero su impermeable gris no había tenido la misma suerte. Se sacudió como un perro tras un baño y la atención del grupo se centró en él. Maitland preguntó lo que todos estaban pensando.

—¿Alguna novedad?

—No —Grayson sacudió su sombrero, protegido con un plástico contra la lluvia, y pintó en el suelo de concreto una obra de arte moderno a base de salpicaduras de agua—. Dejé allá al conductor del camión con la escalera... Lo siento, soy terrible con los nombres.

—Henderson —informó Baker, el bombero más joven—, Paul Henderson.

Grayson asintió con la cabeza.

—Dejé a Henderson y a... ¿la conductora del carro de bomberos?

—Sandy Lund —aportó Reid, el otro bombero.

—Lund —repitió Grayson y agregó—. Cielos, sí que sabe hablar.

—Sí —dijeron ambos bomberos a la vez—, sin ninguna duda.

Grayson colgó su impermeable en la pared junto a los demás y colocó su sombrero encima. Al darse vuelta, vio a Clayton, la delgada rubia con uniforme azul del servicio de emergencias médicas, y recordó algo.

—Ah, y el otro paramédico. ¿Tu jefe? —inquirió. Lisa contuvo un bufido, aunque no pudo evitar que su intención de hacerlo fuese obvia.

—Mi compañero —lo corrigió. De inmediato, cambió sus palabras para marcar la diferencia a regañadientes—. El líder de mi equipo, Abner Perry.

Grayson asintió de nuevo.

—Como dije, soy terrible para recordar nombres. Los dejé a los tres para cuidar el equipo junto a la casa, vigilar la puerta de entrada y a la muchedumbre.

—¿Crees que vendrá alguien? —preguntó Clayton.

—¿Si lo creo? Es lo que suele pasar. No, es lo que *siempre* pasa. Pero con esta tormenta y la peste... Aún nadie se atrevió a acercarse.

—Excepto nuestro anfitrión —aclaró Maitland, apuntando con un pulgar a la pared para implicar la casa al otro lado—. Ese tipo que te cruzaste en la entrada. Es el vecino que descubrió los cuerpos y llamó a la policía. Fue a buscar más café, bendito sea.

—¿Cómo se llama?

Maitland lo pensó un momento y se encogió de hombros.

—Demonios, lo olvidé. No tengo mejor memoria que tú para los nombres. Schreck, creo, o Shock, o quizás Shanks. Lo escribí en mis notas. En mi mente, lo llamo «el Propietario».

—Eso es porque te gusta usar palabras elegantes —se rio Grayson.

—¿Y nuestro Jefe de Bomberos? —interrumpió Baker—. ¿No estaba allí afuera?

—¿El veterano experto? Sí —contestó Grayson—, está en la escena, sentado en el carro. No hace falta aclararlo. Están esperando al Comisario y al Forense, igual que nosotros. No hay nada que hacer más que esperar.

Baker suspiró y miró por una de las ventanas en dirección a la casa del hecho, aunque la noche y la lluvia solo le dejaban ver las luces parpadeantes de los coches de emergencias; manchas borrosas de color rojo, azul y amarillo.

—Rayos —murmuró—. Siento que debería estar allá afuera. Pero... ese olor... No sé cómo lo aguantan. En tres minutos, mi estómago estaba peor que al bajar de una montaña rusa.

Grayson asintió, comprensivo, y se volvió a Clayton de nuevo.

—Tu líder se estaba poniendo de un lindo tono verde —le contó—. Está sentado en la ambulancia inhalando de una cápsula de amoníaco abierta. Definitivamente, no la está pasando bien. Pero los demás... Han sido parte del Departamento de Bomberos por mucho tiempo.

Reid soltó una risotada.

—Estoy seguro de que ya han respirado muerte antes.

—Es más que muerte —continuó el joven bombero—. Es un espectáculo de terror.

Como resaltando el comentario de Baker, un trueno retumbó en el cielo y el relámpago consecuente iluminó las ventanas.

—Tú no lo viste de cerca —dijo Maitland—. Es la noche perfecta para el terror, sin dudas. Para fantasmas y espíritus malignos, asesinatos y pesadillas, cuentos sobre monstruos que salen durante las noches de tormenta.

Clayton resopló, incrédula, y siguió sorbiendo su café.

—Oh, vamos, Lisa. ¿Cuál es el problema? —intervino Reid. Hasta ese momento, no se había quitado su pesado abrigo; se desprendió de él con cuidado, lo colgó en la pared para que se secase y se quedó de pie con solo

una camiseta azul (la Cruz de Malta, insignia de los bomberos, decorando su pecho izquierdo), pantalones de cargo amarillos y botas, sus pulgares enganchados en sus tiradores rojos cual granjero que observa sus campos—. ¿No te gustan las anécdotas de servicio? Es tradición de policías, bomberos y paramédicos contar historias cuando nos reunimos. En un momento así, es un requisito profesional.

Reid calló entre las risas que lo apoyaban, antes de continuar.

—Ahora que los levantamos de la cama, nuestros jefes, el Comisario y el Forense se tomarán su tiempo para revisar la escena, sentirse importantes y meter la pata. Cuando se cansen, y a menos que los caballeros aquí presentes —Reid señaló a los oficiales como única aclaración— no hayan visto lo que vieron, tendremos que esperar a que los funerarios se lleven lo que sea que quede.

El humor de Baker se aclaró enseguida.

—Tiene razón, Lisa. Estaremos aquí un buen rato, sin hacer nada. Cuéntanos algo que te haya pasado en servicio —dijo a Clayton, riendo.

—Soy nueva en esto —contestó—. Nueva como tú. No tengo anécdotas aún.

Esta vez, todos rieron. Un segundo más tarde, un relámpago especialmente intenso trazó el cielo y el bramido del trueno que lo siguió ahogó sus risas. El silencio invadió la cochera, excepto por el constante golpeteo de la lluvia contra el techo. Más de uno se acercó la bebida a la boca con gesto nervioso. La respiración agitada creaba una capa de humo sobre la superficie de sus cafés y revolvía el olor de la infusión recién hecha, mitigando el olor a muerte impregnado en el aire.

—De acuerdo, la paramédica necesita tiempo para pensar —anunció Maitland—. Que comience otro, entonces. Historias de servicio pero, en honor a esta situación y esta noche tan tenebrosas, conviértanla en una historia de terror.

El oficial paseó la mirada por todo el grupo, pero ninguno parecía querer tomar la iniciativa.

—¿Por qué no empiezas tú? —pidió Grayson—. Siempre tienes algo para contar, compañero. Inspíranos.

—Si nadie se ofrece... —respondió Maitland—. Hemos vivido tantas experiencias.

La puerta de paso se abrió de pronto. El Propietario entró tambaleándose, cerró la puerta con una patada y cayó contra ella, como si

quisiera mantener a raya a la tormenta solo con su cuerpo. A tientas, rescató una jarra de café recién hecho y dos cajas de galletas de debajo de su saco. A tientas, porque sus anteojos gruesos estaban absolutamente empañados y su rostro era una catarata de agua desde el cabello, pasando por los lentes y el bigote, hasta la barbilla. Con las manos llenas, poco podía hacer para remediar la situación.

Clayton le quitó la jarra de las manos y Baker lo ayudó con las galletas.

—Muchachos, ¡miren! —Baker alzó las cajas para que todos pudieran verlas y continuó—. ¡Pastel del Diablo! Apropiado, ¿no creen?

Los trabajadores del servicio de emergencia rieron. El pobre Propietario no entendió la broma y, secándose el agua del rostro con las manos ahora libres, los miró con inocente confusión.

—No es nada —dijo Grayson—. Le agrada tu gusto en golosinas.

El dueño de casa emitió un sonido de comprensión, aunque nada indicara que hubiera entendido realmente.

—El oficial Maitland estaba a punto de contarnos una historia —comentó Clayton—, ¿una de terror?

—Creo que entra en ambas categorías —afirmó el oficial con una sonrisa—. Pero, tal vez, nuestro anfitrión prefiera...

—Ah, no se detenga por mi culpa, oficial —interrumpió el Propietario, entre alarmado y encantado—. Me encantaría escuchar una historia.

—Has atrapado mi interés, y tenemos tiempo de sobra —dijo Grayson—. Adelante, compañero. Cuéntanos.

—Eso es, cuéntanos —se sumó Baker, entusiasmado.

—De acuerdo —dijo Maitland, aceptando más café aunque rechazando una galleta. Sorbió con cuidado su bebida y buscó inspiración para comenzar en las vigas del techo, sobre sus cabezas. Encontró lo que buscaba y, con gesto serio, declaró de la nada—. Era un lindo restaurante.

Dos

No, el restaurante era más que lindo. Era precioso. Madera por aquí, cuero por allá, lámpara de cristal en el techo, cubiertos de plata y porcelana china real en todas las mesas, sobre manteles que se veían más finos que la ropa de cama que la esperaba en casa. Imagínalo, un mantel sobre el cual querrías dormir. ¿Quién era ella? Vicki Robbins. Había venido, aun sin haber sido invitada, y apenas comenzaba a entender que no correspondía su presencia en un restaurante tan elegante. Era evidente. Sus labios pintados color carmesí no se cerraban de puro asombro.

—Buenas noches, *Madame* —la saludó el recepcionista con aires de grandeza—. ¿Puedo ayudarla?

Se veía como un mesero corriente, pero más importante. Vicki sabía que era el *métred* (aunque no estaba segura de cómo pronunciarlo ni escribirlo).

—No lo sé —contestó mientras entraba apresuradamente—. Tal vez, eso creo —Vicki dudó—. ¿Podría decirme si el Sr. Canning está aquí?

—¿*Monsieur* Canning? —repitió el *maître d'*. La sorpresa expresada en la casi imperceptible subida de una de sus cejas pasó tan de prisa que Vicki apenas lo notó—. Por supuesto que sí, *Madame*. Está esperándola.

—No... no creo que me espere —la sonrisa de Vicki vaciló en sus labios—. De hecho, sé que no me espera. O tal vez sí. Bueno, no a mí, quiero decir. Tal vez esté esperando a alguien. Aunque, puede ser que se alegre de que haya venido. Puede ser —balbuceó sin control.

El *maître d'* la observaba, sin reaccionar esta vez. No le pagaban para reaccionar. En lugar de ello, chasqueó los dedos y señaló a un muchacho casi idéntico que se deslizó en silencio detrás de él. Con una sonrisa cordial, el joven indicó con un gesto de la mano la dirección general hacia el salón comedor.

—Por aquí, si es tan amable.

Pasaron junto a un hombre vestido con un traje impecable que tocaba el piano. La melodía era bonita pero definitivamente no daba lugar a bailes organizados. Fue entonces que Vicki lo vio, por segunda vez en el día, detrás del brazo extendido del *maître d'*. Era apuesto pero su cabello era horrible, de

color oscuro y apariencia de escobillón. Sin embargo, sus ojos eran afables, su traje azul era caro y sus zapatos de diseño personalizado habían sido lustrados hasta lograr un brillo imposible. Estaba sentado solo en una mesa preparada para dos personas. Sin dudas, era el señor Canning. Cuando llegaron junto a su mesa, levantó la mirada y sonrió, confuso. El *maître d'* separó la silla vacía, ofreciéndola a Vicki.

—*Madame.*

—Aguarde —respondió Vicki, rozando su chaqueta con una mano—, será mejor que no me siente aún. No sé si él querrá —se volvió hacia el hombre que esperaba sentado—. Señor Canning, usted no me conoce —comenzó, y aceleró su discurso antes de que la expulsaran del lugar—. Tal vez me reconozca, porque me vio en el consultorio del médico esta mañana. Soy Vicki Robbins, la chica que... que ordena el papeleo del doctor. El doctor que vio esta mañana, el doctor Lundgren. Estaba en la habitación cuando usted se fue. En realidad, estaba ahí cuando llegó y eso es lo que importa aquí, porque fue entonces que invitó a cenar aquí a la recepcionista, Donna Roggers, la muchacha de cabello rubio desarreglado —Vicki volvió girarse hacia el *maître d'* para agregar—. Es un restaurante precioso, por cierto —porque, si estás haciendo el ridículo fenomenalmente, es mejor contar con tanto apoyo como sea posible.

—*Merci. Gracias, Madame.*

—No es nada —como si el último intercambio no hubiera ocurrido, Vicki siguió hablándole al señor Canning—. El problema es que apenas usted se fue, ella recordó que no podía. Así que, pues, aquí estoy. Es decir, soy Vicki, no Donna, pero si... si no le molesta, me encantaría cenar con usted en su lugar —Vicki detuvo la interminable catarata de palabras que caía de sus labios para tomar aire y, antes de olvidarlo, agregó— Donna mastica con la boca abierta.

Listo. Había dicho todo lo que debía. Alrededor de la incomodidad que se cernía sobre ellos, la vajilla de plata y las copas de cristal tintineaban, sonidos elegantes de los demás comensales. Si fuera otro tipo de persona, Vicki tendría las mejillas rosadas de vergüenza. Por otro lado, el señor Canning sí se sonrojó apenas. Luego, se levantó de la silla.

—Por favor, eh...

—Vicki.

Él sonrió. Su sonrisa, como el restaurante, era preciosa.

—Por supuesto, Vicki. Por favor, tome asiento —dirigiéndose al *maître*

d', continuó—. Traiga una botella de champaña. De las buenas.

—*Oui, Monsieur.*

—Ah, ¡champaña! —suspiró Vicki, acercando la silla a la mesa para sentarse—. Este lugar es hermoso. No recuerdo la última vez que comí fuera de casa y el mesero no usaba un sombrero de cartón ni me preguntaba si quería el combo o solo la hamburguesa —una risa nerviosa escapó de sus labios pero, cuando el señor Canning también rio, continuó—. Cuando ingresó a la clínica e invitó a Donna a cenar, debo admitir que me sentí algo celosa. Quiero decir, es usted guapo, se viste bien, y la invitó a *The Vineyard*, lo que significa que tiene dinero. No es que eso sea importante, aunque en realidad sí, un poco. Después, cuando salió de la sala de consulta, y le dijo al médico...

—¿Escuchó lo que dije?

—Pues, estaba ahí. No pude evitarlo, juro que no intentaba husmear en sus asuntos. Lo siento si le avergüenza.

—No me avergüenzo, señorita... ¿señorita Robbins, correcto?

—Dígame Vicki, por favor.

—De acuerdo, Vicki. No me avergüenzan ni mi condición ni mis intentos por remediarla. Tampoco pretendía insinuar que estuviera husmeando en mis asuntos. Lo que dije no es ningún secreto, solo le aseguré al doctor Lundgren que no había más que decir.

—¡Sin dudas! —exclamó Vicki.

Había armado un pequeño escándalo. El señor Canning había salido de la sala privada de consultas como un huracán mientras el doctor en cirugía Lundgren lo seguía, hablándole. Entonces, el señor Canning lo había interrumpido, no con enojo sino con evidente firmeza.

—No hay más que decir. Si no quiere hacerlo, no insistiré.

—Por favor, señor Canning. Incluso aunque coincidiera con el diagnóstico de su condición, la intervención que usted desea... Lo lamento, pero no puedo aceptar algo así. Si fuera tan amable de regresar conmigo a la sala de consulta... —el doctor aún parecía estar tratando de explicarle su postura con respecto a lo que fuera que hubieran estado discutiendo dentro de la sala.

—No —había respondido el señor Canning—, no tiene sentido si no cambiará su opinión.

En realidad, el pequeño escándalo había quedado en la memoria de Vicki porque, tras agradecer al doctor por su tiempo, se disculpó con Donna

y, Vicki pensaba que tal vez, con ella.

—Disculpen, señoritas. No era mi intención montar una escena —luego, le preguntó a Donna si los planes de cenar seguían en pie. Tras su respuesta afirmativa, él se fue.

—Luego, Donna cambió de opinión, así que aquí estoy —Vicki le sonrió desde su lado de la mesa elegante y él asintió con la cabeza.

—¿Dijo por qué cambió de opinión?

—Oh, temía que pasara esto —Vicki se mordió el labio—. No soy tu tipo, ¿cierto?

—No, no es eso. Donna tampoco es mi tipo. Solo quería saber.

Vicki no quería contarle lo que había sucedido después en el consultorio, había sido otro escándalo. No estaba segura de cómo reaccionaría.

La enfermera del doctor Lundgren había metido las narices donde no debía y, tan pronto como el señor Canning se retiró, ella se acercó al escritorio de Donna. “*¿No irás a salir con ese tipo, verdad?*” Cuando Donna contestó afirmativamente, agregó “*Tal vez quieras pensártelo dos veces*”.

Ante la confusión de su colega, la enfermera explicó “*Ya sabes que no puedo decirte; después de todo, es un paciente. No tiene nada contagioso pero... Solo digamos que es uno de los loquitos. Hazte un favor, querida, búscate otra cosa para hacer esta noche*”.

Fue entonces que Donna decidió que no iría. Luego, decidió también que no le avisaría al señor Canning. Vicki no estaba de acuerdo con la segunda. No era correcto. Además, Vicki no había tenido una cita en años, así que aprovechó la situación y ahí estaba. El señor Canning, por supuesto, quería saber por qué. Vicki no quería contarle todo, no lo que había dicho Donna. Si su colega no hubiera tomado esa decisión, ella no estaría sentada en ese restaurante, y se sentía en deuda. Tampoco quería herir los sentimientos del señor Canning, no antes de la cena. La solución obvia parecía ser inventar una excusa para Donna.

—Su madre está enferma, no podía dejarla sola —explicó—. Por eso, me entrometí.

—No es ninguna intromisión, señorita Robbins.

—Vicki, por favor.

—Vicki. Me alegra que vinieras. Sería vergonzoso quedar plantado, solo. Podría decirse que ya he quedado en ridículo lo suficiente por hoy.

—No es cierto, no piense que quedó en ridículo. Lamento que el doctor

Lundgren no pudiera ayudarlo.

—Lancelot. Dime Lancelot, ese es mi... nombre.

—¿De veras, Lancelot? ¿Como el caballero, con su brillante armadura?

El señor Canning se sonrojó aún más oscuro.

—Mis amigos me dicen Lance. Llámame Lance, Vicki.

—De acuerdo, Lance. ¿Te importa si... si pregunto cuál es exactamente tu problema médico?

—¿No lo sabes? —inquirió Lance, sorprendido—. Pensaba que todo el consultorio estallaría en carcajadas por mi visita tan pronto me hubiera ido.

—¡Claro que no! No somos así. No soy así, en absoluto.

—Cierto. Tu presencia aquí es prueba de que no lo eres. Es solo que... Muy poca gente entiende mi condición. A la mayoría, les repugna. Sin dudas, no es un tema sobre el cual hablarían durante la cena.

—Trabajo en un consultorio médico, ya he visto y oído todo. ¿Qué procedimiento querías que el doctor realizara en ti?

—Quería que me amputase el brazo izquierdo.

—¡Dios mío! ¿Qué le pasa a tu brazo?

—Hasta donde sé, nada de nada.

* * *

Mucho, mucho más tarde, una llave destrabó la cerradura de la puerta del apartamento de Lancelot Canning, la cual se abrió de golpe hacia adentro. Iluminados por la luz del corredor, Lance y Vicki se tambalearon adentro entre risas, con los brazos llenos y ebrios hasta las pestañas. Lance cerró la puerta y la oscuridad cayó sobre ambos.

—¡No puedo hacerlo! —murmuró Vicki, arrastrando las sílabas—. Es una locura, debería regresar a casa. He bebido demasiado y esto es una locura.

—¡No! Lo prometiste.

—No puedes esperar que realmente lo haga —insistió Vicki—. ¡Es una locura!

—De acuerdo, aguarda. Un minuto, solo un minuto —Lance encontró el interruptor y encendió las luces. Ambos parpadearon, cegados momentáneamente—. Tomemos una copa, aunque sea. Lo hablaremos.

—Esta b-bien. Una copita nocturna —tenía los brazos llenos: una bolsa de papel en uno y un paquete largo y delgado en el otro—. Estoy

absolutamente borracha. Apenas puedo hablar y se me cierran los ojos. Los de la tienda habrán pensado que estábamos locos. ¿Dónde... uf... dónde dejo todo esto?

—En cualquier lado —contestó Lance—. Sobre el escritorio, o la silla. Voy a meter el hielo en el congelador —de camino a la cocina, vio que Vicki apoyaba todo sobre el sofá—. ¡Ahí no! Arruinará el tapizado. Pon la sierra sobre la mesa —indicó, señalando la pequeña mesa de desayuno contra la pared.

Vicki se encogió de hombros. Poco le importaba eso. Mas luego pensó que, tal vez, no debería pensar así y soltó una risita. Demasiado alcohol. La mesa estaba más lejos de lo que parecía y la habitación comenzaba a dar vueltas, lo cual no ayudaba para nada, pero aun así lo logró, alcanzó la mesa y apoyó las provisiones y la sierra donde Lance le había dicho. Se quitó también su chaqueta, aunque no se dio cuenta de haberle errado a la mesa, con lo cual esta cayó al suelo.

—Dios mío, esto es de locos —susurró—. Me da vueltas la cabeza. Será mejor que me siente.

El camino de vuelta al sofá, extrañamente, se le hizo aún más largo que el camino a la mesa. Fue un alivio cuando por fin se pudo dejar caer sobre el brazo acolchonado del mueble.

—¿Cómo dijiste que se llamaba? —preguntó desde la seguridad del sofá.

Lance regresó de la cocina, secando el gigantesco cuchillo de carnicero que traía en las manos.

—¿Cómo se llama qué cosa?

Vicki chasqueó la lengua con impaciencia. ¿No estaban hablando de eso?

—Lo de tu brazo. Tu condición. ¿Cómo dijiste que se llamaba?

—Te lo dije en el taxi —respondió Lance, arrojando la toalla en dirección a la cocina. Apoyó el cuchillo en la mesa, junto a la sierra aún empaquetada—. Se llama tic. T-I-I-C. Trastorno de Identidad de la Integridad Corporal. Algunos la llaman Dismorfia Corporal. Otros, simplemente locura. Es una condición poco usual, que se caracteriza por... —Lance respiró profundo. Él también había bebido demasiado—. Se caracteriza por el deseo abrumador de... de amputarte una o más extremidades de tu cuerpo. ¿Qué vas a beber?

—No tiene sentido —Vicki escuchó el tintineo de los cubos de hielo y

se dio cuenta de que él seguía en movimiento. Tardó un segundo en encontrarlo, de pie junto a una especie de barra de tragos, preparando... algo.

—¿Qué parte de beber algo no tiene sentido? —preguntó, con una enorme sonrisa.

—¿Qué? —¡Tragos! Eso era lo que preparaba—. Oh, no. Beber tiene sentido. Ginebra, si tienes. Si no, cualquier cosa. Cortarte un brazo absolutamente sano, *eso* no tiene ningún sentido.

—Por eso es un trastorno —explicó él mientras servía las bebidas y las llevaba al sofá—. Claro, *yo* no lo veo así. Para mí, el brazo no es mío. Quiero decir, no pertenece a mi cuerpo. No está bien y no lo quiero.

—No lo entiendo —sentenció Vicki, sorbiendo de su copa.

—No eres la única. Pocos lo entienden. El deseo, la necesidad de ser inválido parece tan bizarra y contraria a lo que la mayoría considera normal. Todos los que sufrimos dismorfia evitamos hablar de ello.

—¿*Todos*?

—No soy el único. Créeme, somos varios. ¿Quién sabe cuántos? Ya viste la reacción de Lundgren. Deberías haber oído lo que me dijo antes de que saliéramos de su sala privada. Algo así como... —Lance carraspeó para lograr una buena imitación de la voz del doctor. Al menos, a Vicki le pareció buena, ebria como estaba—, “está caminando sobre hielo cada vez más delgado, señor Canning”. Y agregó “No tengo intención de acompañarlo. No voy a cruzar la línea por un hombre con problemas que ha perdido el contacto con la realidad, ni puedo aceptar su *idea* de normalidad para estropear un cuerpo sano” —Lance concluyó la imitación y bebió un buen trago de whisky.

—No puede juzgarlo por opinar así.

—¡Claro que puedo, diablos! Es por actitudes prejuiciosas como la suya, y por la falta absoluta de opciones médicas, que quienes tenemos TIIC nos vemos obligados a tratarnos por nuestra cuenta. Nos obligan a tomar medidas extremas para paralizarnos o amputarnos miembros... que es lo que haremos —Lance enfocó toda su atención en Vicki, su voz empapada de emoción—. ¿Aún lo harás, por mí, cierto? ¿Vicki?

—No lo sé... —Vicki bostezó largo y tendido—. Lo siento. El alcohol. Me has emborrachado. Estoy tan cansada. Tú dijiste... que conoces a otras... personas con este trastorno... que lo han hecho, ¿no?

Lance se dejó caer en el sofá junto a ella, asintiendo con la cabeza.

—Leí que un tipo que se congeló una pierna con hielo seco. Otro se la

voló de un balazo. Conocí a un hombre que pagó 10 mil dólares para que lo amputasen en México, de forma ilegal, y murió de gangrenas. Lo he intentado yo mismo. No te veas tan sorprendida. Sí, he intentado cortarme el brazo. Más de una vez. Quise aplastarlo con un automóvil, pero el gato se cerró mal y terminé con un ojo negro pero aún con dos brazos.

—Oh, pobrecito.

—No me di por vencido —continuó Lance—. Jamás lo haría. Mi brazo izquierdo no me pertenece y mi cerebro no me permite olvidarlo. Traté de cortármelo con una sierra de mesa, después de practicar con animales.

—Lance, ¿cómo pudiste?

—No, ¡no lastimé a ninguno! Quise decir que practiqué en trozos de animales que compraba en una carnicería. Practicaba desmembrándolos desde las articulaciones. Era bueno en eso, pero cuando veía la sierra de mesa, me acobardaba.

Vicki lo miró fijo, tratando de darle toda su atención.

—No creo que no cortarte tu propio brazo califique como “acobardarte”.

—¡Sí! Es exactamente eso. Y no digas que es “mi” brazo. Me pasé días conduciendo sin rumbo, incontables horas e infinidad de kilómetros, con el brazo colgando por la ventanilla, deseando, rogando que alguien pasara demasiado cerca y me arrancara el maldito brazo. Oh, Vicki, ¿estoy aburriéndote? Apenas mantienes los ojos abiertos.

—Lo siento, continúa. Por favor —respondió ella, luchando para contener otro bostezo.

—No hay mucho más que decir. La psiquiatría no sirve. Medicamentos, tampoco. La cirugía es la única solución y muchas personas se ven obligadas a tomar cartas en el asunto... como nosotros.

—¿Por qué debemos hacer esto? ¿No hay... doctores... que puedan hacer algo?

—Supe de un cirujano en Escocia que amputó varias piernas y liberó a varios hombres de esta tortura. Lo forzaron a detener sus prácticas, lo cual es ridículo. Esto no es algo nuevo. Hace más de doscientos años, en Francia, un hombre apuntó a un cirujano con una pistola a la cabeza para que aceptase amputarle la pierna. Luego, le envió una nota de agradecimiento donde anunciaba que el doctor lo había convertido en el hombre más feliz de la tierra.

—¿Feliz? — cuestionó Vicki, y bostezó de nuevo.

—Nadie disfruta este trastorno. No sabemos de dónde salió pero es una

tortura mental. Es peor que el síndrome del miembro fantasma, que hace que personas amputadas sientan dolor en las extremidades que ya no tienen. Algunos neurólogos creen haber encontrado una disfunción en el lóbulo parietal derecho que rompe el mapa mental de un cuerpo unificado.

Vicki expresó su confusión mediante un sonido indefinido.

—Los sentidos no se reconocen entre sí. Siento físicamente que tengo el brazo, pero en mi mente se siente incorrecto... Como si me lo hubieran agregado de más.

Vicki luchaba con sus bostezos entre cada puñado de palabras que murmuraba.

—De veras, quieres que nosotros... Haría cualquier cosa para aliviar tu dolor, Lance, pero ¿no sabría cómo cortarte un brazo!

—Yo te guiaré en el proceso —rebató Lance, y agregó—, mientras siga consciente. Vicki, estoy seguro. Prometiste que me ayudarías —Lance señaló las bolsas sobre la mesa—. Compramos torniquetes y vendas para detener el sangrado, un celular nuevo por si... se sale de nuestro control. Estamos listos. Tú estás lista. Eres tan comprensiva, tú sí que me entiendes. Me recuerdas a Davina.

—Es solo que... Seré honesta, estoy un poco mareada. No... ¿Qué sucede conmigo? De pronto, me siento tan... No lo sé. Lo lamento. Tú... —Vicki se silenció y lo miró con ojos duros—. ¿Quién es Davina? Oh, diablos. Tienes novia.

—No, no tengo. No te preocupes. Ya no está conmigo. Davina fue mi novia, pero ahora está muerta. Ha pasado casi un año entero. Ella era como tú, Vicki, comprensiva. Ella entendía que vivir una mentira es el peor castigo que un humano pueda enfrentar.

—Ah —murmuró Vicki, comprendiendo y bostezando de nuevo a la vez—. Pobre, pobrecillo... Me siento mal por ti. ¿Sabes algo, Lancelot? No eres un raro.

—Eh... ¿Gracias?

—Tengo una confesión que hacerte, Lance. Te mentí —sin previo aviso, Vicki se emocionó—. Te mentí para proteger tus sentimientos. No le ha sucedido nada a la mamá de Donna. La perra maleducada dijo que estaba esquivando un balazo y estuvo de acuerdo con la enfermera de Lundgren en que eres un raro. Te dejó plantado, sin llamar ni cancelar. Te dejó esperando solo en ese restaurante. Por eso tomé su lugar —su arrebató emocional se diluyó y sus ojos volvieron a cerrarse—. Lo lamento, no puedo mantener los

ojos abierto.

Lance la miró con atención, la analizó y tomó una decisión. Trago saliva y con determinación, habló.

—No puedo mentirte, tampoco, Vicki. No después de la paciencia con la que me has escuchado. Eres tan dulce y comprensiva que hasta aceptaste cortarme el brazo. Debo decirte la verdad. No tengo TIIC.

—Tú... —apenas podía mantener la cabeza erguida. Con las palabras entorpecidas por otro bostezo, se forzó a preguntar— ¿No lo... tienes?

—No. Todo lo que te conté es cierto, solo que no es a mí a quien le sucede. Davina sufría este trastorno. Estaba obsesionada con la creencia de que debía cortarse las piernas para sentirse plena. Lo hice por ella, terminé su sufrimiento. Arreglé su cuerpo.

—Tú... —Vicki trataba de entender lo que oía—, le cortaste a tu novia...

—Las piernas. Sí. Era otra mujer una vez que le hube arreglado el cuerpo. Dios, ¡estaba radiante! Era tan hermosa, tan intensa. ¡Y qué decir del sexo! Le amputé un tercio de su cuerpo y se convirtió en una mujer tan increíble que no podía seguirle el ritmo —el recuerdo le arrancó una risa, pero cuando se volvió a Vicki la risa se apagó—. Ya no está conmigo. Y, ahora, yo soy quien se siente incompleto.

Vicki soltó un quejido, desorientada pero aún deseosa de acompañar a Lance.

—Pobrecillo, que triste y que dulce eres.

—¿No te doy asco? —inquirió Lance, boquiabierto de sorpresa—. ¿No me odias?

—No... lo entiendo. Pero, ¿quién soy yo... para juzgarte? Amabas a alguien que sufría una... una enfermedad horri... Lo siento, no entiendo que me pasa. Bebí demasiado.

—No, cariño. No es lo que bebiste. Son las píldoras que puse en tu bebida. Nunca había conocido a alguien como tú, Vicki. Pedí una cita médica en tu consultorio solo por Donna. La he seguido durante semanas, por lo parecida a Davina que se ve. Pero no era como ella. No hubiera siquiera comenzado a entender este procedimiento tan necesario. Donna no era mi tipo, para nada. Debo admitir que tú tampoco. Solo después de la operación de Davina descubrí... descubrí cuál es mi tipo de mujer.

Lance se puso de pie.

—¡Será genial! El congelador está replete de hielo. Robé un paquete de instrumentos de sutura lleno de la sala de consulta de Lundgren, tú misma

escogiste la sierra y la bañera está lista para ti.

—Aguarda —gritó Vicki, luchando para mantenerse consciente—. Espera, ¡espera!

—Se terminó la espera, cariño. Nuestra nueva vida comienza hoy —Lance la levantó del sofá y resopló—. Vaya, eres más pesada de lo que creía —comenzó a caminar pasillo abajo en dirección al baño, con Vicki en sus brazos—. No estoy acostumbrada a cargar a una mujer que tiene... ah, pero despreocúpate. Pronto, me encargaré de ello.

Tres

Herb Flay se detuvo en la puerta de entrada de su diminuto apartamento, ubicado al nivel de un sótano, y miró hacia arriba, a la lluvia y a la pequeña cascada que caía por sus escalones. No se volvió por un saco impermeable (no tenía uno de esos) ni por un paraguas (jamás tendría uno). Apretó las llaves de su coche en el puño, para no perderlas en la carrera, y se lanzó a la tormenta. Tres segundos para subir los escalones resbaladizos; ocho segundos para atravesar el patio y llegar al estacionamiento comunal; cuatro segundos... No, ocho segundos para encajar la llave y abrir el pestillo de la puerta del conductor de su viejo Maverick. Se zambulló dentro del auto y cerró la puerta con un golpe sordo. Estaba empapado y sin aliento (para ser tan delgado, estaba en mal estado físico), pero había escapado de la lluvia y estaba en camino. La ropa se le pegaba a la piel y la fricción contra los asientos cubiertos de vinilo hacía un ruido chillón, pero Flay no iba a quejarse. La Casa Funeraria y Crematorio Fengriffen lo había llamado, por fin.

—Bueno —se dijo en voz alta, sacudiéndose el agua de los ojos—, así me gano la vida.

Arrancó el viejo Maverick, encendió las luces y los limpiaparabrisas, y salió del estacionamiento para aventurarse en la noche. “*Sí, señor, así me gano la vida*”, pensó.

O, al menos, así había sido alguna vez. Últimamente, trabajar con los muertos no le había dado mucha vida.

Decir que el negocio había menguado sería la sutileza del siglo. El negocio estaba en horrible decadencia. Solo cinco personas habían fallecido en toda la ciudad en los cuatro meses que Flay había ostentado su puesto de trabajo. De esos cinco, tres habían ido a parar a la competencia, la Casa Funeraria Grimsdyke, al otro lado de la ciudad. Eso dejaba solo dos míseros servicios funerarios y una cremación en cuatro meses. No, definitivamente, a ese ritmo, ayudar a las personas a descansar en paz no le permitía ganarse la vida, en absoluto.

El recuerdo de la mañana anterior relampagueó por la mente de Herb

Flay.

El jefe de Flay, Marlowe Blake, lo había citado en su oficina y lo había dejado ir. Sí, lo había dejado sin puesto fijo por la falta de trabajo. Flay no sabía cómo reaccionar ni sobreponerse a la sorpresa. Por supuesto, no había sido despedido y la relación entre ambos seguía tan cordial como siempre. Nada de escándalos. No había nada de malo en el trabajo que Flay había estado desempeñando, pero en Sturm's Landing, su pequeño recodo del planeta donde las únicas certezas eran la muerte y los impuestos, nadie moría. Por lo tanto, Marlowe había liberado a Flay de su tarea, sin la menor idea de cuándo (o, incluso, si alguna vez) lo llamaría de nuevo.

—Lo lamento, esto, Herbert —le había dicho, con el mismo tono inseguro con que decía todo—. Mm, pues, así son las cosas.

Flay quedó devastado. Era por naturaleza un hombre de planes y, al menos en lo concerniente al empleo, su plan había fallado. Su vida se había hecho pedazos.

Esa era la razón detrás del entusiasmo de Flay, el por qué saltó de alegría cuando el teléfono lo despertó esa madrugada de tormenta a la una de la mañana y por qué estaba encantado de encontrarse en su viejo y desvencijado Maverick, luchando contra los elementos del clima. La Parca se había calzado una vez más su hermoso manto negro, había sonreído de forma macabra y había dejado caer su guadaña afilada con precisión, para dejar un par de bultos en el suelo. Flay se carcajeó ante tal pensamiento. Sí, la Muerte había apuntado con el extremo puntiagudo de un hueso metacarpiano y, así como la compañía de telefonía, había alcanzado y tocado a alguien. Algunos, plural. Dos cuerpos lo esperaban. Flay aullaba de alegría. Fengriffen había recibido una llamada, la llamada. Sin importar cuán tarde en la noche, la llamada había llegado a tiempo. Marlowe necesitaba ayuda y, *ta-chín*, Herb Flay había recuperado su empleo.

¡Habían encontrado a dos personas muertas!

* * *

Nadie chillaba, aullaba ni saltaba de alegría en el Puesto de Comando ubicado en el garaje del vecino entrometido. Todos los allí reunidos, los policías, los bomberos, los paramédicos y el Propietario estaban tan silenciosos como telarañas en una tumba perdida, mirando al oficial Maitland como atontados. La historia de la pobre y desafortunada Vicki Robbins los

había... inquietado, por decirlo simple. Estaban boquiabiertos, mientras cada una de sus imaginaciones hacía lo que podía con las imágenes creadas por la descripción del oficial de Lancelot Canning cargando a Vicki por el pasillo de su apartamento, directo a la bañera que la aguardaba.

Maitland sonreía. Bebió un sorbo de su café y rompió el silencio.

—¿Qué pasa? —inquirió con inocencia.

—Eso no ocurrió de veras —declaró Lisa Clayton.

—Sí que ocurrió —le aseguró Maitland.

—No, de veras, no pasó —la paramédica no engañaba a nadie. La dura afirmación era en realidad una pregunta cargada de preocupación.

—Ah, ¿no? —cuestionó Maitland.

—No importa —interrumpió Baker, el bombero más joven—. No importa si sucedió o no. No sirve. No es el tipo de historias que buscamos para lo que hacemos aquí.

Maitland lo miró, confundido.

—¿Qué hacemos aquí, según ti?

—Pasar el tiempo —se sumó el oficial Grayson, con un tono que sonaba mucho más a la defensiva de su compañero de lo que probablemente deseaba—. Contar historias de servicio.

—Contar historias espeluznantes de servicio —lo corrigió Maitland—. Historias que encajen con nuestro contexto actual.

Un relámpago iluminó la estancia, recordándoles con exactitud cuál era el contexto, como si el pesado olor putrefacto en el aire no fuera suficiente.

—A eso me refería —continuó Baker—. Tu historia es demasiado real. Hay todo tipo de gente allá afuera, y lo que para unos es normal, para otros es de lo más extraño. Las personas se pasan de ansiedad cuando una historia les pega de cerca. Es de terror, pero no es entretenido. Es estresante. Una historia de terror entretenida debería ser más... pues, entretenida. Una buena anécdota tétrica de servicio no debería parecer real, sino irreal.

Un trueno estalló afuera. Baker sonrió y asintió con la cabeza, como si fuera una muestra de que los dioses estaban de acuerdo con él.

Sin embargo, había perdido por completo la atención del oficial Maitland. Un nuevo juego de luces, brillantes, rojas y azules, había aparecido al otro lado de las ventanas. Pasaron frente al garaje y continuaron su camino hacia la escena del crimen. Maitland abrió la puerta de paso y miró calle abajo, a través de la incesante tormenta.

—Ya que hablamos de la realidad estresante, ha llegado el Comisario —

anunció Maitland, y tomó su abrigo impermeable.

—¿Quieres que vaya contigo? —se ofreció Grayson.

—No, te has ganado un respiro y apenas acabas de entrar. Pondré al día al jefe y veré qué quiere que hagamos. Quédate aquí y... —Maitland señaló a Baker—, asegúrate de que nuestro amigo Sangre y Tripas cumpla con lo que dice. De seguro, siendo el veterano experto que es, tiene incontables anécdotas espeluznantes de servicio que verdaderamente encajen con el contexto.

Los labios de Maitland se estiraron en una ancha sonrisa. Se caló su sombrero de policía y desapareció en la lluvia. El desafío estaba claro. Grayson se volvió para observar a Baker; un segundo más tarde, el resto lo imitó.

—Creo que nos estabas explicando algo sobre la anatomía real del terror, ¿cierto? —lo retó Grayson—. Oh, y la forma correcta de contar una historia de terror. ¿Dices que a la gente no le gusta mezclar realidad con terror?

—No —confirmó Baker, desafiante—. Quieren fantasía, una puerta de escape. Lo terrorífico no debería estar dentro de lo real, debería ubicarse apenas en el umbral. Es el quiebre de la sociedad en un futuro cercano espeluznante. Un futuro donde cada uno deba defenderse a sí mismo como pueda, donde ya no queden policías ni bomberos para ayudarles.

Todos lo miraron con despectivo escepticismo. Baker se apresuró a continuar.

—Con suerte, aún quedaremos algunos de nosotros.

—¿Nosotros? —inquirió Grayson—. ¿Quieres decir, policías y bomberos?

—¡Y paramédicos! —agregó Clayton.

—Tenemos más oportunidades que el resto de sobrevivir, cuando todo se va al diablo. Sabemos defensa personal y primeros auxilios, conocemos los pueblos y las ciudades cercanas...

—Sin mencionar que, desde el principio, ya estamos locos como cabras —añadió Reid—. Así que, pase lo que pase o haya pasado en la sociedad, pocas cosas quedan que nos sorprenderían. Ya lo hemos visto todo.

—Entonces —interrumpió el oficial Grayson, volviendo a fijar la mirada desafiante en Baker—. ¿Te sabes alguna?

—¿Una historia de terror? —el garaje estalló en risas.

—Exacto —confirmó el oficial, sacudiendo la cabeza—. ¡El tipo

adecuado de historias!

Baker apoyó su café en la mesa improvisada y se sonó los nudillos con dramatismo.

—Casi pensé que nunca me la pedirías.

Cuatro

Se despertó sobresaltado, en silencio. La primera era inevitable; cuando vives en una pesadilla, la única forma de despertar es con sobresaltos. La segunda era algo que había aprendido a la fuerza; siempre, por sobre todo lo demás, sé silencioso. Tardó un momento en reconocer lo que lo rodeaba, su cama tal y como estaba, y en asentar su mente en el ahí y entonces (para él, en el *aquí y ahora*, claro está). Una vez concretada tal hazaña, le tomó un momento más notar que estaba solo, y otro más aceptar el hecho de que ella no había regresado. Decepcionante.

¿No era solo eso la vida, a esas alturas? Si lo se lo pensaba bien, ¿no había sido siempre apenas algo más que decepción? Se recostó para analizar la cuestión y no pudo evitar ponderar cuánto (o cuán poco) habían cambiado las cosas. Se lo preguntó de nuevo, ¿no había sido siempre así la vida? ¿Solo una decepción? Una infancia que apenas recordaba, como uno de los hermanos del medio en una familia con muchos niños. Perdido en la multitud. Demasiado joven para divertirse pero lo suficientemente mayor para ser responsable por los más pequeños. Nadie, ni su madre ni su padre (cuando lo veían) ni esa tía que le apretaba las mejillas, nadie recordaba jamás su nombre. Era cierto que había muchos niños y Milton no era el mejor nombre del mundo, pero ¿de veras era tan difícil de recordar? Además, pese a nunca haberse quejado, no hubiera llamado Miltie ni a un perro. Pues, ¿qué significa una decepción más o una menos?

Luego, su paso mediocre por la escuela secundaria que solo sirvió para que entendiera que no tenía ni el dinero suficiente ni la agudeza académica necesaria para que valiera la pena intentar graduarse de una carrera universitaria. Tras completar la secundaria (sin fiestas ni celebraciones), consiguió un empleo normal, sin lujos. De hecho, ni siquiera era un buen empleo, mucho menos uno en el que pudiera progresar. Era simplemente un empleo donde quedaría estancado de por vida, pero que alcanzaba para pagar las cuentas. Sí, decepcionante.

Un matrimonio muy acelerado con su amorcito de la escuela, quien era demasiado parecida a su exigente padre sabelotodo. Peleas continuas.

Durante el cuarto aniversario, que acabó con él dormido dentro del coche en el estacionamiento (ella durmió sola en la enorme cama de dos cuerpos que había en la habitación del hotel carísimo donde habrían de pasar la noche). Durante el quinto aniversario, que acabó con él dormido en la mecedora que había en el pasillo (ella durmió sola en la enorme cama de dos cuerpos en la también carísima posada). Dos maravillosos hijos que ella manejó como piezas de ajedrez, a quienes enseñó lo patéticos que eran los hombres y volvió en contra de su padre. Un interminable divorcio que costó una fortuna y que, para ser justos, le quitó todo lo que tenía (y todo lo que tendría en las próximas décadas). ¿Suficiente? Para él, también. Recién entonces, sucedió...

¿Qué demonios había pasado? ¿Una plaga a nivel mundial? ¿El apocalipsis? ¿Una pesadilla de Robert Bloch? ¿Un sueño erótico de George Romero? ¿La noche de los muertos vivos, el año, la vida? No hacía ninguna diferencia cómo le llamasen. Había sucedido un festín de terror, de verdad, 4D interactivo, con sangre y carne humana como plato principal. Matar o morir, correr como si te persiguieran mil demonios. Morir, estar realmente muerto, debía ser glorioso; los seres humanos con vida se habían convertido en un producto que desaparecía a toda velocidad. Aunque... ¿De veras había cambiado tanto la vida? ¿O tan solo existían más decepciones ahora?

Y ella no había regresado.

Milton se arrodilló tan silencioso como pudo, tratando de no hacer ruido entre los plásticos, los papeles y las latas de metal, y observó hacia afuera. El sol estaba en lo alto, presentando un nuevo día, parcialmente oculto tras algunas nubes. ¿Y eso qué? De noche o de día, poco importaba. No era como en las películas (mientras aún existían), donde los monstruos sedientos de sangre se arrastraban solo en la noche. Los monstruos verdaderos se paseaban por ahí a cualquier hora del día o de la noche. Era un error estúpido no mirar las calles antes de delatar tu posición, así que exactamente eso hizo. Se veía tranquilo afuera. Agarró su bate de béisbol, apoyado junto a él, al alcance de su mano y listo para emergencias durante toda la noche. Babe, su bate Louisville Slugger auténtico. Al comienzo, había intentado hacer el trabajo sucio con uno de aluminio, pero no le había complacido. El sonido metálico tembloroso que largaba cada vez que le partía el cráneo a alguno de esos arrastrados era de todo menos satisfactorio. En cambio, el crack sólido del bate de madera le aseguraba que lo había hecho bien.

En fin. Seguro de que no había moros en la costa por el momento y con Babe en la mano, Milton saltó tan rápido como pudo en silencio fuera del

contenedor de basura donde había pasado la noche.

Caminó solo —porque ella no había regresado— y de prisa hacia el edificio más cercano, un negocio de autos usados abandonado (¿qué edificio no estaba abandonado?) y se pegó tanto como pudo a la pared. Otro error estúpido era caminar a cielo abierto.

Para Milton, hombre solitario, era una misión llena de suspenso el escabullirse contra las paredes de edificios destrozados y callejones como un ratoncillo asustado, a sabiendas de que en cualquier instante podría aparecer una criatura casi (pero en realidad no) humana con ansias de matarlo y comérselo. Así pareciera sorprendente, también podía volverse una tarea bastante tediosa así que saltaremos los próximos minutos y los detalles más aburridos de la lucha por sobrevivir.

Nos reencontramos más tarde con Milton, cuando, por instinto o tal vez a propósito, regresó a sus dominios anteriores a la masacre: el Hotel para Viajeros Alpino. Claro que, en pleno centro del norte de Illinois, no tenía nada siquiera remotamente Alpino. Había sido construido en una colina, entre otras dos colinas, en la mitad de la ciudad. Un ciclista no se quedaría sin aliento para llegar allí, sin importar de qué dirección viniese, pero para algún dueño anterior con ideas de grandeza o una vívida imaginación, era Alpino. Por lo tanto, Hotel para Viajeros Alpino era.

No era más que un viejo hotelucho. Había sido un antiguo motel para que los adolescentes locales pudieran echarse un rapidito, y también hogar de uno o dos vendedores de droga ambulantes, hasta que alguien (¿tal vez algún descendiente del dueño original?) con ideas de grandeza invirtió los dólares de los vecinos, que pagaron sin saberlo la remodelación del hotel mediante los planes de financiación sostenidos por el aumento en los impuestos. Las prostitutas, los proxenetas y una multitud de insectos, bichos y arácnidos fueron expulsados del lugar. Se instalaron colchones y muebles nuevos, aunque algo rayados y maltrechos. Se pintó toda la propiedad, por dentro y por fuera, y *voilà*, se convirtió en un hotel familiar de bajo costo, con una clientela conservadora de viajeros que ignoraba la cantidad de enfermedades venéreas y cuerpos que habían sido retirados de las habitaciones.

¿Milton era sentencioso? Esperaba no serlo, o al menos que no pudiesen probárselo. Ese hotel también era el lugar donde la había conocido, poco después de su remodelación. Ella ya vivía allí cuando Milton se mudó y, durante mucho tiempo, simples “hola” fueron toda la charla que mantuvieron. Si alguno juntaba coraje, intercambiaban un comentario aislado sobre el

clima. Entonces, pasó lo que pasó en el mundo, lo que sea que haya sido. De un momento al otro, el lugar se llenó de muertos vivos: el pequeño hotel se convirtió en un Alojamiento de lujo para Criaturas del Club de los Muertos, y quienes vivían allí se convirtieron en aperitivos, platos fuertes y postres en un bufet del largo de una calle. Milton y ella habían huido tan rápido como sus piernas se lo permitieron, por suerte, en la misma dirección. En algún momento del largo viaje que emprendieron, se habían tomado de la mano para no separarse. Habían estado juntos desde entonces.

Ahora, había regresado al Hotel para Viajeros Alpino. Milton vio que, tiempo después del brote de la plaga, alguien se había tomado las molestias de treparse al cartel que anunciaba el nombre del hotel y, con un pincel gordo y brillante pintura roja, había rebautizado el lugar como “Loquero”. Si eso era todo lo que el decorador se había atrevido a hacer, era un misterio. Los restos astillados de una escalera desparramados sobre una mancha de pintura seca y una mancha más oscura e impresionante de sangre seca parecían indicar que el pintor no había gozado del suficiente tiempo para admirar su obra. Las imágenes del espantoso final que habría tenido el artista desconocido inundaron la mente de Milton.

Ya estaba pensando en ella, otra vez. La chica. Habían estado juntos desde el principio del fin, como Liz Montgomery y Charles Bronson en ese viejo episodio de La Dimensión Desconocida. Dos extraños forzados a unirse. ¿Por qué no? Si no estaban en la Dimensión Desconocida, ¿dónde diablos estaban? ¿*Estaban*? ¡Dónde diablos estaba ella! ¿Por qué no había regresado?

Lo había dejado en el basurero, su hogar por una noche, para ir a buscar algo comestible. Él se había ofrecido a ir, por supuesto, pero ella se había negado. Él había estado alerta, en guardia y listo para actuar durante días, y estaba exhausto. Ella lo sabía, y él también. Ella no era un peso muerto ni una damisela en peligro. Hacía lo suyo, su parte del trabajo en equipo. Había muchísimas tiendas, locales de comida rápida, residencias con estantes repletos de latas de comida, refrigeradores que aún funcionaban... Y ella se movía como un felino. Se lo había dicho varias veces, era ligera como un gato. Claro que le temía a los muertos vivos, como él, pero había aprendido a lidiar con ello. Era su turno de buscar comida, y se fue.

Sería oportuno mencionar que ella jamás lo había decepcionado. Ahora, sin ella, se sentía extrañamente... ¿Qué palabra habría usado ella? ¿Anonadado? Y perdido. Al verse perdido, regresó solo, siguiendo un plan

que jamás había trazado, un instinto nuevo, hacia el lugar donde se habían conocido. Encontrarse con el nuevo nombre, Loquero, no lo había animado.

Entonces, todo se fue al diablo aún más.

Apenas había llegado cuando oyó los gritos de una mujer... en el primer piso del hotel. Aseguró el bate en su mano, corrió a través del estacionamiento descubierto (terrible error) hasta llegar debajo del balcón que daba al segundo piso de habitaciones y entró al pasillo interno desde donde se veía la ventana del cuarto de lavandería. De ahí salían los gritos, de la lavandería. Los vio.

Eran cuatro en la habitación. Tres criaturas masculinas, aunque su sexo no importaba en lo más mínimo. Las criaturas femeninas eran tan mortíferas como las masculinas, e incluso más sanguinarias. Quien se detuviera un instante en la idea del “sexo débil” y dudara en defenderse, estaba muy mal de la cabeza. Aun así, para que conste, en esta ocasión eran tres monstruos masculinos, arrastrados y sedientos de sangre, los que tenían atrapada a una chica todavía humana contra una mesa.

No era ella. Era una chica, pero no la que él buscaba. Era un poco decepcionante, porque Milton había regresado al hotel con la esperanza de que ella... Moría por verla de nuevo. Pero no era ella, era otra chica que no conocía y que tampoco le interesaba conocer, en realidad. La cuestión era que, habiendo sufrido tantas decepciones, le era casi imposible interesarse ya. De veras, le importaba un cuerno. Fue entonces que comprendió qué significaba el hecho de que esta chica que luchaba con todas sus energías una batalla perdida, arrinconada contra una mesa bajo las bestias, *no fuera ella*. ¡Era algo bueno! Significaba que ella podría ser viva. ¡Podría estar ahí afuera, en algún lugar! Milton no recordaba la última vez que no lo habían decepcionado.

Un sentimiento cálido, alegre, lo invadió por dentro, y sintió ganas de celebrar. Sí, debería celebrar... rescatando a esta chica que le importaba un comino. Usando, por fin, su confiable bate, hizo añicos la ventana con la esperanza de que el cristal destrozado llamase la atención de las criaturas. Funcionó. Las tres se dieron vuelta a la vez, como un único ente, para ver de dónde venía el ruido, pero él ya no estaba ahí. Ya había corrido a la puerta y tenía a su vieja Babe sobre el hombro, lista para atacar.

Una de las criaturas soltó a la chica y avanzó hacia él. No pudo dar más que un paso. Milton batió el arma de fresno lijada y barnizada contra la cuenca de su ojo izquierdo, y el cráneo se quebró con un placentero crujido.

Debió frenar la dirección natural que seguía su cuerpo por impulse para blandir el bate en la dirección opuesta, mientras un segundo monstruo lo enfrentaba. Treinta años atrás, ser un bateador ambidiestro le había sido muy útil en las Ligas Menores; en ese momento, era incluso mejor. En menos de treinta segundos desde su ingreso a esta supuesta pelea, ya había derribado a dos de las criaturas y solo le quedaba una. La última recibió un hachazo justo encima de la cabeza, y el crujido sonó tan maravilloso a sus oídos como lo había hecho el primero. Sangre y materia gris volaron por los aires, grotescas y satisfactorias como siempre.

Aun así, su heroísmo celebratorio había llegado demasiado tarde. La chica ya no estaba. No físicamente, claro; seguía allí, pero muerta. Muerta y perdida. El problema era que pronto volvería. Sin más opción, le aplastó el cráneo a ella también. Decepcionante.

La buscó durante un rato, pero no encontró nada que pudiera guiarlo a la chica que buscaba, por lo que regresó —solo— al basurero donde pasaba la noche. Temprano en la mañana empezaría de nuevo, otra vez, una vida nueva en un mundo hecho trizas, sin ella. Sin ella. La lluvia comenzó a caer y Milton se durmió, triste y decepcionado.

En plena noche, las frías gotas de lluvia lo despertaron al golpearlo de lleno en el rostro. Se había abierto la tapa del contenedor de basura. Se despertó sobresaltado, pero en silencio. Con mucho cuidado, espionó la calle y — se topó con su rostro. Milton se frotó los ojos para quitarse la lluvia y el sueño. ¡Sí! ¡Era ella! Por segunda vez en su vida después del desastre, después de la plaga, sintió una avalancha de emociones eufóricas y auténticas, dignas de festejar. Hasta que los relámpagos iluminaron con flashes color blanco azulado su garganta destrozada. Vio la sangre de algún otro pobre desgraciado gotear desde sus labios y su mentón. También vio, detrás de ella y alrededor del contenedor, a las dos docenas de criaturas que había traído consigo.

Fue una decepción espantosa.

Cinco

Herb Flay ingresó al estacionamiento de la Casa Funeraria Fengriffen, más allá de la sombría mansión principal, y estacionó su coche en la parte de atrás, ante el crematorio y el garaje adjunto de cuatro cuerpos donde se guardaban los coches de la empresa, los fúnebres y la furgoneta. Henry Fengriffen, el Fengriffen por el cual habían bautizado la funeraria, hacía años que ya no dirigía el negocio. Había estirado la pata y seguido a una multitud de clientes al más allá mucho antes de que Flay siquiera conociera la existencia del lugar. El socio de toda la vida de Henry, Marlowe Blake, era quien mandaba ahora, desde la mañana siguiente al ataque cardíaco que anunció el final del juego para Henry. Según Marlowe, sería mejor para el negocio conservar el nombre, ya conocido y de fiar.

¿Por qué llamarlo por un nombre tan poco profesional como “Marlowe”? Tal vez, para el sinfín de clientes en duelo que atravesaba las puertas de la Casa, él fuera el señor Blake, Director de la Funeraria. Sin embargo, para cualquiera que lo conociera por más de cinco minutos, no era más que el viejo y chistoso Marlowe. Tenía más tics y hábitos excéntricos que nadie, y asistía a muchísimos grupos de ayuda anónima para distintos tipos de adicciones, a la vez que trataba de que el público se tragase la imagen de digno director de funeraria. Chistoso o no, si Marlowe hubiera estado allí en ese momento, Flay podría haberlo besado en la frente lustrosa.

Pero no estaba allí, y Flay sabía que lo mejor era poner manos a la obra.

Pese a ser una bella noche para la muerte, era terrible para trabajar. La lluvia no daba tregua, los relámpagos iluminaban todo y, aunque en la categoría ‘espeluznante’ fuese la noche ideal, apenas sí se veía más allá de la propia nariz. Flay voló a la oficina de Marlowe en busca de las llaves de la furgoneta y la nota escrita en los inconfundibles garabatos de su jefe, que detallaba la dirección en donde habían sido encontrados los cuerpos y a donde debía ir a retirarlos. Marlowe se había adelantado en la Volkswagen Caddy. Flay se apresuró a cargar la furgoneta con las herramientas necesarias.

La nota establecía que el retiro se realizaría de una residencia en

Cedartown, pero no agregaba más información que lo poco que le habían informado por teléfono, lo cual era no solo normal, sino incluso habitual en el negocio de las funerarias. Empleados como él eran los encargados de recoger a completos extraños y dirigir su anteúltimo viaje. Conocer a los fallecidos ocurría más tarde, al conocer a la familia, hacer los arreglos, embalsamar y maquillar al muerto y llevarlo en su último paseo. Sus secretos caían uno a uno, como pizcas de harina a través de un tamiz; las capas se desprendían como las hojas de una flor de alcachofa o una cebolla cocidas.

De pronto, Flay estaba hambriento. No había tiempo que perder; Marlowe y los cuerpos lo esperaban.

En sus mejores días, la furgoneta traqueteaba como un camión descompuesto. En plena tormenta, sería aún peor y Flay lo supo tan pronto como tomó la carretera. Trató de controlar el volante mientras el vehículo se sacudía bajo el viento, los neumáticos resbalaban por el pavimento y las patillas del limpiaparabrisas apenas lograban empatar la batalla que les presentaba la lluvia. Los relámpagos blancos iluminaban el mundo con furia y los truenos estallaban un instante más tarde. Flay bajó apenas la ventanilla del asiento del conductor, una delgada línea para mantener fuera el agua y que le permitiera tomar una larga bocanada de aire fresco.

Pese al estrés de tener que concentrarse en conducir en medio de los furiosos elementos de la naturaleza, Flay no podía dejar de pensar en el trabajo que lo aguardaba (y de maravillarse al saber que cobraría un cheque pronto).

‘Gracias, Marlowe’, canturreó su voz mental. ‘Gracias, Muerte. Gracias, quienquiera que seas, por encontrar los cuerpos y llamar’.

* * *

Era una forma casi vergonzosa de encontrarte con el todopoderoso, solo en un contenedor de basura.

El bombero Baker estaba describiendo a pleno el último minuto de la vida de Milton y el final de su historia, cuando la puerta de paso se abrió de pronto y dos almas más entraron a la cochera. Sandy Lund, la enérgica conductora del carro de bomberos, encabezaba la marcha mientras Abner Perry, el regordete jefe de paramédicos, la seguía de cerca. Lund se quitó su abrigo, lo sacudió para quitarle la lluvia de encima y fulminó a Baker con la mirada. Perry se quedó de pie, goteando agua y mirando boquiabierto al

grupo con una sorpresa horrorizada. Ninguno de los dos parecía ser fanático de las tormentas ni de las historias de terror. Varios de los allí reunidos, que se habían sobresaltado ante la repentina entrada, se rieron nerviosos al reconocerlos (y por haber saltado como tontos del susto) y se volvieron hacia Baker, quien aguardaba para darle el toque final a su historia.

Una vez concluida la interrupción, Baker sacudió la cabeza y remató:

—Fue una decepción espantosa.

—Una asquerosidad espantosa, querrás decir —Perry un ruido de asco.

—Tamaña forma de morir —agregó Lund.

La cochera estalló en risas. Baker miró ceñudo al dúo empapado que había arruinado el final de su historia.

—¿No les gustan las historias de terror? —gruñó.

—Claro que sí, ¿te sabes alguna? —devolvió Lund.

—No —gimió Perry, agitando la mano delante de su rostro—, el terror no es lo mío.

—Pues, vete afuera de nuevo —dijo Baker—, porque aquí dentro estamos en eso.

—Hablando de afuera —interrumpió Grayson, poniendo fin a la discusión—, ¿qué sucede allá?

—Acaba de llegar el Forense —respondió Lund—. Está con el Jefe de Bomberos y el Comisario, ahora. Van a entrar otra vez a la casa de mierda... —Lund se detuvo y le echó una mirada al Propietario—. Disculpas por mi vocabulario —murmuró y volvió su atención al oficial—. Están acompañando al Forense al punto de origen para que examine a los cadáveres podrid... Para que mire de cerca la... evidencia —miró otra vez al Propietario con el ceño fruncido, dado que su presencia oprimía su estilo—. Tardarán un buen rato.

Perry tembló y no por culpa de la lluvia helada.

—¿Qué les parece ese tipo de terror?

—Por eso estamos contando historias —explicó Reid—, para pasar la noche.

—Es morboso lo que hacen —insistió Perry.

—Se ve así porque estás afuera, mirando hacia adentro —dijo Clayton a su compañero mayor—. Únetenos en el cementerio, Abner.

—¡Vamos! —añadió Baker—. Ponte cómodo sobre alguna lápida y cuéntanos una anécdota de servicio terrorífica.

—Por favor, que sea mejor que la última—pidió Clayton.

—¡Un momento! ¿Qué tenía de malo mi historia? —se quejó Baker.

—Dijiste que sería entretenida, y de entretenida no tenía nada —objetó la paramédica—. Era tan deprimente que me dio ganas de cortarme las venas.

—No te contengas por nosotros —aportó Lund.

Las mujeres se acuchillaron con la mirada. Ningún hombre se atrevió a meterse.

Clayton regresó la Mirada furibunda a Baker y continuó.

—Además, estamos hartos de los muertos vivos. Debes contar una historia que tenga al menos un poco de humor, aunque sea tonto, y que siga siendo de terror —como un gato que arrincona a un ratoncillo, volvió a apuntar contra la conductora del carro de bomberos—. ¿Qué hay de ti, Sandy? ¿Por qué no metes la cabeza en ese pasado tuyo tan jugoso y nos traes una buena historia de terror?

Lund echaba dagas por los ojos. Se agarró el frente de los pantalones de cargo y le dijo a la menuda rubiecita:

—¿Por qué no metes la cabeza aquí? —y arremetió—. Tú eres la criticaona, pero ¿puedes hacerlo mejor? Vamos, Lisa, cuéntanos tú una buena historia. Si es que tienes.

—Sí tengo —respondió Clayton con una sonrisa maliciosa. Tomo aire, lo dejó escapar lentamente y dijo—. Él escuchó que... alguien gemía.

Seis

Él escuchó que... alguien gemía.

Escuchó un... Un gruñido adolorido y agonizante.

Pero ¿cómo era posible? ¡Estaba bajo el agua! ¿O no? Sí... Estaba en alguna parte de lo más frío y profundo de un lago negro y sucio. No, se elevaba a toda velocidad hacia la superficie. Un momento, no era un lago. Era espacio. No el espacio exterior ni un espacio físico. Tan solo un espacio. ¿Cuál era la palabra justa? De modo figurado, era algo así. Flotaba... en un espacio dentro de su cabeza. Iba a toda velocidad hacia la consciencia despierta.

Entonces... ¡Diablos! ¡Alguien gritó! Fue un quejido bajo y asustado, y se apagó de inmediato, tan rápido como había aparecido. Casi lo mata del susto pero... Espera un... ¡Era él! Él había gritado. No podía recuperar el... Respiraba acelerado sin poder calmarse, jadeando como un perro acalorado. A medida que recobraba la consciencia y la percepción de sí mismo, no pudo evitarlo. Necesitaba gritar de nuevo.

—Dios, ¡Dios mío!

Jadear no estaba ayudándolo. Estaba hiperventilando. No podía recuperar el aliento. ¡No podía respirar para nada! *Detente*, se dijo a sí mismo. Tenía que controlarse o se desmayaría otra vez. Debía... tranquilizar... su respiración. Inhalo por la nariz, retuvo el aire. Lo soltó por la boca. Una vez más. Inhala por la nariz, exhala por la boca. Mejor. Así estaba mejor. Aun así, algo estaba mal. Se sentía atrapado, no podía moverse. No podía... despertar. Tenía que despertar.

—¡Me siento enfermo!

¿Por qué no podía moverse? Tenía que pensar, que recordar. La semana anterior. Sí, sí, todo había comenzado la semana anterior... con la habitación junto a la suya y... la dama de la noche.

* * *

Su nombre era Eric Landor. Vivía en la habitación 303, al fondo en la planta

alta de un raído hotel de carretera en medio de la nada. Era escritor de *clásicos sangrientos*, cuentos llenos de misterio y clichés que su editor y un puñado de lectores llamaban thrillers o policiales de misterio. Si le preguntasen su opinión, él diría que era moderadamente exitoso. Con ello, quería decir que, pese a que pocas personas conocieran su nombre, le alcanzaba el dinero para pagarse comida, ropa y el alquiler de una habitación en un pequeño hotel de carretera en medio de la nada. Vivir en un hotel así tenía sus ventajas: no debía pagar por los servicios, tenía ropa de cama limpia, y café negro y caliente al alcance de la mano las veinticuatro horas del día. Claro que también tenía desventajas; la más pesada entre ellas era el hecho de que el azar elegía qué vecinos darle. Los ciudadanos más dignos vivían en casas, no en hoteluchos.

La pura verdad era que a diario, o tal vez por semana, todos los perdedores que la vida rechazaba (gente sin empleo ni hogar, proxenetas, drogadictos, zorras y prófugos) tomaban uno de los cuartos junto al suyo y lo hacían propio por un tiempo. Venían a sus nidos temporales, pasaban unos días y partían de nuevo, mientras Landor no tenía más opción que ser testigo, a veces visual y a veces solo a través de las paredes, de escenas de lo que deberían ser sus vidas privadas, expuestas por completo. Era un desfile interminable de escombros humanos. Reían demasiado fuerte los sábados en la noche y rezaban demasiado alto los domingos en la mañana. Bebían, peleaban, tenían sexo como conejos enloquecidos.

Gruñidos, gemidos, golpes secos contra la pared, resortes rechinando, gritos.

Es fácil deducir qué estaba escuchando.

La más reciente era una dama (lo cual significaba, por supuesto, una dama de la noche según Landor) que había tomado la habitación 304, contigua a la suya por el oeste, hacía ya cinco días y, más específicamente, cinco noches. Landor jamás la había visto. Sus horarios no coincidían. Aun así, la había oído... a ella y a sus invitados. Cada noche, y varias veces por noche, en la misma habitación, la misma chica pero siempre un muchacho distinto, aunque todos soltasen ruidos similares.

Gruñidos, gemidos, golpes secos contra la pared, resortes rechinando, gritos.

A continuación, un silencio ensordecedor, con perdón de tal cliché.

Con respecto a la frecuencia de sus revolcones, Landor estaba impresionado, de versa maravillado con la dama. Durante su estadía en el

hotel, el escritor había visto mucho, pero a nadie tan insaciable como ella. Iba y venía, una y otra vez, y volvía a comenzar. Los golpes, los resortes y los gritos. Según lo recordaba él, había sido (como mínimo) una semana de locos.

Entonces, la vio una noche...

Como cada día, Landor estaba ocupado en escribir furiosamente su novela actual y asesinar a la más reciente encarnación ficticia de su exesposa, sentado en la misma mesa de siempre, oculta en un rincón de la oscura sala de entrada del hotel, junto al hogar de leña decorativo. La campanilla electrónica que indicaba la apertura de la puerta sonó, anunciando el ingreso de la dama. Landor se detuvo, presionó un figurativo botón de reinicio en su cerebro y agregó “y su compañero” a su último pensamiento. Eran dos. La dama de la noche traía a un muchacho detrás.

Honestamente, a Landor le importaba un pepino el muchacho, quienquiera que fuera. Su atención absoluta se concentró en ella, como correspondía. Se preguntó si admitir para sí mismo que la dama estaba para comérsela lo convertiría en un cerdo misógino y políticamente incorrecto, disfrazado con un traje barato.

—Bu-je-nas nu-ches.

Eso dijo. Buenas noches. Más que hablar, ronroneaba. Aun si Shakespeare prefería las palabras que caían ligeras entre los labios, Landor hubiera apostado que le habría encantado oírla tanto como a él mismo. Tenía un marcado acento de Europa del este (serbio, tal vez húngaro o ruso. Era escritor, ¿qué diablos iba a saber?). Era un sonido delicioso, se deslizaba por el aire lentamente, como miel tibia.

—Qué nu-che precio-zzza, ¿zzzierto? —continuó, y Landor se enamoró de las serpientes.

Vestía pantaloncillos muy cortos, un top que dejaba su espalda descubierta, una chaquetilla de encaje, medias de red y botas de caña alta, hasta las rodillas, con taco aguja; todo su atuendo era color negro como la noche. Las joyas que la adornaban, color carmesí, jade y transparente, entrelazadas con accesorios de plata, se veían reales, fuera de lugar en un hotel como ese. Tenía un tatuaje en tinta roja en el estómago que, por la distancia, Landor no podía identificar. Sin importar lo que dijera o ilustrase, gritaba “¡Zorra!” en todos los idiomas del mundo.

—Mi llave. No fun-zzziona —afirmó, deslizando la tarjeta defectuosa por la mesa de la recepción. A pedido de Louise (Louise Saville, la

repcionista del turno noche), la hermosa morena presentó una identificación—. Adrea Spedding, assí es —confirmó a Louise que era dueña de la identificación y, además, quien tenía derecho a ocupar la habitación 304.

Su nombre no importaba. Ni la hora ni el muchacho nervioso que esperaba junto a ella (Landor decidió llamarlo “John”). Nada de todo eso le importaba al escritor. Estaba siendo sexista, vulgar, y lo sabía, pero no podía apartar la mirada de la bellísima morena extranjera vestida como una suripanta salida de las calles más pobres de una mala comedia de televisión. “*¡Está para comérsela!*”

La campanilla de la puerta volvió a sonar cuando se fueron. Landor cerró su portátil, arrojó con prisas sus pertenencias en su bolso y salió tras ellos con una excusa patética que no convencería a nadie, ni a Louise. Fue un reflejo infantil, forzado por la culpa; Louise no le había hecho preguntas ni él le debía explicaciones. Sin llamar la atención de la pareja, los siguió con rapidez mientras Adrea Comosellame conducía a John a su habitación.

Era casi vergonzoso para Landor recordar lo que haría después, pero aun así lo hizo. Se apoyó contra la pared en su habitación y escuchó lo que ocurría al otro lado, como un perverso asqueroso. Adrea la Morena y John el Idiota gemían, golpeaban la cama contra la pared y, como siempre, acabaron a los gritos.

Pero... ¡Diablos! ¡Qué gritos aullaron esta vez!

Pese a la perversa diversión, Landor temblaba por dentro. Algo espantoso había ocurrido en la habitación contigua. Sin tiempo para calmarse, corrió a la oficina de recepción para quejarse, como el hipócrita que era.

—Algo está sucediendo en la habitación 304.

—¿A qué se refiere? —Louise no era la mujer más despierta de la clase. Landor intentó comunicar lo que pensaba con sutileza tres veces antes de dejarse vencer por la exasperación.

—Te lo repito una vez más, Louise —le gritó—. No sé a qué me refiero. No estoy en la 304, estoy en la 303. Han estado aporreando mi pared sin descanso...

—Pues, señor Landor... Estamos en un hotel —al parecer, Louise tampoco creía que Landor fuera muy inteligente.

—No me refiero a ese tipo de ruidos, Louise. ¿Crees que vendría aquí a quejarme si fuera el caso? Alguien estaba... haciendo algo. No eso, otra cosa. Se la dio contra la pared- es decir, golpeó mi pared y luego gritó.

Ella lo miró como si fuese un insecto. Landor debió admitir que su absoluta falta de curiosidad no hacía nada por modificar su opinión sobre su carácter insulso.

—Louise —trató de endulzar su voz—, este es el momento en que me dices que llamarás a la policía.

—No puedo hacer eso, señor.

—Ahí tienes el teléfono, Louise —lo señaló—. Levanta el tubo, presiona el 9 una vez y luego el 1 dos veces.

—Lo tengo prohibido —aclaró Louise, y explicó—. Lucy, la gerente de recepción, dice que tener a la policía en la puerta da mala reputación al hotel. No tengo permitido llamarlos —terminó, convencida de que Landor era un idiota.

A sabiendas de que lo más seguro era que se arrepintiese, Landor la cuestionó.

—¿Y si ocurriese algo y necesitases a la policía?

—¿Algo como qué?

—Algo como lo que está sucediendo ahora, Louise.

—Pues, no lo sé. No me dijo nada sobre casos especiales, solo que no los llamase.

Había acertado; se arrepintió al acto.

—Tamaño política tienen aquí —suspiró, y cambió de estrategia—. Vale, Louise, dame una copia de su llave.

—No puedo darte una copia de...

—Louise, algo malo ha pasado en la 304. No estoy imaginando nada. Te he dicho que llames a la habitación...

—¡Nadie contesta!

—Lo cual cementa mi argumento de que algo malo está pasando, si lo piensas un momento. También te he pedido que vayas a controlar que todo esté bien...

—¡No puedo abandonar mi puesto!

—Está bien. Luego, te pedí que llamases a la policía...

—¡Tengo prohibido hacer eso!

—Pues, entonces, me ofrezco a controlar la habitación por ti —de veras, como si fuera un insecto. Landor casi temía que lo pinchase contra una lámina para su proyecto de ciencias—. Louise, ¿quieres que mañana en la mañana Lucy encuentre el cadáver de una prostituta en la habitación 304?

—¡Claro que no! Pero tampoco quiero encontrarlo yo.

—Si me das la llave para que vaya ahora, tal vez aún no sea un cadáver. ¿No quedarías mejor si salvaras su vida? Y, en el peor de los casos, ¿no sería mejor encontrar un cuerpo aún caliente en lugar de uno frío y duro con siete horas de muerto?

Louise dudó y, lentamente, los engranajes de la máquina que llamaba cabeza empezaron a girar.

—V-vale.

—¡Vale!

* * *

Landor introdujo la copia de la llave tarjeta que Louise le había entregado en la ranura de la puerta 304. El pitido y la luz verde junto a la perilla le anunciaron la apertura de la cerradura.

El escritor de misterios no tenía idea de qué esperaba ver u oír al otro lado de la puerta, pero lo que vio fue pura oscuridad y lo que oyó fue silencio absoluto. No sabía que esperaba oler: el aroma dulzón de la marihuana, el sudor de la copulación humana, el chasquido metálico de la sangre fresca. Cualquiera de esos hubiera sido mejor que la realidad. La habitación 304 apestaba con el inconfundible hedor de la carne humana en descomposición. Era repulsivo, pero la curiosidad (a menudo errada) de todo escritor no le permitió retroceder. Ingresó a la habitación y, apenas dos pasos adentro, escuchó el chirrido de los goznes de la puerta que se cerraba a sus espaldas.

Tanteó la pared en busca de la tecla que encendía las luces, mas la encontró desarmada, colgando de unos cables endurecidos. *Click-click, click-click*. No funcionaba.

Alarmado y desorientado en la oscuridad, se alejó de la tecla (y, a la vez, de la puerta). Forzó sus ojos para tratar de ver algo, cualquier cosa, en la negrura que lo rodeaba, hasta que... Su andar se detuvo cuando golpeó algo que colgaba del techo con la cabeza. Era enorme, áspero como papel maché seco en algunas partes y pegajoso como melaza fresca en otras. Aunque no podía ver más que el delineado de su forma bulbosa, era obvio hasta para su cerebro atontado que se había golpeado contra una especie de capullo.

Espantado, trató de retroceder solo para chocar contra otro objeto similar, colgado unos metros más allá. Detrás de ese, otro más... y otro más.

—¡Dios mío!

La habitación estaba repleta de esas cosas infernales. Capullos que

apestaban a carne humana podrida. Dónde... ¿Dónde estaba la dama de la noche?

Fue entonces que Landor escuchó el sonido más extraño y casi indescriptible, como una línea de pesca mojada desenrollándose o una cuerda de arpa liberándose de los dedos de quien la toca. Tal vez, incluso, fuera más una vibración que un sonido, dado que fue al sentirla y no al oírla que se dio la vuelta.

Sus ojos se habían adaptado un poco a la falta de luz. Podía ver que el techo estaba cubierto por un entramado circular de increíble tejido y, suspendida desde el centro, sostenida por un hilo plateado de seda, justo sobre la cabeza de Landor... la dama de la noche. El diseño color carmesí en la piel de su abdomen, que había confundido con un tatuaje de callejera, quedó a la vista y, aún con la escasa luz, pudo ver que no era un tatuaje. Era una marca natural en su piel, con la forma de un reloj de arena.

Landor gritó. Gritó con todas sus fuerzas, o eso creyó.

Pronto notó que su boca estaba abierta y bocanadas de aire profundas escapaban por ella, pero no estaba emitiendo ningún sonido. No hacía más que abrir y cerrar la boca como un pez fuera del agua. No tenía voz. No podía gritar. La cosa que colgaba del techo, la dama, era... Landor retrocedió hasta tocar la pared. Apretó los puños, aunque algo dentro suyo luchaba, trataba de detenerlo, de que no lo hiciera... Pero se obligó a hacerlo. Levantó un puño y golpeó... Aporreó la pared, para alertar a alguien, a cualquiera, que pudiera rescatarlo de su desesperación, de su horror.

El terror lo abrumaba.

Golpeó de nuevo. Cielos, su mente gritaba, ¿nadie lo oía? ¿Nadie vendría a ayudarlo? Entonces, entendió. Louise tenía razón, era un idiota. La pared lo separaba de su propia habitación. Él no se había presentado a salvar a nadie al oír los golpes, los gritos... y nadie vendría a salvarlo a él.

La dama morena se acercó. “*Dios mío, Dios mío*”, pensaba Landor. La dama era tan... hermosa...

* * *

Landor regresó del plano inconsciente al que se había deslizado.

—Dios mío, ayuda —murmuró.

Se sentía aprisionado, no podía moverse. No podía... despertar. Tenía que despertar. Vómito...

—Voy a vomitar.

¿Dónde estaba? No había luz, ni siquiera un fino hilo de luz. Aunque... Un momento... ¿Qué era eso? Había luces, insulsas y borrosas. Ocho luces rojas en una nube brillaban con suavidad, iluminándolo a través de la estopilla. No, la seda, seda hilada. ¡Tampoco! Seda entretejida, justo sobre sus ojos. Tela... Era una telaraña tejida frente a sus ojos y alrededor de todo su cuerpo, que lo sostenía suspendido del techo de la habitación 304. Ocho luces rojas, brillantes en la oscuridad, que se acercaban acechantes y sus formas se veían con mayor claridad cuando más cerca estaban. ¡Un siseo! Landor escuchó un siseo, y las luces, cada vez más cerca, ahora podía verlas y entender que no eran luces. Eran ojos. Los ojos de la dama de la noche.

Envolvió sus brazos a su alrededor. Era suyo, atrapado, fascinado por la excitación de su abrazo. Ella tiró de él y él la siguió encantado, sin resistir, sintiéndose caer con ansiosa anticipación... sobre la cama, supuso, o quizás el suelo o incluso al mismísimo Infierno. Landor no sabía ni le importaba. Luego, con una dulzura que no había recibido jamás, sintió como ella lo rodeaba con sus piernas.

Su aliento y el de Landor se unían en una niebla caliente.

—Sssí, sssí —susurró la dama, y lo envolvió... con... sus otras piernas.

Luego, con dos piernas más.

Sus colmillos se sentían gloriosos, clavados en su piel. El calor... Dios, una ola de calor recorrió su cuerpo entero. Sudor estalló de cada uno de sus poros mientras el penetrante olor metálico de su propia sangre llenó su nariz. Los gemidos de la dama se mezclaban con los gritos de Landor. Era extraño, pero sus gritos no parecían suyos al salir de su boca, y mientras la oscuridad lo... envolvía... podía sentir la saliva tibia de la dama empapando su capullo de seda. Podía verla relamerse los labios, rojo brillante. Entre los horribles siseos que emitía, había palabras que Landor no lograba descifrar. Ella... ¡Ah! ¡Sí podía oírla!

—¡Ah! ¡Cielossss! ¡Esstás para comerrr-te!

Siete

Flay luchaba con el volante, luchaba para ver más allá de la espesa lluvia negra y deseaba llegar lo más pronto posible. Miró el ancho compartimiento trasero para echarle una ojeada a las herramientas que llevaba, el equipo que su jefe le había pedido en específico. Había revisado todo al cargar la furgoneta, por supuesto, pero Marlowe no era solo un director de funerarias algo estúpido, sino también uno paranoico que debía contagiar su paranoia a sus empleados. Flay sabía que, tan pronto llegase a la escena, Marlowe le preguntaría si había tomado todo lo necesario, y que su jefe sufriría un infarto si veía la más mínima duda en la respuesta.

La Mirada de Flay saltaba sin cesar de la calle al compartimiento trasero mientras revisaba el inventario.

Una camilla con ruedas desvencijada. Solo una era necesaria, sin importar la cantidad de cuerpos; los muertos eran el grupo más paciente de personas. Una camilla, lista.

Dos gruesas bolsas para cadáveres de goma negra. Marlowe se lo había dejado bien claro. *“Eh, Herbert, no puedo explicarte qué tan necesario es esto. Las bolsas regulares no... no serán suficiente. Trae dos, esto... dos de las pesadas”*. Dos bolsas de lujo, listas.

Guantes de látex quirúrgicos. *“Esto, no traigas solo dos pares sino, eh, toda la caja”*. Una caja de guantes, lista.

Toallas. *“¡Eh, trae muchas de esas!”*. Vale. Una enorme montaña de toallas, lista.

Agradecido como estaba de tener trabajo de nuevo, Flay no cuestionó sus órdenes. Si se enfrentaban a una guerra, que así fuera. Llevaba toda la artillería pesada, Marlowe no tendría de qué quejarse.

* * *

Era una norma implícita en la cochera del Puesto de Comando: una historia acababa, y los bomberos, el policía y los paramédicos se miraban fijo. Nadie hablaba. Nadie respiraba, siquiera. De pronto, Sandy Lund rompió el silencio.

—¿Una mujer araña? Oh. Dios. Mío. ¿Qué clase de estupidez sin sentido es eso?

—Es una estupidez asquerosa —chilló Abner Perry, sacudido por los escalofríos como si fuera él mismo quien estaba rodeado por las ocho amenazantes piernas—. Eso es, es una asquerosidad —sentenció, un sonido nauseabundo acompañando sus palabras. Clayton sonrió.

—¿Les gustó, eh?

—No —respondió Lund, desdeñosa—. Fue estúpida y poco creíble. Algo así de bizarro no sucede así sin más. Lo bizarro está bien en una historia para contar junto a una fogata en un campamento, pero tiene que tener una explicación.

—Tal vez tú puedas hacerlo mejor, ¿eh, Sandy? —gruñó Clayton—. Ya te pedí que contaras una historia, así que vamos. Cuéntanos.

La conductora del carro de bomberos se cruzó de brazos, desafiante, y apretó los labios con el ceño fruncido. Analizó el grupo que la rodeaba: Clayton, la paramédica exigente que no daba nada a cambio; sus compañeros bomberos Reid y Baker, el mayor que mostraba su aprobación con un guiño y el menor que la alentaba asintiendo con la cabeza; el oficial Grayson, que la estudiaba como si fuera una sospechosa de conducir alcoholizada a punto de realizar un examen de alcoholemia; y Perry y el Propietario, parados uno al lado del otro como Tararí y Tarará, el paramédico sudoroso de miedo y el dueño de la cochera sudoroso pero por motivos que parecían demasiado sexuales como para pensar en ello detenidamente. Cerró los ojos y deliberó consigo misma. “*Qué diablos, ¿por qué no?*”

Aceptó el reto con una inclinación de cabeza.

—Me ha sangrado la vagina por dos semanas —gruñó.

El Propietario soltó un ruido propio de quien se ha ahogado con su propia lengua. Baker escupió su café. Grayson parpadeó, sorprendido, y sonrió de oreja a oreja.

—Demasiada información —respondió, mientras Clayton decía apenas moviendo los labios: “*Guaa*”.

—¡No! —gritó Lund y fulminó a todos con la mirada—. ¡Yo no, idiotas! ¡Estoy contando una historia!

—Claro, por supuesto —intervino Reid, como si tratase de calmar a un desquiciado exaltado.

—¿Puedo contar mi maldita historia? —masculló Lund.

—No me aguanto la ansiedad —contestó Baker, secándose el café de la

camisa.

—Somos todo oídos —agregó Clayton con una sonrisa maliciosa.

—De acuerdo —dijo Lund—, entonces, cállense y escuchen.

Ocho

“Me ha sangrado la vagina por dos semanas”.

Eso le dijo a Max Berg.

Max suspiró y meneó la cabeza, consternado. ¿Por qué a él? ¿Tenía pintas de médico o qué? No era médico, era un don nadie, un técnico en química. Uno muy relajado, por cierto. ¿Por qué creía ella que podría ayudarla? ¿Daba siquiera la impresión de querer ayudarla? Lo cierto es que no, le importaba un bledo. Eran dos desconocidos, al fin y al cabo. Él era un completo extraño que había tomado el autobús durante el invierno más frío registrado hasta entonces y temblaba en su asiento, sin molestar a nadie. Seguida de una ráfaga de viento helado, dicha señora mayor había subido al mismo transporte, con la cara rosada y llena de polvos, el cabello plateado azulado recogido en estilo colmena, y un maloliente abrigo de Tweed gris. Dejando tras de sí un camino de nieve derretida, avanzó por el corredor, observó el asiento junto a él y sentó sus huesudas posaderas allí, ignorando la media docena de asientos vacíos que quedaba. Se quitó un guante, se aclaró la garganta tosiendo suavemente contra un puño esquelético y anunció: “Me ha sangrado la vagina por dos semanas”.

¿Cómo diablos podía responderle? ¿Qué diría cualquiera ante tal afirmación? Nada. No dijo nada. Max tenía la suficiente experiencia para saber que eran cosas que sucedían como parte de viajar en autobús. Debes esperar lo inesperado. Era su máxima al tomar el transporte público. Espera lo inesperado y todo lo que puedas imaginar después.

Si bien había excepciones, como todo, lo más común era encontrar dos tipos de personas: quienes mendigaban dinero y, peor aún, quienes querían meter las narices en asuntos ajenos. Bastardos. No, no era políticamente correcto, pero Max no sabía nada de política. Ni siquiera votaba en las elecciones, ¿por qué debería importarle? La gente que se autoimponía la tarea de decidir qué era aceptable y qué no lo era no viajaba en el maldito autobús.

Claro que Max no tenía inconvenientes en admitir que, así como los helados cremosos y frutales, dentro de esos dos tipos de pasajeros había un enorme espectro de sabores. Estaban los que dormían. Max no podía recordar

la última vez que había viajado sin que algún flojo degenerado tratase de evitar el frío de las calles durmiendo en el autobús. ¿Por qué no hacerlo? La vida era mucho más sencilla cuando se estaba inconsciente. Estaban las personas en sillas de ruedas, también. No lo malinterpreten, Max no tenía nada en su contra pero, por el amor de Dios, ya saben... Detenerse para dejar subir a una silla de ruedas tomaba tanto tiempo, y el suelo acababa cubierto de nieve, hielo y barro. Sin mencionar el hecho de que las sillas ocupaban el espacio de cuatro asientos y era imposible rodearlas. Quien fuera que hubiese creado el sistema de transporte masivo debía estar orgulloso de sí mismo por ayudar a los discapacitados, pero era evidente que no viajaba seguido.

Y eso no era todo. Estaban las ratas de biblioteca, los mirones, los que pretendían comer sin ser notados (ignorando los carteles y sacando bocadillos prohibidos de sus bolsillos atestados), los que escuchaban música con sus auriculares, los que enviaban texto tras texto sin cesar, los que hablaban a voz en grito por móvil, los viejecillos arrugados, los callados, los que daban miedo. Todo tipo de pasajeros. Si intentaban entablar cualquier tipo de contacto, si trababan conversación, estabas perdido y Max lo sabía. Querían dinero, querían preguntar algo que no era de su incumbencia o querían contar algo que no deseabas saber. Tal como acababa de hacerlo la Señora Polvos Rosados, sentada junto a él.

Muchos idiotas malintencionados plagaban los autobuses, aunque Max sabía muy bien que se trataba una espada de doble filo. La ciudad ponía especial empeño en fomentar esa maldad, en su opinión. La estación central estaba llena de carteles amenazadores, en las máquinas de refrescos, en las puertas de los retretes, en las ventanillas de información y venta de boletos. “No hagan esto, no hagan aquello”. “Si hacen esto, le quitaremos aquello”. “Hagan esto y llamaremos a la policía”. Cada cartel, ubicado a la distancia exacta para que un policía de alquiler, demasiado viejo o joven, demasiado delgado o gordo, lo viera y sonriera con superioridad, patrullando la estación con su arma a la cintura y creyéndose un milagro de Dios dedicado al cumplimiento de la ley. La ciudad trataba a sus viajeros, sus clientes, como basura. No recibían más que lo que daban.

El punto era que, sin tener nada en contra de nadie en particular, Max entendía que lo mejor era prestar atención a sus alrededores durante el trascurso de cada viaje, porque no solo dos tipos de personas iban con él, sino todos y cada uno de ellos. Los criminales no esperaban a la medianoche para salir de sus escondrijos ni los monstruos esperaban a la Noche de Brujas para

aterrar a las personas. La clave para viajar en paz, sin ser acosado, era convertirse en un camaleón. Fundirse con el entorno y no llamar la atención a sí mismo. Así, se mantenía un perfil bajo, se evitaba la mirada ajena y, por consecuencia, se evitaban los problemas. Sí, en la jungla de cemento y en especial en los autobuses, Max era un camaleón.

Ese día, Max había subido al autobús del recorrido número 7, el Expreso de la calle Principal, que atravesaba la ciudad en línea recta, de oeste a este, desde la estación central pasando por el Hospital Polaco-Americano (atendían a todos, pero la comunidad polaca lo había fundado ocho años antes, invirtiendo un dólar cada uno), por el centro de la ciudad, por el Hospital Católico (apodado Santa Agonía por las personas que no eran atendidas como creían merecerlo) y continuaba hasta el enorme centro comercial de Wally World al final del camino. Allí, en el estacionamiento de un negocio familiar de sándwiches, su recorrido describía una U para regresar por donde había venido, con todas las precauciones necesarias para no resbalar en la calzada helada y caer en la zanja a un lado.

Max estaba ocupado actuando como un camaleón cuando la señora subió al autobús, se sentó junto a él y comenzó a desperdigar el exceso de información. Vale, ser un camaleón no siempre funcionaba pero, gracias al Cielo, la señora bajó casi de inmediato en el Hospital Polaco, llevándose consigo sus cañerías rotas. Buena suerte, vieja. Pensó que, después de eso, la vida le daría un respiro, pero aparentemente sus habilidades camaleónicas no querían colaborar con él ese día. Tan pronto como la señora desapareció, su reemplazo ocupó su lugar, y vaya qué reemplazo.

El tipo tenía una mata salvaje de cabello negro a más de un metro noventa del suelo, una barba desperejada de dos días, pantalones remendados de color oscuro (marrón fangoso o quizás gris) y un harapiento abrigo acolchado color verde. Era gigantesco; el suelo del autobús cedió como un embarcadero desvencijado bajo sus ciento cuarenta kilos. Avanzó por el corredor como una bola de nieve arrojada directo hacia Max, acompañado de otra ráfaga de aire helado.

Sin dudas, hoy no era su día camaleónico, dado que el tipo giró sobre sus zapatillas talla cuarenta y ocho y, sin prestar atención al tercio de asientos disponibles, dejó caer su enorme trasero en el espacio que acababa de abandonar la señora. Respiraba con dificultad, como un asmático al borde de la muerte, y apestaba a ajo aplastado. Sus enormes extremidades se desparramaron a un lado por el corredor y al otro sobre Max. Era una

descripción bastante incompleta.

Era un hombre de piel oscura, pero no se parecía a nadie que Max hubiera visto jamás. Era una mezcla de tonalidades terrestres, un gris mortecino (en las muñecas, las orejas y el rostro), un marrón apagado (en sus ojos, sus labios y su garganta) y un deje amarillento como si sufriera una deficiencia de nutrientes. Se veía como una reliquia usada y maltratada, rescatada de algún rincón del ático de la abuela. No daba la impresión de tener color en su piel, sino en su aura, como si la piel no fuese tanto una capa protectora para su cuerpo descomunal sino un barómetro de los sentimientos que bullían en su interior. Su complexión hablaba de excesos y abundancia, pero el resto de su persona aullaba de soledad, necesidad, deseo.

No resultará extraño notar que, tanto como pudo, Max no se inmutó, dicho con sutileza. Sin ella, se diría que el bastardo gordo y apestoso estaba aplastándolo en su propio asiento, y Max a duras penas se contuvo de exigirle que se sentara en otro sitio. Sin embargo, hacer un escándalo iba en contra de su norma camaleónica. En cambio, se mordió la lengua figurativamente, como suele hacerse en el transporte público. Cosas extrañas sucedían a menudo y, por lo general, era mejor observarlas en silencio.

Entonces, hablando de cosas extrañas, algo sucedió.

El gordo se volvió para mirarlo, la nieve derretida resplandeciente sobre su ropa, y le sonrió, amistoso. Alzó los párpados pesados para dejar ver un par de ojos azules, húmedos pero apagados. En un instante, su ojo izquierdo se dilató: la pupila desapareció y todo su ojo se volvió negro. Miró fijo a Max, como un reptil desde lo alto de una rama, directo a su alma. Su ojo derecho, sin haber sufrido cambio alguno, se movió de forma independiente para mirar al frente del autobús. Max estaba tan pasmado que tardó un momento en notar el golpe seco y veloz contra su lado, justo sobre la cadera. La siguiente vez que se mordió la lengua, para no gritar, fue literal.

No es que sintiera dolor; fuera lo que fuera que acababa de suceder, había sido por completo indoloro. Sin embargo, fue una sorpresa absolutamente inesperada. El tipo sentado junto a él no parecía haberse movido, mucho menos alzado una mano. Max no lo había visto venir. Tras pasar la impresión inicial, lo sintió con más claridad y entendió que no había sido impactado por un puño, siquiera por algo que él definiría como un arma. Era casi como una extremidad viva, una parte del gordo, un tentáculo afilado salido de uno de los agujeros del abrigo para atravesar a Max a la mitad. No había sido golpeado o apuñalado, lo cual le habría traído suficiente terror.

Max podía sentir cómo el tentáculo empujaba, se torcía y contoneaba, para invadir su cuerpo en profundidad.

Aun sí, Max no sentía el más mínimo dolor. De alguna forma, el gordo, la cosa, lo había anestesiado rápida e increíblemente. Max no podía emitir sonido, no hubiera podido gritar ni siquiera intentándolo con todas sus fuerzas. Apenas logró mover la cabeza para mirar al extraño antes de que una parálisis extraterrestre lo poseyera por completo, inmovilizándolo.

—Tienes muchas preguntas para hacerme —dijo el gordo, sin mover los labios ni hablar en voz alta. Max lo escuchó solo en su cabeza, pero lo escuchó de todos modos—. Lo sé, tienes miedo y muchas preguntas. Lamento decirte que solo tendremos tiempo para un puñado de respuestas. Provengo de un planeta pequeño y relativamente cercano, ubicado apenas por fuera de la órbita de su Plutón. El nombre de mi planeta no tiene equivalente en tu lengua. Créeme, no te importa. Cómo llegué a tu planeta es una historia larga y tampoco te concierne a ti.

El autobús se sacudió, siguiendo su camino entre árboles, casas y tiendas congeladas, y alrededor de patinadores y hombres de nieve, testigos de pequeños accidentes. El freno chirrió cuando el vehículo se detuvo para que ascendiesen más pasajeros. La campanilla tintineó para anunciar la bajada de otros. Cada uno viajaba absorto en su mundo, y nadie miró dos veces a Max ni al gordo.

—No somos nuevos en tu Tierra —continuó el alienígena—. Muchos de mi planeta han arribado ya, y muchos otros vendrán luego. Nos divierten sus imágenes en movimiento acerca de alienígenas superiores que les traerán verdades sagradas y advertencias desesperadas a sus líderes. Somos lo que ustedes llamarían *la pura verdad*, y hemos aprendido que la mejor forma de comenzar una de nuestras misiones es a través de un simple boleto de autobús.

El alienígena sonrió. Su ojo negro lo miró sin parpadear.

—No tenemos ningún interés en arreglar su sociedad. No queremos detener su contaminación ni su cruzada para conquistar el universo; como si pudieran hacer tal cosa —el alienígena se rio con ganas sin mover un músculo de su rostro—. No les traemos ningún mensaje. Venimos a alimentarnos; cada uno para sobrevivir y entre todos para alimentar a nuestra sociedad. Tu esencia vital, tu sangre y tus tejidos me están alimentando justo ahora.

Max lo sintió. Mientras viajaban en silencio, mientras él se hundía en su

asiento, sostenido solo por lo que fuera que el extraño le había insertado por el costado, estaba drenándolo de todo lo que lo hacía un humano saludable.

—En cambio, tus emociones alimentaran mi mundo —sentenció el alienígena—. Funciona igual que el apetito refinado de los chefs famosos de tu planeta. Mi sociedad se alimenta de emociones refinadas: amor dulce, odio rancio, fuerza salada, decepción amarga, venganza desgastante. Nuestros agentes pueden sentir e identificar de inmediato individuos cuyas personalidades rebalsan de emociones específicas, juntar todas esas emociones por completo y transferirlas a casa para consumo masivo. Sin dudas, ya lo habrás adivinado —la criatura volteó su ojo izquierdo—: yo recolecto amargura.

Max había perdido la capacidad de quejarse y la fuerza para insultar. Acto seguido, perdió las ganas de hacerlo. Su conciencia se volvía más y más confusa, mientras perdía contacto con la realidad. El paisaje invernal parecía volar tras la ventanilla, las calles quedaban atrás como si fuera la ciudad la que se movía, no el transporte. Sabía que era temprano en la mañana, pero empezaba a verse como el ocaso.

Max no era el único que lo sentía. El gordo también estaba cambiando: respiraba con mayor facilidad cuanto más lo devoraba. El estertor desapareció junto al asqueroso olor a ajo. Las tonalidades amarillentas, grises y marrones se esfumaron de su piel, reemplazados por un color champaña reluciente y un deje verdoso intenso alrededor de los ojos, los labios, la nariz. Era como si dentro suyo estuviera liberándose una criatura nueva; salvaje pero joven, atrevida, saludable.

—Sí —confesó el alienígena—. Me vi obligado a juzgarte. Solo puedo disculparme por la confusión ilógica que te ocasiona esto, pero tu lengua es limitada y no existen palabras precisas para describir qué o quién soy, ni qué hago exactamente. Admiro algunas de tus palabras, que se acercan a la definición correcta: viajero, recolector, borrador. Hay un término particular que me agrada, correspondiente a la emoción que debo recolectar: barrendero. Discúlpame por no sentir pena por ti, sería un desperdicio. Los humanos como tú ya están muertos antes. Lo lamento, sí, por mis hermanos obligados a recolectar amantes de la vida.

Antes de que notasen dónde estaban, los frenos chirriaron y el autobús se detuvo frente al Hospital Católico.

—Ah, qué perfecta sincronización —suspiró el alienígena en la mente apenas consciente de Max—. He acabado contigo y aquí es donde me bajo,

como diría tu gente. Mi planeta te lo agradece y también yo. Estabas delicioso —con un sonido asqueroso, el tentáculo se retiró y desapareció dentro del abrigo. Max cayó contra la ventana mientras el viajero se ponía de pie y se palmeaba el costado, satisfecho.

El autobús pareció respirar aliviado cuando él bajó de la plataforma a la nieve. Dos pasajeros ansiosos por entrar a la calidez del vehículo subieron, sin prestarle atención. El alienígena se alejó con pesadez por detrás del pequeño refugio de la parada de autobuses.

Max, moribundo, observó al viajero a través de ojos desenfocados y apenas abiertos, a través de la ventanilla empañada, a través de la pared de metacrilato del refugio. Cruzó por su mente el pensamiento de que, para ser camaleónico, en realidad había sido un amateur: mientras avanzaba, el alienígena comenzó a transformarse. Su cuerpo monstruoso se encogió y sus manos enormes, colgando cerca del suelo, se extendieron aún más, hasta tomar la forma y el color de un puñado de bolsas de compra llenas. Su cabello negro y enmarañado se convirtió en una pañoleta marrón, y su abrigo andrajoso se adaptó a su delgado cuerpo jorobado, se estiró hasta los tobillos y, mientras se remendaba, se volvió gris claro. Él... Ahora, ella, dado que el viajero se había convertido en una anciana cargada de bolsas, con calcetines caídos y zapatos ortopédicos, caminó con lentitud por la acera en dirección a la Santa Agonía, cuesta arriba.

Ni las ratas de biblioteca, ni los mirones, ni los comilones escondidos, ni los que llevaban auriculares, ni los mensajeros constantes, ni los gritones al teléfono, ni las viejitas, ni los callados ni los que daban miedo le prestaron la más mínima atención al alienígena que se alejaba o a su transformación. Tampoco le prestaron atención a Max Berg mientras respiraba por última vez, ni a la carcasa vacía que dejó en su lugar. ¿Por qué lo harían? Durante el invierno, siempre había gente durmiendo en los autobuses.

Nueve

Flay vio manchas blancas camino abajo. Se inclinó sobre el volante y aguzó la vista para ver, a través del parabrisas mojado y el vaivén de los limpiaparabrisas, las luces de Cedartown que se volvían más grandes y brillantes cuanto más se acercaban. Bajó la velocidad para evitar el conocido control de velocidad de la policía, oculto en las afueras del pueblo, aunque dudaba que estuviese activo, y entró despacio al pueblo. Dejó atrás la pequeña cantina *Cedar Stop*, a la derecha, y la pequeña barbería *Cedar Shop*, a la izquierda. Luego, giró hacia la izquierda para salir de la calle principal. Dos calles más adelante, se detuvo para asegurarse de ir en la dirección correcta y dobló hacia la derecha en una esquina sin señalizar, sin arcén ni bordillo.

El giro fue demasiado cerrado y, sin que Flay se diera cuenta, la furgoneta se salió de la calle. El pasto mojado y el barro de la cuneta no fueron de ayuda más que para empeorar el resbalón. Un último tirón al volante, demasiado tardío como para ser de utilidad, fue la fresa que coronó su postre de mierda. La parte trasera de la furgoneta se deslizó más abajo, y la rueda trasera del lado del acompañante rozó el borde de la alcantarilla de cemento, por donde desaparecía un torrente de agua. El lado de la rueda se rasgó y el trasero de la furgoneta se echó al suelo a llorar.

Herb Flay jamás se había sentido tan identificado con un objeto.

* * *

Una vez más, los reunidos en la cochera se quedaron tiesos mientras la anécdota se asentaba en sus mentes. Algunos, como el oficial Grayson, miraban a los demás para calibrar sus reacciones. Otros, como Perry, no podían despegar la mirada del suelo de concreto, espantados. Como antes, Sandy Lund rompió el silencio.

—Así lo encontramos: parecía profundamente dormido pero estaba muerto como una roca, sentado en ese autobús.

Reid soltó una risotada y Baker estalló en risas.

—Rían todo lo que quieran, estúpidos —replicó Lund. Apuntó a las ventanas mojadas—. El Camaleón sigue ahí afuera.

La puerta de paso se abrió; Lisa Clayton, quien estaba sentada más cerca, saltó y gritó de pánico. Todos se rieron de ella mientras un desfile de figuras empapadas ingresaba a la habitación, encabezados por el Comisario, con el rostro serio. Detrás suyo, con aire hosco, el viejo Jefe Forense del pueblo, y el agotado Jefe de Bomberos. Cerraba la marcha el gigantesco conductor del camión escalera, Paul Henderson, quien se coló por la abertura de la puerta (de lado, para no quedar atascado) con un tubo de aire comprimido en cada mano.

Recuperada del susto y un poco menos sonrojada, Clayton se acercó para mantener la puerta abierta. Reid y Baker, a sabiendas de que no les convenía hacerla enojar, tomaron un tubo cada uno, y Henderson flexionó los dedos para devolverles la circulación sanguínea, aliviado. El Propietario quitó los platos y las tazas de la mesa para que pudieran depositar allí el equipo, los arneses, los reguladores y los tubos de oxígeno.

La risa del resto se apagó. Miraron a los recién llegados en silencio, ansiosos por noticias. Lo que veían en los rostros de sus intrépidos jefes era extraño y difícil de explicar. Los cuatro habían sido curtidos por sus largos años de experiencia y, aun así, la consternación era evidente en sus semblantes mientras se sacudían la lluvia.

—Quiten esas miradas llenas de preguntas —dijo el Comisario—. Dos muertos, de mucho tiempo.

—Nada que agregar —añadió el Forense—, al menos hasta realizar las autopsias. Tampoco hay más que hacer aquí además de llevarlos a donde las haremos.

Lund dejó su taza de café, lista para ponerse en movimiento.

—¿Necesitan ayuda para cargarlos?

El Forense la miró a través de sus lentes salpicados de lluvia como si estuviera loca. Tras sacarse el sombrero, había descubierto las dos matas ralas de cabello blanco que coronaban su cabeza casi pelada.

—Yo no cargaré a nadie. Llamé a Fengriffen en cuanto recibí el llamado, pueden quedárselos. Haré las autopsias en la funeraria.

—De modo que... ¿Tenemos prisa por esperar un rato más?

—No tardarán mucho, Marlowe ya está aquí —no eran necesarias más explicaciones. Todos los trabajadores del servicio de emergencias conocían a los funerarios locales y, aunque no fuera el caso, todos conocían al viejo y

chistoso Marlowe. El Forense continuó—. Aparcó cuando veníamos para aquí. Está sentado en su Cadillac junto a la casa, en medio de la nube fétida, esperando a su empleado que viene con la furgoneta.

—Hablando de esperar en la nube fétida —interrumpió el Jefe de Bomberos, mirando a Reid y a Baker—. Lo siento, muchachos, es su turno de guardia. Vayan a vigilar el equipamiento tan caro que trajimos —. No era una pregunta ni un pedido. Reid y Baker juntaron sus cosas y empezaron a vestirse para la lluvia. Mientras tanto, el Comisario se dirigió al oficial Grayson.

—Creo que a tu compañero le gustaría un poco de compañía. Está sentado en su patrulla, fingiendo que está bien, pero yo creo que algo lo trae un poco asustado.

Los reunidos en la cochera rieron de nuevo, más nerviosos que divertidos esta vez.

—Estábamos contando anécdotas de servicio de terror —explicó Baker, calzándose su abrigo.

—¿Acaso insinúas que han espantado a mi oficial? —inquirió el Comisario.

—Solo escuchó la suya propia, se habrá asustado a sí mismo. Algunas de las que contaron después han sido bastante... —Baker se cortó, buscando la palabra exacta.

—¿Terroríficas? —sugirió Reid. Otra risa sacudió el aire.

—Sí, supongo que sí —respondió Baker, tan sonrojado como Clayton.

—Asquerosas, es lo que son —exclamó Abner Perry, sin ninguna gana de unirse al espíritu festivo de la reunión—. Asquerosas y malvadas.

—¡Vamos, Abner! —contestó Clayton—. Te lo estás tomando demasiado en serio. Además, la última no fue ni terrorífica, ni asquerosa ni malvada. Fue solo estúpida.

—¿Hablas de la mía? —rugió Lund en defensiva, con los puños apretados.

—Exacto, la tuya —devolvió la menuda rubiecita sin mostrar signos de intimidación—. No es ni parecida a una historia de terror. Un alienígena en un autobús. Es basura. ¡Y dijiste que la *mía* era increíble!

El Comisario y el Jefe de Bomberos miraban la pelea que crecía con recelo. Ninguno quería cruzarse en el fuego; ambos esperaban que las aguas se calmasen pronto. Los demás trabajadores de emergencias miraban, impasibles. El Propietario también las observaba en silencio, pero su disfrute

era obvio.

—Damas —llamó la atención el Jefe de Bomberos, al final, con un gesto pacificador en las manos—, nada de gritos.

Para demostrar que no era importante, volvió a mirar a Reid y a Baker y señaló la puerta, el último empujón para enviarlos afuera.

Henderson terminó de acomodar las mochilas con los tubos de oxígeno y se acercó al portón cerrado para observar a través de la ventana salpicada a los bomberos que se alejaban. Grayson, envuelto en su abrigo impermeable, corría detrás para alcanzarlos. Mantuvo la mirada fija en sus figuras, hasta que se desdibujaron en formas irreales, siluetas inquietantes cuando brillaban las luces rojas, azules y amarillas de los vehículos de emergencias; fantasmas grises cuando los iluminaban los relámpagos; mensajeros invisibles cuando la oscuridad los tragaba por completo.

—No hacen falta alienígenas —susurró Henderson.

—¿Disculpa? —el Propietario estaba a su lado, de pronto, ofreciéndole una taza de café—. Lo lamento, no quiero entrometerme pero... ¿Qué dijiste?

—Dije que no hacen falta alienígenas —repitió Henderson y alzó la voz para que todos lo oyeran, aunque su mirada seguía clavada en la tormenta negra—. No hacen falta extraterrestres para crear terror. Hay suficientes cosas escondidas en la oscuridad.

—Te refieres a la escena del crimen —el anfitrión murmuró, con una sonrisa casi infame—. ¿Lo que sucedió en esa casa?

—Me refiero al mundo. Lo que hay ahí afuera —Henderson se giró para hablarle al grupo—. ¿Saben lo que hay ahí afuera? El mal... Y no puedes buscarlo y verlo por lo que es. El mal se ve idéntico a nosotros.

Estudió a la reunión de gente: el Comisario, alerta; el Forense, picado por la curiosidad; el Jefe de Paramédicos, asqueado, y su pequeña colega; el Jefe de Bomberos, su viejo amigo; Lund, colega de tantos años; y el eternamente alegre Propietario, con su jarra sin fondo de café y su sentido retorcido del humor y el placer. A todos, preguntó:

—¿Quieren oír una historia? Una sobre otro grupo de bomberos, en otro tiempo y otro lugar. ¿Una verdadera historia de terror?

Diez

Apenas tres minutos después de partir del cuartel en el Camión de Bomberos número dos, el conductor y el oficial al mando ya podían ver el resplandor proyectado en el cielo nocturno. El bombero experimentado que viajaba tras el asiento del conductor iba demasiado ocupado como para volverse a ver el espectáculo: estaba cerrándose el mameluco, poniéndose la capucha ignífuga Nomex, asegurando las cintas del arnés de su tubo de oxígeno, ajustando el cordel de su máscara alrededor del cuello. No veía otra cosa que las tareas que realizaba y, cuando levantaba la vista hacia las bobinas de las mangas, el reflejo de las luces rojas, blancas y azules que iluminaban el panel de control trasero. El novato, sentado en el mismo asiento pero al otro lado del carro, detrás del oficial, estaba demasiado nervioso y ocupado acomodándose su impecable uniforme nuevo como para ver otra cosa. El grupo del camión número dos iba en camino al primer incendio serio que enfrentaría el novato.

Tan pronto tomaron la calle Float, el conductor y el oficial vieron la casa en llamas. Era un incendio increíble y aún estaban a una calle de distancia. Como se decía entre bomberos, tan agresivo que el mismo Infierno no lo aguantaría. El conductor detuvo el coche junto al hidrante en la esquina y el oficial abrió la ventanilla que separaba la cabina de los asientos traseros. Tomó aire para hablarle al novato, pero el conductor se le adelantó.

—¡Agárrala, Nova! —el oficial sonrió.

El novato saltó de su asiento, corrió a la parte trasera del coche y tomó el extremo de la manga de ciento treinta milímetros de diámetro tirando de la boquilla para desenrollarla, con la llave ya insertada. Arrastró sobre la calle varios metros de manga plegada hasta llegar al hidrante, donde comenzó a conectarla. El motor del camión rugió mientras aceleraba en dirección a la casa en llamas, dejando un camino de manga detrás. Solo, el novato entusiasmado no perdió un segundo: ya estaba conectando la línea a la fuente de agua.

Un oficial de policía que pasaba por allí había visto el incendio y lo había reportado. Ahora, estaba de guardia frente a la casa. Solo un puñado de mirones se había apiñado frente a la casa, mirando boquiabiertos, casi

preparados para molestar el trabajo de los profesionales, pero apenas había pasado una hora de la medianoche y el incendio era reciente. A medida que las llamas se intensificaran y las luces y las sirenas fueran más fuertes, los vecinos comenzarían a notar que algo sucedía y, sin importar las calles congeladas, el aire helado ni la capa de nieve que cubría todo, los pocos curiosos se convertirían en una multitud. Invierno o verano, siempre era igual.

El camión se detuvo en la acera más cercana a la casa y el ingeniero bajó de la cabina de conductor. Agarró el otro extremo de la línea del hidrante, la conectó al camión y trepó al medio, para preparar los controles del equipo de agua. Pasó junto al bombero veterano quien, ya vestido y con el oxígeno a la espalda, bajó de un salto y fue de inmediato a la parte trasera del camión. El oficial odiaba las alertas de madrugada y el frío; bajó con cuidado de la cabina para examinar la situación. La casa, desvencijada y gris, tenía dos pisos. Las ventanas de la planta baja, y en especial el enorme ventanal que daba a la calle, estaban negras de humo. La ventana de la planta alta, de seguro un dormitorio, estaba igual pero se veía de forma intermitente el rojo vivo de las lenguas de fuego que devoraban el interior. Desde atrás del camión, el veterano también observaba.

—Esto va a ser una mierda —gruñó.

Ser bombero tenía sus rutinas propias, como cualquier otra profesión, por lo que los detalles de la preparación no son necesarios. Basta decir que todo ocurrió más o menos como debería, según la norma. El camión número uno llegó con más apoyo y con el Capitán, que tomó el mando. El camión con escalera número uno sumó a un par de camioneros corpulentos y no muy avispados para que cortasen tejados, tiraran abajo los techos y rompieran ventanas. El Subcomisario (la ciudad era demasiado pequeña para tener su propio Batallón) apareció poco después, con la camisa blanca manchada de comida, como siempre. El Comisario dormía plácidamente en casa. Más oficiales de policía se sumaron para controlar el tránsito y la muchedumbre (y para espiar lo que sucedía). Cerraban la caravana dos ambulancias, no solo para asistir y trasladar a los heridos, sino también porque los paramédicos eran, además, bomberos. El ingeniero a cargo de los controles del equipo de agua hizo sonar las sirenas, dos veces.

Al oír la señal, el novato abrió el paso de agua del hidrante y la manga se hinchó, gorda como una verga excitada, a lo largo de la calle. Con las máscaras de aire afirmadas en el rostro y las líneas de mangas de ataque

listas, intentaron entrar a la bola de fuego.

Intentaron, palabra clave. Golpearon la puerta de entrada con enorme presión pero, qué extraño, no cedía. Simplemente, no se abría. Fue entonces cuando los bomberos comenzaron a sentir que algo extraño sucedía con esa casa. Tendrían que arrancar la puerta a pedazos. Mientras la primera línea de ataque estaba atascada en ello, un segundo equipo hizo trizas el ventanal de la sala de estar y se ganó una nube de humo negro en plena cara. Trataron de introducir la línea por encima del alféizar de la ventana pero también se vieron bloqueados de forma inmediata. No era normal que un incendio se defendiese antes de que lograran atacarlo, pero la casa estaba pateándoles el trasero incluso antes de que lograran entrar siquiera. En resumen, consiguieron ingresar tras una ardua batalla, que siguió con otra lucha para encontrar el foco del incendio.

Mientras avanzaban, descubrieron la bizarra causa del problema: pronto fue evidente que los ocupantes de la casa eran acumuladores. El lugar no solo estaba lleno de humo y fuego sino de basura. Sin exagerar, el suelo no existía. Estaba enterrado bajo casi un metro de basura desperdigada por doquier. Por eso fue casi imposible abrir la puerta de entrada y el paso del equipo en la ventana se vio bloqueado. Cegados en un mundo de humo negro, no habían podido ver que los rodeaba una pila inacabable de porquerías. No podían gatear, como solían hacer, ni podían pararse derechos. La montaña de basura era tan alta que debían agacharse para cruzar los umbrales. En la oscuridad absoluta, cargaban treinta y cinco kilogramos de ropas y equipamiento ignífugos, arrastrando las mangas y respirando aire embotellado para luchar contra el fuego. No era nada divertido.

Mientras tanto, el creciente grupo de mirones que observaban a los bomberos tratar de salvar la casa de sus vecinos estaban pasándosela genial. Sin importar la helada noche invernal, esta situación era prácticamente una fiesta para un pueblo donde nunca sucedía nada. Un par de muchachos incluso habían sacado unas cervezas, hasta que una policía los vio y les ordenó tirar las latas. Sin disimular su enojo, quisieron discutir sus derechos y le gritaron que era una perra, en la cara. La oficial ni se inmutó; repitió la orden y la cerveza fue a parar a la nieve.

El mirón que mejor la estaba pasando era un tipo al fondo de la multitud. Se llamaba Doug Gamley y, con toda franqueza, estaba disfrutándolo tanto que a duras penas se contenía de masturbarse allí mismo. Verán, Gamley y un amigo suyo (que aún no es relevante a la historia), un tipo llamado Kevin

Connor, eran quienes habían prendido fuego a la casa. Así es. Habían iniciado el incendio en la cocina y en la sala de estar, diez minutos después de haber atado a los gemelos que vivían allí, y no más de dos o tres minutos después de haberlos asesinado.

Gracias al aire frío de la noche que se colaba en la casa, el fuego brillaba color rojo anaranjado. El espeso humo negro escapaba por la puerta y la ventana rotas como si alguien tirase de él hacia afuera. Dentro de la casa, los bomberos no podían siquiera verse las manos enguantadas frente a sus máscaras ni, para el caso, encontrarse sus propios traseros con esas manos. En esas condiciones, y con el agregado del agua que expulsaban a presión y que se congelaba al minuto de salir de las mangas, tardaron un buen rato en hacer algún tipo de progreso.

En ese tiempo, el recluta más reciente de la compañía (el novato que habían enviado a conectar la línea al hidrante) había dejado el hidrante y corrido toda una calle para llegar a donde estaba la escena. Un bombero nunca debe correr en un caso de incendio, por un millar de razones, pero era un alumno ansioso y aún no había aprendido esa lección. Tal vez, otro día. Ahora, quería ser parte de la acción. Correr fue apenas el primero de los errores que cometió, por estar tan ansioso. Estaba a punto de cometer muchos más. Agarró un tubo de oxígeno del camión con escalera sin decirle a nadie. Se dirigió a la escena sin informar al Comando. Con el tubo atado y la máscara puesta, entró a la casa incendiada sin que ningún colega supiera siquiera que se había ido del hidrante. Entró solo a su primer incendio; un rotundo no en la profesión.

El novato había completado el curso en la academia, por lo que no le sorprendió el hecho de que un incendio real no se pareciera en nada al de una telenovela. En televisión, los bomberos no usaban máscaras y se movían libremente por habitación muy iluminadas por el fuego, gritaban diálogos heroicos y rescataban a los civiles atrapados. En la realidad, el aire era en extremo caliente y el uso inadecuado del equipamiento correcto significaba una muerte rápida. El calor era opresivo, el aire estaba atestado de humo negro y no se veía nada. No, eso no le sorprendió. Sin embargo, se desorientó y perdió casi al instante.

El equipo dos seguía en la sala de estar, atrapados en lo que podría definirse como una caja enorme, con lados hechos de muebles (un escritorio y un sofá, seguro; el resto de los elementos, imposible de ver tras el humo), y torres de periódicos, libros cajas llenas de chucherías y basura general

apiladas sobre ellos: botellas de litro derretidas, excremento de animales, tazas hechas añicos y bolsas de papel arrugadas con un arcoíris impreso, logo de una famosa casa de comida rápida. Los bomberos debieron soltar la manga para, entre todos, quitar el escritorio del paso y derribar una de las pilas de papeles para liberarse, para poder trepar a la montaña de porquerías que inundaba la casa y llevar la boca de la línea más adentro.

El equipo uno había logrado derribar la puerta y atravesar el pasillo repleto de cosas hasta llegar a la cocina, donde encontraron uno de los focos del incendio. Aún sin muchos detalles, era obvio que había varios focos en la casa y lo más probable es que hubiera sido iniciado por un pirómano. Lidiarían con ello después. Ahora, el fuego estaba haciéndose un festín frente a ellos y tenían que apagarlo. Claro que, al echarle agua encima, la habitación se llenó de humo negro renovado.

El novato encontró la cocina un momento más tarde, aunque no tenía idea de cómo lo había hecho. Se detuvo, envuelto en el humo negro, a apenas unos pasos de sus compañeros, pero ninguno notó la presencia del otro. Avanzó a ciegas hacia la derecha, atravesó un umbral que carecía de puerta y se cayó de cabeza por unas escaleras desvencijadas de madera. En medio del caos, el ruido del fuego y del agua, la madera crepitante y los vidrios que estallaban, los gritos de los bomberos, las radios y la muchedumbre afuera, nadie escuchó nada fuera de lugar en la cocina. Nadie supo jamás que el novato había estado allí, con ellos, ni que se había movido de nuevo.

Atontado, el novato se arrodilló en el sótano. En la caída, se había desacomodado la máscara y no podía respirar. No solo estaba mareado y golpeado; estaba sofocándose. Rodó fuera de lo que sea que hubiera detenido su caída sin poder verlo, y volvió a arrodillarse. Lucho para quitarse el casco y volver a pasarse la máscara alrededor de la cabeza, jadeando. Bajo la máscara, el novato era un rubio apuesto, alrededor de los veinticinco años, con un mentón tallado a mano y tiernos ojos celestes; ojos que, por el momento, recorrían la habitación.

Podía ver que mucho humo se colaba por las hendidias hacia abajo pero, como los focos del incendio parecían estar en los pisos superiores, no había espesas nubes. Además, había agua. Mucha. Varios centímetros cubrían el suelo y más llovía entre las tablas del techo, por las actividades que se realizarían arriba. Una ducha interna debajo de una jaula de piedra negra. A pesar de la lluvia artificial, algo brillaba, como un resplandor ámbar en ese sótano...

El novato, sudoroso y jadeante, trató de recuperar el aliento mientras miraba en la penumbra el resplandor. Velas, eso era lo que veía. Velas encendidas, decorando un dibujo en la pared en lo que parecía ser alguna especie de altar. Entrecerró los ojos contra el humo, y vio la estrella, una estrella de cinco puntas, pintada dentro de un círculo y con una vela colgada en cada punta. Era un pentagrama, un maldito pentagrama como esos que dibujaban en las películas de demonios, brujas y hombres lobo.

¿Qué diablos...? Cerró los ojos, se dio la vuelta y agachó la cabeza para calmar su respiración o, al menos, respirar el aire más puro que hubiese cerca del suelo. Cuando abrió los ojos, vio sobre qué había aterrizado, qué había detenido su caída. Era el cuerpo de un hombre viejo, vestido en algo que podría ser el hábito negro de un sacerdote, salpicado de sangre, y sentado derecho en el suelo lleno de agua con los brazos detrás y la espalda apoyada sobre la pared de cemento descascarada al pie de la escalera. Se veía como si hubiera caído de la misma forma que él, con una diferencia esencial. No había habido más que duros escalones de madera y el suelo de cemento para detener su caída, y... tenía un trozo de cinta plateada cubriéndole la boca y rodeándole la cabeza.

El novato tembló de pánico. ¡Esto lo cambiaba todo! No era solo su primer incendio serio, era un incendio provocado. ¡Un asesinato!

Sin poder controlar el temblor, agarró al viejo y lo movió, haciendo un esfuerzo para mirar detrás de él. Sí, tenía las manos atadas. Lo habían maniatado, silenciado y empujado por las escaleras. ¡Habían prendido fuego a la casa a propósito! Luego, llegó el Departamento de Bomberos para que él cayera tan heroicamente por esas mismas escaleras y aterrizase sobre el pobre tipo. El novato sintió náuseas. Respiraba ya como un tren a vapor, tratando de recuperar el aliento en ese sótano lleno de humo, pero ahora tenía que, además, tomar respiraciones más profundas para evitar vomitar. Había aterrizado limpiamente arriba suyo. ¿Importaba, acaso? El viejo estaba muerto como una roca. Con dificultad, le arrancó la cinta de las muñecas, le acomodó los brazos por delante del cuerpo y volvió a recostarlo contra la pared. Le despegó la cinta de la cabeza y se la arrancó de la boca. Se acercó al rostro para tratar de oír si respiraba.

El novato no vio como el brillo de las velas y el pentagrama se intensificaba detrás de él. Estaba ocupado jadeando de horror porque los ojos del viejo se habían abierto de golpe.

El horror y el espanto lo invadieron hasta la mismísima alma. Hubiera

gritado, pero aún no recuperaba el aliento. Hubiera jurado con una mano sobre una montaña de Biblias que el tipo estaba muerto. Antes de que pudiera reponerse, la mano del viejo surgió a toda velocidad del suelo inundado y lo agarró por la garganta con una fuerza aterradora. Apretaba como una tenaza, le cortó el aire por completo obstaculizando su resuello de terror. ¡Qué terror! Los ojos del viejo se dieron vuelta dentro del cráneo, dejando un blanco amarillento brillante en las cuencas. La boca se le abrió y dentro no había más de encías azuladas, ni un diente. Un borboteo nació de lo más profundo del Infierno, acompañado de un olor rancio, y escapó por esa boca para golpear el joven bombero en plena cara. Algo horrible, horroroso, salió de la garganta del viejo. El novato se sacudió para alejarse de lo que sea que fuera eso; gritó, o lo hubiera hecho, si la esencia aterradora no hubiera bloqueado el sonido al contonearse y forzar su paso dentro de la boca del bombero, desapareciendo en él. El viejo volvió a caer contra la pared, muerto de nuevo. El joven bombero cayó hacia atrás, convulsionando en el agua.

Cuando los espasmos cesaron y el agua volvió a reposar el novato se sentó con movimientos rígidos y exagerados. Se puso de pie sin decir palabra. Volvió a colocarse la máscara de aire de goma negra, que ocultó su rostro y sus ojos feroces detrás del material grueso y, por encima, se calzó el casco, sucio de carbón. Se volvió hacia el altar improvisado, brillante bajo la luz de las velas titilantes. Clavo la mirada en el pentagrama que coronaba el altar oscuro y, tanto como pudo bajo el equipamiento ignífugo, hizo una reverencia cargada de profundo respeto hacia una autoridad invisible y malvada.

Se alejó, salpicando agua del suelo a las paredes, y subió los peldaños de piedra que conducían a una salida externa, al patio trasero de la casa. Abrió las puertas de madera, casi horizontales, y salió del sótano.

* * *

La multitud de curiosos se había duplicado en número y seguían disfrutando la situación detrás de la barrera policial. Doug Gamley, aún entre los más alejados, se regodeaba al ver la destrucción y más aún al pensar en el papel que él había desempeñado en ella. Sin embargo, estaba molesto por tener que celebrar sin compañía. Kevin Connor, su compañero del alma y coautor del hecho, había querido irse muy lejos tan rápido como pudo. Necesitaba un trago. Connor era un cobarde, pensó Gamley, que no sabía disfrutar las cosas

finas de la vida. Pues, Gamley sí que sabía. No necesitaba a Connor para pasarla bien. Ignorando la agitación de los bomberos, volvió a concentrarse en su disfrute.

Los muchachitos de la ciudad apagarían las llamas pronto y, entonces, no importaría que se quedase a ver cómo encontraban los cuerpos. Gamley inspeccionó la multitud que, incluso a esas horas de la madrugada y en lo más crudo del invierno, estaba repleta de los vecinos que antes desestimado. Sí, señor, decidió Gamley. Podría acabar la fiesta con un cuerpo caliente debajo.

La muchedumbre estaba tan inmersa en el incendio, Gamley en potenciales conquistas, y los oficiales en sus tareas, que nadie prestó atención ni vio al bombero, vestido para la acción, que surgió de las sombras junto a la casa en llamas y rodeó la multitud. Nadie lo vio marcar a Gamley como objetivo, ni lo miró extrañado cuando comenzó a esquivar personas hasta pararse detrás de él. Nadie vio cómo el novato lo rodeaba con un brazo en un movimiento increíblemente rápido y le metía a la fuerza los dedos de una mano enguantada en la boca a Gamley, arrastrándolo hacia atrás hasta que perdió el equilibrio.

Gamley quiso gritar, pero la mugre y el hollín embebidos en el guante de Nomex eran asfixiantes, y su textura gruesa imposibilitaba cualquier tipo de sonido. Trató de morderle los dedos, pero fue igual de inútil. Además, el bombero estaba apretándolo como un oso, dejándolo sin aire mientras lo cargaba lejos de la muchedumbre y de nuevo por donde había salido. Sin que nadie lo notase, Gamley fue arrastrado a la oscuridad detrás de la casa.

Una de las asignaturas obligatorias en la academia de bomberos era el autorescate, el arte de mantenerse con vida incluso en la más excepcional de las emergencias. Una de las prioridades mayores que dictaba esa clase era la habilidad de escapar de los pisos más altos de una estructura cuando estabas solo y todo se iba al diablo. Como todo buen graduado, el novato llevaba los artefactos de escape personales necesarios en uno de los bolsillos de su pantalón cargo: un descensor de rápel, una cuerda larga y un gancho de escape Seattle para frenar caídas bruscas. El gancho era exacto como cualquiera lo imaginaría: veinte centímetros de largo y una curva de trece centímetros, aluminio pulido y púas filosas en la cara interna, para clavarse en cualquier parapeto o barandilla y sostener al bombero. Sin embargo, le habían enseñado que el gancho Seattle era una herramienta multifunción.

Oculto en las sombras, el novato sostuvo a Gamley atrapado contra la pared de la casa en llamas. Sacó el gancho de su bolsillo, le dio una vuelta en

el aire y se lo clavó en el ojo hasta el cerebro. Sin soltar ni un sonido, Gamley ahogó unas gárgaras contra el guante, se sacudió en un espasmo violento y cayó inerte.

Sin que nadie notara nada extraño, el novato arrastró el cuerpo de Gamley hacia los peldaños de piedra en el patio trasero y ambos desaparecieron en el abismo negro del sótano.

* * *

En los pisos superiores de la casa, los equipos de línea de ataque por fin hacían progresos. Habían apagado el fuego en la cocina y casi dominaban el de la sala de estar. El espeso humo negro estaba volviéndose gris. A lo largo y a lo alto de la casa, desde la basura acumulada hasta el techo, los cientos de litros de agua que habían utilizado estaban congelándose, convirtiendo el edificio en un mundo extraterrestre hecho de cristal y brasas. Un expulsor de humo había sido instalado en la puerta de ingreso y, poco a poco, limpiaba el aire dentro de la casa. Parecía que el turno C de bomberos se salvaría de entrar en acción. Fue entonces que alguien gritó desde la planta superior con la voz apagada por la máscara de oxígeno que llevaba puesta, sin usar su transmisor a sabiendas de que cualquier chismoso del pueblo podría interceptar la frecuencia.

—¡Tenemos un cuerpo!

Sin conocimiento de lo que el novato había descubierto en el sótano e ignorantes de todo lo que había sucedido detrás de la muchedumbre y justo bajo sus pies, los bomberos de la planta alta pensaron que habían encontrado al primer cuerpo. Estaba enterrado bajo una montaña de basura en el suelo, en el umbral que separaba la sala de estar de una pequeña antesala que conducía a un baño del piso inferior. Cubierto de basura, apenas sí parecía ser humano, o haberlo sido alguna vez. Estaba quemado como una comida olvidada en la parrilla, ennegrecido, con la piel de las piernas reventada como un chorizo demasiado cocido. Una inspección más cercana permitió ver que sus brazos habían sido maniatados detrás de su espalda y su boca, cerrada bajo una cinta de embalar.

Once

La casa, los alrededores y el Centro de Comando hervían de actividad, llenos de personas que aún luchaban contra el fuego, que removían escombros y tiraban abajo paredes para apagar los últimos focos de incendio y controlar los que intentaban renovarse. Además, el encuentro de una víctima que había sido a todas luces asesinada había aumentado la agitación. Todos estaban demasiado ocupados como para notar el bombero que salía en solitario del sótano, el novato del camión número dos, con el equipo de trabajo entero encima, y se alejaba a través de la penumbra del patio.

* * *

A tan solo dos calles de allí, sobre la avenida principal más cercana, se ubicaba el Bar y Restaurante de Las Pistas. Era un bebedero de mala muerte, con clientes aún peores que se despatarraban sobre las pesadas mesas de madera con el número justo de manchas. Si fuera un poco más limpio, atraería clientes más vivarachos; si fuera un poco más sucio, no tendría ni un solo comensal. De su nombre, por qué “Bar” era evidente. El “Restaurante” era ignorado por completo; cualquiera en el ambiente sabía que era mejor comer antes de llegar. Con respecto a “Las Pistas”, no se refería a ninguna pista de carreras cercana sino al sitio de apuestas ilegales ubicado exactamente al otro lado de la calle.

En una de las mesas ocultas en un rincón, estaba sentado Kevin Connor, compañero del crimen de Doug Gamley, corredor de apuestas del pueblo y la otra explicación no oficial para el nombre del establecimiento. Junto a él, estaba su novia, una parrandera a quien llamaba cariñosamente “la Rubiecita”. La Rubiecita tenía los labios pegados a una botella de cerveza. Connor odiaba ese sabor. Para él, solo bebidas fuertes. Ginebra, si conseguía, simple, sin hielo ni agua, ningún agregado. Aunque la forma en que la bebía no tenía nada de simple: la tragaba de una, sin respirar, y sus ojos y su nariz enrojecidos se hinchaban, aún más cuando no estaba contento. Y, en ese momento, Connor no estaba contento.

—Fue su culpa —murmuró Connor a la Rubiecita—, toda su propia culpa. Tengo derecho a cobrar mi dinero. ¿Para qué diablos apuesta si no puede pagar? Nadie debería apostar si no tiene para pagar. Bill Seaton era un bueno para nada, no sabría diferenciar un caballo de un galgo. No distinguía un equipo de otro. Maldito anciano, ¿para qué apostó? El premio mayor estaba casi en sus manos, pero es un perdedor y no quería pagarme. Fue todo su propia culpa, diablos.

—¿Qué cosa, cariño? —preguntó la Rubiecita, sin oír una palabra. Connor bebió más ginebra.

—Yo solo quería mi dinero y Bill no quería pagar. Como si no fuera suficiente haber tenido que rastrearlo. Vive como un cerdo, rodeado de basura y animales muertos. Mirabas alrededor y todo era montañas de porquería, una pila de periódicos viejos, mierda de perro seca, mierda de perro fresca y después el mismísimo perro muerto, todo alineado, como si ese fuera su sitio en la casa. Y Bill Seaton no quería pagarme. Entonces, se mete el gemelo, Rosie. Como si el mundo necesitara dos de esos. Pero el hermano es aún peor. Salió del sótano como un espectro, vestido con un hábito largo y negro, amenazando y gritando que Bill no iba a pagar nada, que el diablo los protege a ambos. ¿Puede creerlo?

—¿El diablo? —preguntó la Rubiecita.

—Eso dijo el estúpido. Podría haberse ido a meter las narices en otro sitio mientras arreglábamos cuentas con Bill, o solo no entrometerse, vale. Pero no, tenía que quedarse ahí parado como un sacerdote maldito o algo y gritarnos que teníamos que largarnos o Satanás los vengaría. ¿Qué demonios fue eso?

—¿Y qué hicieron?

—Yo no hice nada, no tuve tiempo. A Gamley lo llevé porque es puro músculo y nada de cerebro. Tiene mal genio y de pronto ¡bam! Le partió la cara de una trompada. El brujo ese cayó al suelo justo junto al hermano. Lo habría molido a golpes, pero se le ocurrió otra cosa.

—¿Doug Gamley, una idea?

—¡Eso es lo que pensé! Gamley agarró una cinta de embalar y le dio un par de vueltas en la cabeza a cada uno para cerrarles el pico. Les ató las manos en la espalda, los dejó como dos pavos para Navidad. Después, lo arrastró al viejo Bill de los pocos pelos que le quedan en la cabeza y le dijo que iba a pagar lo que debía o sino le haría ver como el bastardo de su hermano mordía el polvo de una paliza.

—¿Morder el polvo?

—Matarlo, idiota.

—¿A quién le dices idiota?

—¿Qué no te estoy hablando a ti?

—No lo sé —respondió la Rubiecita, mordiéndose el labio inferior y llevándose el labial entre los dientes—. Me hablas a mí o te hablas a ti mismo. Dime, ¿a quién le hablas?

—No le hablo a nadie, solo hablo de algo. Y tú estás interrumpiéndome —Connor se terminó el vaso de ginebra—. Bill, ese maldito idiota, dijo que pagaría si pudiera pero siguió lloriqueando que no podía. Entonces, ¿qué hizo Gamley? Levantó a Rosie como si fuera un saco de patatas, lo miró fijo a esos ojos pequeñitos que tenía y le dijo “Lo siento, imbécil, tu hermano no quiere pagar así que lo harás tú en su lugar”. Se giró hacia la puerta del sótano y agregó “Salúdame a Satanás, parásito”, y lo tiró de cabeza por las escaleras.

—¡Dios mío! ¡Pudo haberlo matado!

—¡Cierra el pico! —gritó Connor en susurros—. ¡Sí lo mató! ¿Qué te creías? —Connor clavó la vista en el vaso vacío mientras el recuerdo lo inundaba—. Creí que no hablaba en serio, y Bill también, supongo. Pero sí. Gamley asesinó al brujo ese de Rosie sin que le temblara un dedo. Y de pronto Bill está gritando como una maldita zorra con la cinta en la boca, pero ya es tarde. Gamley ya olió sangre y está loco, completamente loco. Negaba con la cabeza como si le hubieran preparado mal el pedido en McDonald’s. Fue hacia Bill con sangre en los ojos y le dijo “No es suficiente. Tu hermano no valía nada, así que todavía debes”. Traté de detenerlo, vamos, hombre, pero nada lo detenía. Ni siquiera me escuchaba. Dos minutos más y Bill estaba muerto como un cerdo. Le grité que no voy a cobrar nunca mi dinero ahora y él me grita que fue culpa de ellos y que mejor cerrara la boca.

Connor respiró profundo.

—Le dije que, por su culpa, había perdido ese dinero para siempre. Me contestó que, si no lo ayudaba, iba a perder mucho más.

—¿Ayudarlo?

—La casa está en llamas, ¿no? Se quemó como paja seca. Dijo que debíamos deshacernos de la evidencia, así que la quemamos. No quería matar a Bill ni tenía quejas de su hermano. Rayos, su maldito hermano ni siquiera debía estar allí. Pero Rosie Seaton empezó a gritar que nos embrujaría y nos maldeciría y empezó a citar a mil demonios. ¡Rarito de mierda! Los dos. Fue

toda su culpa.

—Lo sé, cariño —dijo la Rubiecita, palmeándole la cabeza—. Ya te oí.

—Tú no sabes nada de esto, ¿vale? —ladró Connor con una mirada llena de odio—. ¡No has escuchado una palabra! Nada, no has oído nada, ¿entendido?

* * *

Guiado tal vez por las fuerzan que habían poseído a Rosie Seaton, el novato dejó atrás las dos calles que lo separan de la casa y se sumió en las sombras detrás del Bar y Restaurante de Las Pistas. Ladeó la cabeza aún con el casco puesto, y buscó con la mirada a través del escudo opaco que era la máscara hasta dar con el manajo de cables del servicio eléctrico que se extendía desde la punta del poste en la entrada del callejón hasta la acometida junto a la puerta de servicio en la terraza del Bar. Siguió el circuito hasta la caja de seguridad y observó como la pequeña rueda de lata daba vueltas. Alrededor de la cintura, el novato llevaba un grueso cinturón de cuero con herramientas del bombero colgadas de él: una llave de tuercas, una linterna de enorme potencia (pero inútil, dado que ahora podía ver en la oscuridad), y una pequeña hacha muy bien afilada. Esta última fue el arma que tomó. La alzó en el aire y la estrelló contra la caja de seguridad. Estallaron chispas en todas direcciones.

Adentro del edificio, el Bar se sumió en la oscuridad. La música y las luces murieron a la par y los clientes se alzaron a gritos. La división era bastante pareja: una mitad ladraba quejas emborrachadas y la otra reía con la estridencia que les daba el alcohol. El dueño gruñó y fue a la cocina, donde tocó todas las teclas de panel de térmicas eléctricas. Nada ocurrió. Consciente de sus limitaciones como electricista, decidió agradecer su buena suerte y dar por concluida la noche. Le importó un bleo la sarta de insultos que recibió; el Bar se cerraba.

Eso dijo a sus clientes. Culpó a la ciudad, a la empresa del servicio eléctrico y al incendio a unas calles, y se desligó de toda responsabilidad. Exigió a todos que bebieran y repitió hasta en el último rincón: “No es necesario que vuelvan a casa, pero lárquense de aquí”.

Desde las sombras del callejón, el novato miró a los clientes, solos o en grupos, abandonar el sucio bar. Se acercó hasta ocultarse en un triángulo de sombras junto a la puerta y observó a la Rubiecita salir; primero, con Connor,

pero él no tenía ganas de estar con ella; luego, intentó atraer a otros dos muchachos, uno tras el otro, sin éxito. Con la perspectiva de una noche solitaria y vacía, se fue sola. Sin ver al novato, de pie en las sombras detrás de ella, la Rubiecita bajó a tropezones los escalones de la entrada y se alejó con pasos inseguros subida a unos tacones que de seguro se sentían mucho más altos que al comenzar la noche.

Connor, desdeñoso, fue el último en irse. Salió gruñendo de furia por verse obligado a abandonar el bar y continuó expresando su desaire aún mientras el dueño del negocio le cerraba la puerta en la cara. Ceñudo, comenzó a caminar. En la esquina, giró hacia el callejón, pero apenas unos pasos más tarde debió darse cuenta de que había emprendido el camino de regreso a la casa incendiada. Se detuvo, lo pensó, llegó a alguna conclusión y, desestimándola, volvió a darse la vuelta. De inmediato, se detuvo otra vez.

El novato estaba ahí, bloqueándole el paso en toda su gloria de ropas amarillas y manchas de hollín: las botas, los pantalones, el abrigo ignífugos, el tubo de oxígeno, la máscara y el enorme casco. La viva imagen de un bombero perdido. Connor parpadeó, sin poder creerse lo que veía. Sacudió la cabeza y parpadeó otra vez. El único sonido que rompía la quietud de la noche era la respiración pesada del bombero detrás de la máscara. Connor eructó.

—¿Qué... diablos... sucede...?

El novato agarró a Connor por la garganta y lo levantó del suelo antes de que su mente, nublada por la ginebra, lograra comprender qué estaba sucediendo. Lo arrastró hasta el fondo del oscuro callejón detrás del edificio y, de nuevo, sacó el hacha de su cinturón. Despacio, disfrutando el momento, la alzó por sobre su cabeza. La luz de la luna brilló contra la hoja afilada y Connor abrió los ojos como platos.

—¿Quién... eres? —susurró con la voz quebrada. No podía respirar. No recibió respuesta. Connor entró en pánico y comenzó a sacudir los brazos, golpeando al novato en el pecho y la cabeza. Entre las ropas gruesas, los arneses, el casco y sus propias fuerzas atontadas por el alcohol, escupir al aire hubiera tenido el mismo efecto. El bombero apretó su agarre.

—¿Q-quién... eres? —los ojos de Connor se desenfocaron a medida que él perdía el enfoque en la realidad y la consciencia se le escapaba entre los dedos. De todas formas, el corredor de apuestas lanzó un último intento, aterrado, y lo golpeó con la poca fuerza que le quedaba. Su pulgar se atoró en la manguerilla de la máscara de oxígeno, y sus movimientos lanzaron al suelo

el casco del novato, y le arrancaron la máscara del rostro. Colgada de su cuello por la cuerda de seguridad, se balanceó como un péndulo frente a su pecho. Connor alzó la mirada. Un grito ahogado murió en su garganta.

El novato, el rubio apuesto de la mandíbula tallada a mano y los ojos tiernos, no estaba allí. Lo que vio el pirómano fue al viejo muerto, Rosie Seaton, maniatado y quemado a dos calles de distancia en la casa de la calle Float. Rosie sonrió con maldad y se carcajeó. Su cabeza explotó en llamas. La piel se derritió y sus facciones se deformaron por el calor extremo. Siguió riendo, y pronto se le unió la risa de un coro de demonios del mismísimo Infierno. Connor gritó espantado.

El novato blandió el hacha y un sonido húmedo siguió al golpe brutal.

Cuando dejó de sacudirse, el novato recuperó su hacha del cráneo abierto de Connor, limpió los fluidos pegajosos en el pantalón del corredor de apuestas y volvió a colgarse el hacha del cinturón. Se acomodó la máscara y el casco, y se cargó el hombro la carcasa vacía que había sido Connor para transportarlo las dos calles desiertas que lo alejaban del incendio. La muchedumbre seguía distraída en el frente, por lo que atravesó el patio trasero con el cuerpo encima y lo arrojó por la puerta del sótano sin ser visto y entró detrás.

Una piscina artificial. En eso se había convertido la habitación, bajo la constante caída de agua de los pisos superiores. Tres de las cinco velas en el altar negro se habían apagado, bajo agua, mientras las dos restantes proyectaban un aura tenue color ámbar en el humo gris. El cuerpo de Gamley reposaba sobre una mesa de madera desvencijada frente al altar.

El novato sostuvo el cuerpo de Connor por las solapas de la camisa y lo arrastró por los ya sesenta centímetros de agua, chapoteando a su paso. Lo levantó, chorreando agua, y lo depositó sobre el otro. La mesa crujió bajo su peso combinado. El novato chapoteó hasta una línea de estantes ubicados en la esquina y tomó una lata de gasolina de entre los objetos allí acumulados. Los más de diez litros que contenía acabaron derramados sobre ambos cuerpos. Tras repetir la solemne reverencia, tomó una de las velas restantes y les prendió fuego.

Tan pronto como las lenguas de fuego tocaron las vigas del techo, retumbó en toda la casa un sonido amenazante. La planta baja colapsó sobre la demoníaca pira funeraria cuando cedió la estructura, bajo el peso de los electrodomésticos de la cocina, la basura acumulada durante años, incontables litros de agua y varios pedazos de hielo. Madera humeante, yeso,

cerámicos, papeles, metales, agua y hielo llovieron al sótano, enterrando al novato, el sacrificio en llamas y el altar maléfico.

A medida que se asentaban los escombros en el sótano devenido piscina, comenzaron a oírse los gritos entusiasmados de la calle que se acercaban a las escaleras de piedra que salían al patio trasero. El oficial al mando, bastante limpio y prolijo, observaba desde arriba mientras un equipo de bomberos bajaba. Uno de ellos divisó el casco ignífugo amarillo, cubierto de hollín, flotando en el agua.

—¡Oigan, miren esto! —el bombero sorteó los escombros, levantó el casco y con él alzó al novato del suelo. Le quitó el casco y la máscara de oxígeno, y vio el rostro jadeante del bombero rubio y apuesto—. ¿Están bien, Nova?

Como respuesta, el novato se dio la vuelta y vomitó, exhausto.

—No te culpo, chico —dijo el veterano—. Ha sido una noche infernal.

Con los ojos mojados, el novato miró detrás de sus hermanos bomberos, a través del humo, el polvo y los trozos de papel que flotaban en el aire aún, el dibujo quemado en la pared. Necesitarías mucha imaginación para reconocer el pentagrama destrozado, iluminado por una vela solitaria. El novato no pudo hacer más que asentir con la cabeza en silencio, desconcertado.

—Te servirá como experiencia —continuó su colega—. Hay demasiada maldad en el mundo: nunca sabes quién o qué está parado junto a ti.

Doce

Herb Flay forzó la tapa de la llanta de un golpe, reubicándola en su posición correspondiente con un golpeteo metálico que casi, casi, armonizaba con el golpeteo de la lluvia. Trabajo terminado: la rueda nueva estaba asegurada y los nudillos de su mano derecha habían dejado de latir y, al parecer, de sangrar también. En algún momento dentro de los últimos veinte minutos (no estaba seguro de cuándo con exactitud), mientras maniobraba la camilla y el equipo que traía en el maletero para alcanzar el gato y la rueda de auxilio, mientras elevaba la furgoneta, mientras retiraba la rueda destrozada o tal vez mientras ajustaba la de auxilio, Flay se había cortado los nudillos. No recordaba el momento del corte, pero de pronto estaba sangrando como un cerdo en un matadero. Una toalla menos para Marlowe en la escena del crimen.

Hablando de nudillos y de Marlowe... Cada vez que retiraban un féretro en la camilla funeraria de una iglesia (el carrito con ruedas debajo del féretro que nadie debe ver; y, por cierto, nunca, jamás debía llamarlo “cajón” ni “ataúd”; siempre era “féretro”), desde o hacia el coche fúnebre, desde o hacia la casa funeraria, Marlowe armaba un escándalo si veía a cualquiera de sus empleados empujar dicho féretro por las manijas a los lados. Cada féretro en camilla funeraria era trasladado por dos personas que lo sostenían con firmeza por las cuatro esquinas superiores, protegiéndolo. Las manos debían actuar como paragolpes mientras atravesaban cada umbral o adelantaban cada objeto duro e inamovible.

—Tus nudillos... Pues, sanarán. ¡El féretro no!

Tal vez por eso Flay no notó de inmediato la herida. Sus nudillos estaban acostumbrados.

Con la rueda en su lugar, dejó caer la furgoneta al suelo de nuevo, *terra infirma* por la tormenta incesante. Guardó las herramientas, ordenó como pudo el equipamiento y la camilla para complacer tanto como pudiera a Marlowe, que ya estaría ansioso por su demora, y rezó para conseguir que la furgoneta volviese a tomar la calle.

Un punto de luz en esa noche oscura y tormentosa, si tal metáfora

aplicase, era el hecho de que Flay ya no necesitaba constatar una y otra vez la dirección que Marlowe había garabateado. Aún a más de una calle de distancia de su destino, este lo había alcanzado primero a través de la lluvia torrencial: ese olor monstruoso, blasfemo. ¿Alcanzarlo? ¡Por favor! Lo había envuelto como un manto. No era solo muerte; Flay estaba familiarizado con el olor de la muerte. (Había trabajado en Fengriffen por apenas cuatro meses, pero no había sido su primera casa funeraria). Era una explosión de putrefacción nacida del remolino de actividad que ocurría dentro de un cuerpo en descomposición. No, Flay ya no necesitaba saber la dirección. El hedor inmundado lo guiaría.

* * *

La risa había muerto dentro de la cochera del Propietario. La historia de Henderson la había asesinado, embalsamado y depositado en su lecho final. Un bombero poseído por un demonio había tocado un nervio sensible en aquel grupo de servidores públicos, ya bastante nerviosos. La sensación de maldad flotaba casi tangible en el aire, ahora.

El viejo Forense, que vivía, amaba y reía gracias a su humor tétrico, pensó que era el momento ideal para martillar otro clavo, quizás el último, en el ataúd. Sí, la palabra que pensó fue ataúd. ¿Por qué arruinar un gran cliché solo porque Marlowe era un quisquilloso estirado? El Forense se quitó sus anteojos y limpió los cristales con un viejo pañuelo blanco.

—Sin dudas, Paul, esa fue buena. Sí, señor, esa historia... ¿Cómo le dicen los jóvenes ahora? Da cagazo. Pero, ¿es real?

Henderson se encogió de hombros y sorbió su café.

—Porque les contare una que sí lo es —continuó el Forense, dejándose invadir por el recuerdo—. *Todo* lo que pasó en ese caso fue extraño, pero de verdad sucedió. Los polis -sin ofenderlo, Comisario- tenían decenas de pistas pero ni la menor idea de cómo armar el rompecabezas —el Forense reacomodó los lentes, acomodando las patillas tras sus orejas—. El tipo se llamaba Soames. Era guardia de seguridad de un hospital. Es la clase de casos que jamás olvidas. John Soames.

El Forense meneó la cabeza.

—Daría la mitad del dinero de mi jubilación para saber con certeza qué diablos sucedió esa noche.

Trece

De pura frustración y, la verdad, porque sí, John Soames aplastó los frenos para colear el vehículo de seguridad a través de la calzada helada. Se detuvo contra una pila de nieve, con el vehículo volteado en la dirección de la que venía. Bastante bien, pensó, aparcando el coche sin apagar el motor. Para esta gente, era suficiente. Dejó la calefacción encendida, con lo poco que servía, y limpió el vidrio empañado de la ventanilla para observar en la penumbra al hospital, alguna vez pionero, ahora abandonado.

—Qué montón de basura —murmuró, meneando la cabeza.

¿Cómo había dicho Francis que se llamaba el lugar? ¿O era Fred? Soames era terrible para recordar nombres, en especial los de pila, y el apellido de ese bastardo también era un nombre de pila. Supervisor de Seguridad Fred Francis; ese era. ¡Viva! El tipo era un idiota irrespetuoso. Para peor, estaba más verde que una fruta inmadura. Los hijos de Soames eran más viejos que su nuevo supervisor (y tampoco lo respetaban en lo absoluto). Pero, diablos, un empleo era un empleo y necesitaba el dinero. Claro, si las miserias que le pagaría el hospital por cubrir la vigilancia nocturna pudieran considerarse *dinero*. Era injusto para un hombre con su experiencia, pero los tiempos habían cambiado y debía adaptarse. Se sentiría mejor cuando cobrase su primer cheque, ¿no? Debería ir a fingir que se lo estaba ganando, pensó.

Se cerró el abrigo, se caló el gorro y los guantes, y, a sabiendas de que volvería rápido, dejó el motor encendido.

—Terminemos con esta estupidez —murmuró. Pensando en la ráfaga helada que lo esperaba afuera, se obligó a salir del coche. El frío lo golpeó de inmediato; temblando, exhaló una nube de vaho. En pleno invierno, lo habían enviado a patrullar el fondo de la propiedad, el medio de la nada misma. Cincuenta y tres años, menos de siete grados Celsius bajo cero, y allí estaba él, tocando puertas olvidadas por la humanidad. ¿Por qué a él, Señor? El único motivo era que él era el *nuevo*. Sus jefes eran unos malditos irrespetuosos.

Miró hacia el sur, al horizonte blanco marcado por los edificios que,

iluminados en la oscuridad, componían el nuevo Hospital General de La Piedad, retoño donde ahora trabajaba. Se dio la vuelta y miró las instalaciones originales donde todo había comenzado, que no eran más que una mancha en el patio trasero. Un antiquísimo rectángulo de cinco pisos, abandonado hacia años, de ladrillos rojos, cemento ennegrecido que se caía a pedazos, y filas de ventanas sucias y rotas que parecían mirar sin ver, como cuencas vacías en un cráneo.

—Está embrujado —le había dicho Francis con expresión serena, impassible, como si no fuera más que un hecho a mencionar.

—¿Embrujado? —Soames lo había mirado con atención, estudiando el rostro joven y serio (demasiado serio como para ser *tomado* en serio) de su jefe, en busca de una sonrisa socarrona que no apareció. Aun así, era obvio que le estaba tomando el pelo, y Soames no se molestó en fingir que no lo había notado—. Tonterías —no era una palabra usual en su vocabulario, era demasiado suave, pero gritarle en la cara a tu jefe en tu primera noche “¡Y una mierda!” no parecía correcto—. Puras tonterías.

—Con todo respeto a su experiencia, oficial Soames, no tiene idea de qué se ríe. Puede ser que haya visto mucho, en su línea de trabajo, pero no ha visto nada aquí —dicho eso, Francis se lanzó a hablar de su formación de servicio, narrando una estupidez tras otra acerca del hospital, la propiedad y el pedazo de basura que debía vigilar como si fuera lo más normal del mundo. Para Soames, eso también había sido una falta de respeto: tratarlo como un niño de campamento. Su capacitación laboral, al menos con respecto a este lugar, no había sido más que un puñado de historias de fantasmas.

Construido en 1800 y unos años (Soames era terrible con las fechas, también), el edificio ya estaba bastante baqueteado para cuando lo golpeó la Guerra Civil. Doctores y enfermeras curaban tifus y heridas de mosquetes y bayonetas entre los ladrillos que cedían. Entonces, no era el General de La Piedad. Por qué un hospital tendría género, Soames no tenía idea, pero en aquellos años, era Nuestra Señora de La Piedad, amable y llena de esperanza. Como los soldados más afortunados, sobrevivió a la Guerra Civil. El edificio original había sido cuadrado y solo tenía tres pisos (Francis le había enseñado una foto vieja en sepia), pero creció con el correr del tiempo, hasta apoderarse de los terrenos linderos: una herrería, una caballeriza, un bar, una tienda. A medida que la ciudad crecía, el hospital la acompañaba. Los locales la llamaban *Señora de La Piedad*. Comenzó un nuevo siglo, pasaron las

décadas y sus paredes fueron testigo de las maravillas y las desgracias de la existencia humana: nacimientos, muertes y todas las heridas y las enfermedades imaginables. Se salvaron vidas, se pelearon enfermedades y se sufrieron pestes. Sus techos repetían el eco de las risas, los gemidos de dolor, los gritos de agonía, y los expulsaban a través de las ventanas. Se amputaron miembros. Se desarrollaron curas. Se perdieron almas.

Soames observó la tumba abandonada. Se palmeó las manos enguantadas y golpeó el suelo con sus botas para quitarse el frío. La oscuridad también le pesaba, causándole otro tipo de escalofríos que no podría quitarse tan fácilmente. La única solución era terminar su turno de patrullaje. Comenzó a internarse en las zonas cubiertas de nieve, que el equipo de mantenimiento no tenía por qué limpiar. Sacudió las puertas del frente sureño que alguna vez habían sido simplemente del frente, y se aseguró de que estuvieran cerradas. Inició la ronda alrededor del edificio intimidante, las ruinas de la Señora de La Piedad. No encontró más que un hospital abandonado y mucha nieve. No escuchó más que el rugido del viento. No sintió más que el frío de la noche. Mientras él caminaba, la mente de Soames corrió por su cuenta e, inspirada por lo que veía, ¿a dónde iría más que a los detalles de las historias de fantasmas de Francis?

Las enfermeras, amas de casa ordenadas que mantenían el hospital en funcionamiento durante las horas de la Muerte, empezaron a oír y oler cosas extrañas, a ver imposibilidades en la noche. Según los rumores, varias enfermeras, uno o dos niños y un puñado de soldados que habían fallecido en las instalaciones durante la Guerra Civil no habían logrado pasar al Más Allá. La reputación, al principio anormal y luego terrorífica, del hospital se difundió entre susurros y advertencias. Mientras tanto, una clínica anexa se fue construyendo en otra parte del terreno. Para sorpresa de nadie, el personal estaba en extremo agradecido por el traslado a las nuevas instalaciones. El hospital original fue cayendo en desuso. Al menos, por parte del personal. Aunque sonase ridículo, las historias se volvieron más insistentes en la idea de que los espíritus de los muertos lo usaban cada vez más. El tiempo pasó y, como sucede en la vida, hijas se convirtieron en madres, hijos en padres, y el anexo se convirtió en el hospital, rebautizado como General de La Piedad. Nuestra Señora de La Piedad quedó en la Historia y el hospital original fue relegado a oficinas y dormitorios. Los hechos extraños fueron en aumento hasta que los mismos residentes no pudieron soportarlo más. La capacitación de enfermería se cerró y los técnicos de rayos X se mudaron a otro sitio. El

General de La Piedad prosperó mientras la Señora de La Piedad fue apartada como depósito. Los fantasmas... Soames negó con la cabeza al recordarlo, pero esa era la palabra que había usado Francis. Los fantasmas continuaron apareciendo y, cuando el personal de mantenimiento comenzó a negarse a entrar, se abandonó el edificio.

Ni siquiera la muerte era el final. Sin un presupuesto lo suficientemente holgado como para cubrir reparaciones, el deterioro se adueñó del lugar como una nueva forma de vida. Las plagas reclamaron para sí los sótanos y los corredores; las paredes se cubrieron de grafiti; las ventanas se entregaron a las rocas y la lluvia. El viejo hospital quedó solo, descomponiéndose de pie a la vista de todos. En algún momento, se ordenó demoler a la Señora de La Piedad para erigir un nuevo edificio en su lugar. Sin embargo, las visiones y los sonidos inexplicables se incrementaron, aparecieron luces extrañas y figuras espectrales, ocurrieron accidentes anormales y, al final, uno de los demolidores murió, causando el atraso y luego la cancelación de dichos planes. Desde entonces, cada grupo de gerentes que pasaba por el hospital sugería demoler el edificio y, por razones desconocidas, se echaba para atrás. Lo que fuera que existiera dentro de esas paredes había ganado. La Señora se mantendría en pie hasta que decidiera caer por sí misma. Quienes tenían el coraje de nombrarla, le habían cambiado el nombre de forma extraoficial y no lograban más que decirlo en susurros: *Sin Piedad*. Un siglo más vio su fin y las historias se convirtieron en leyendas; algo continuó acechando la pieza histórica.

Inquieto por el recuerdo de las historias que su supervisor le había contado, Soames se movía más rápido y la nieve crujía más fuerte bajo sus pies. Sus exhalaciones congeladas aparecían cada vez más seguidas y eran más ruidosas. Aún entonces, habría negado que sus alrededores estuvieran alterándolo. ¡Los fantasmas no existían! Eso mismo le había dicho a Francis.

—Crea lo que quiera —había respondido su jefe—. Yo los he visto. Hágame caso, Sin Piedad está gobernada por espíritus y mientras trabaje aquí, será mejor que los respete.

¡Que los respete! Jamás había oído tantas estupideces juntas. Era solo un edificio vacío.

Aunque, tal vez se llevaría bien con los fantasmas, pensó Soames. ¿No tenía mucho en común con el hospital, acaso? ¿No había sido abandonado por sus anteriores empleadores, tras años de lealtad y servicio? ¿No le había hecho lo mismo la esposa a quien le había dedicado quince insufribles años

de su vida? Él mismo podría pasar por fantasma; uno perdido en busca de su alma. Y ¿dónde estaba ahora? Congelándose el trasero a mitad de la noche, siguiendo órdenes de respetar a un edificio en ruinas lleno de mierda de murciélagos y recuerdos borrosos de la guerra. Que los fantasmas esperasen su turno. ¿Dónde diablos estaba el respeto que él merecía? Soames avanzó a grandes trancos sobre la nieve compacta en dirección a la entrada trasera en el lado norte, hasta resbalar y caer despatarrado en el suelo. Con esfuerzo, se puso de pie dando gritos e insultando a todo lo que pudiera oírlo, desde el Cielo hasta los pisos superiores del edificio.

Soames cerró la boca, helado y tieso como el mundo que lo rodeaba. Una sombra se había asomado por una de las ventanas.

Soames le clavo la mirada, sin respirar ni parpadear. Sí, había visto algo, a alguien... Se obligó a respirar.

—Uno, dos, tres, cuatro... —susurró. La sombra se movió ligeramente, casi oculta, en una de las ventanas del... quinto piso... al centro del edificio. La conversación estúpida que había sostenido con Francis resonaba en sus oídos.

—Los espíritus inquietos de la Señora de La Piedad no quieren ser molestados. Límitese a asegurar el perímetro y deje el edificio en paz.

—¿Cómo puedo asegurar el perímetro si no camino los corredores?

—Ellos caminan allí.

—¿Ellos? ¿Quiénes son ellos?

—¿Acaso importa? Mire, Soames, no voy a mentirle porque sea mayor que yo. Alguna vez, fui como usted; creía que lo sabía todo. Entonces descubrí que lo que de verdad importa es lo que se aprende cuando uno cree que lo sabe todo —la expresión de Francis cambió cuando empezó a hablar como si se confesase—. La noche que tomé este empleo ignoré las advertencias que recibí y, porque lo sabía todo, ordené a mis muchachos patrullar dentro de la Señora de La Piedad —Francis dudó (con demasiado dramatismo, en opinión de Soames)—. No puedo explicar lo que sucedió. Empezamos a oír cosas, a ver cosas... A sentir cosas... Y a temer cosas. Lo cierto es que nos expulsaron de allí. Llámelo como quiera, pero nosotros salimos con un acuerdo.

—¿Qué acuerdo?

—¿Ha leído algo de Shirley Jackson?

—No soy un lector ávido. La página de deportes y los obituarios, es todo. ¿Por qué? ¿Quién es?

—No importa. Créame, lo que sea que exista dentro de Sin Piedad quiere existir solo. No entre al edificio. Asegúrese de que esté cerrado y *déjelos solos*. No nos quieren ahí dentro. Respete sus deseos.

Tamaño conversación para dos hombres adultos. Ahora, Soames estaba enterrado hasta las rodillas en nieve, solo, afuera de Sin Piedad (supuestamente vacía), observando una sombra en la ventana.

—¡Diablos! —frío como la muerte y temblando de paranoia, miró alrededor en busca de una cámara (o un supervisor) oculta escondida entre la nieve, grabándolo. ¿Estaban probándolo como a un novato? Soames resopló. Era nuevo en la empresa, no en el mundo. No había nacido ayer. Levantó la vista de nuevo justo a tiempo para ver a la figura alejarse de la ventana hacia adentro.

Dos podían jugar ese juego, pensó Soames, y sacó su transmisor de la funda. Le iba a devolver la pelota a Francis.

—Unidad Dos a Unidad Uno —repitió varias veces el llamado, sin respuesta. Solo estática y frío. Así que el jefe no se dignaría a responder, eh. Más faltas de respeto.

No importaba. Ni eso, ni saber si el intruso del quinto piso era una prueba o no. Lo habían contratado para controlar la seguridad de las instalaciones, ¿cierto? Era obvio que no era el caso. Las historias sobre el olor y el sonido de las flatulencias de los fantasmas de la Guerra Civil tampoco importaban. Había alguien allí adentro. Al demonio con el señor Fred “Joven-Sin-Experiencia” Francis y su hospital de la colina embrujada. Tenía trabajo que hacer.

Soames tomó el manajo de llaves que llevaba colgado del cinturón y deseó que la cerradura maltrecha no le complicara las cosas. Todo lo contrario: el edificio estaba abierto. Las bisagras soltaron un quejido cuando la puerta se abrió, y Soames se encontró mirando la penumbra a través de una cortina de telarañas. Entonces fue que decidió no solo entrar, sino también hacer toda una escena. Respiró una honda bocanada de aire frío, rompió la telaraña para abrirse paso y entró, gritando:

—Vale. Escuchen, mocosos. ¡Hay un nuevo jefe aquí!

Cerró la puerta a sus espaldas, contuvo el aliento y espero a que el eco de sus palabras muriese. Ingresó a lo que décadas atrás habría sido la recepción y se detuvo al oír un nuevo sonido: un gemido bajo y profundo que empeoró sus escalofríos.

—Cálmate —se regañó. Claro que no había sido un gemido. Solo era el

viento a través de alguna de las ventanas rotas. Maldijo al clima, a Francis, a sus estúpidas historias de fantasmas, a sí mismo por ser tan crédulo. Apenas había avanzado diez pasos y sus nervios ya estaban por las nubes. En la enorme recepción, encendió su linterna y paseó el haz de luz por toda la habitación, corroborando que ya ningún empleado estaba allí para recibir a nadie. Vacío institucionalizado. Soames podía sentirlo. Él mismo se sentía tan solo y abandonado como el edificio.

Sin embargo, sabía que no estaba solo. Había visto algo, a alguien, en una de las ventanas superiores. Le pagaban por vigilar esa montaña de mierda y eso era lo que iba a hacer. La falta de electricidad equivalía a la falta de luces, de calefacción y, claro está, de ascensores. Caminó hasta el final del corredor, dejando atrás escombros livianos que flotaban en el aire, basura bajo sus pies y lámparas colgadas de cables a la altura de las orejas, hasta llegar a las escaleras que nadie había subido en décadas, y comenzó a subir.

Catorce

Lo extraño fue que, en segundos, el aire en la escalera parecía cálido. Era imposible, pero la mismísima escalera parecía caliente. Cuando llegó al segundo piso, Soames ya se había quitado el gorro y los guantes, y los había guardado en un bolsillo. Quién sabe, tal vez el invierno también estuviera demasiado aterrado como para entrar. Las ratas no lo estaban. Podía oír las chillar y corretear en la oscuridad, acompañadas de Dios-sabrá-qué-cosa. Las escaleras crujían a sus pies, el viento gemía sin cesar y el viejo edificio congelado gruñía a su alrededor, creando la música de fondo más tétrica digna de la situación.

Para cuando llegó al tercer piso, estaba sudando. Se abrió el abrigo para refrescarse, recriminándose la falta de estado físico. En el cuarto piso, estaba propiamente acalorado y debió detenerse para recuperar el aliento. Soames supuso que los fantasmas que residían allí de seguro venían de visita desde los trópicos. Sin pensarlo, se quitó el abrigo y lo dejó caer al sueño. Tenía la garganta seca y el pulso acelerado pero, aunque le costaba cada vez más respirar, notó que sus exhalaciones ya no creaban nubes de vaho helado. Confundido, se esforzó por calmarse y seguir adelante.

Cuando por fin llegó al quinto piso, Soames estaba hecho pedazos. Sudaba sin parar, no por el ejercicio sino por las temperaturas. Tuvo que detenerse de nuevo para controlar su respiración (y para maldecir a Francis por meterle ideas locas en la cabeza). ¡Fantasmas! Fantasmas que, además, no solo rondaban los corredores sino también se creían dueños y señores del lugar, exigiendo respeto. Pura mierda. Pensó en quien fuera que hubiera visto en la ventana y se imaginó golpeándolos en la cabeza con su linterna. Ahí tienes una lección y unas buenas carcajadas, Francis.

Una pared de ventanas le permitía ver el corredor del quinto piso, o lo hubiera hecho de no estar cubierto por una capa gruesa de mugre. Soames no tenía nada para limpiarla que no fuera su propia manga, así que la dejó como estaba. Entraría sin espiar. Abrió la puerta de la escalera y se deslizó a la oscuridad.

—¡Seguridad! —gritó. No era policía, entrar sin ser notado para hacer

una redada no era su trabajo. Quería que quien fuera que estuviera allí adentro lo escuchase y se mostrase—. ¡Seguridad! —repitió. El eco retumbó en el aire, encerrado. Atravesó la oscuridad que se cernía en el viejo corredor con la luz de la linterna y vio una docena de puertas, algunas abiertas y otras cerradas, una junto a la otra hasta el fondo de la habitación. Entre ellas y a lo largo del techo, manchas de humedad y telarañas se disputaban las paredes sobre la pintura gris descascarada.

Soames era un hueso duro de roer, pero debía admitir que estaba al borde de un ataque. El calor imposible de las escaleras lo había acompañado hasta allí. La sala ardía. Él mismo ardía por dentro, pero de ira, pensando en cómo lo estaban tratando en su primera noche de servicio. Si Francis y la figura ensombrecida que había contratado para jugarle esta broma, o sus malditos fantasmas, pudiera leer mentes, no iban a sentirse muy respetados, precisamente, cuando visitaran su cerebro. Nadie había contestado cuando llamó por el transmisor, y no había tenido más opción que entrar al edificio. Nadie había contestado las advertencias sobre su presencia en el piso, pero no le importaba mucho. No se había detenido abajo y tampoco se detendría ahora. Si el intruso no se entregaba, Soames iría por él. Avanzó tres pasos, acompañado del eco atronador...

Una luz estalló en la oscuridad. Lenguas brillantes color naranja, amarillo y rojo sangre abrumaron el corredor. Sofocado de calor y ahora también mareado, cegado por la luz intensa, Soames cayó al suelo de rodillas y, entre gritos, acabó sosteniéndose con las manos en el piso, con la sensación de haber sido arrojado a una fogata enfurecida o de haber caído al Infierno. Lo único que podía hacer era apretar los ojos cerrados para evitar el brillo diabólico.

Como si no fuera suficiente para sus pobres sentidos ya agobiados, de la nada pero claramente desde muy cerca, un órgano de tubos resonó y comenzó a tocar una fuerte melodía. Increíblemente, Soames siguió gritando, pero no podía dejar de oírlo: era música vieja de un órgano embrujado. ¿Qué diablos...? En lugar de asustarlo, el sonido lo enfurecía y avergonzaba cada vez más. Se sostuvo contra una pared y, entrecerrando los ojos contra la luz cegadora, se puso de pie. Estaban haciéndolo quedar como un imbécil. ¿Hospital embrujado?

—¡Bésenme el trasero, malditos! —aulló Soames. Parecía el título de una película pésima o de una novela gráfica aún peor. El fuego naranja brillaba y el órgano tocaba sin pausa, pero Soames estaba determinado a

ignorar ambas cosas, a encontrar al causante de todo esto y darle una buena paliza.

No sería tarea fácil: como si las cosas no fueran lo suficientemente bizarras, el ritmo de la música se aceleró y un coro comenzó a cantar.

*Pom, pom, pom, aquí vienen los muchachos,
Alégrese, amigos, ya están llegando,
Bajo la bandera estrellada,
Volveremos a respirar
Libertad en nuestro amado hogar.*

Soames meneó la cabeza tan pronto se dio cuenta de que la música salía de la primera puerta a su izquierda. Apretó los dientes, agarró el picaporte antiguo de vidrio como si quisiera estrangularlo y entró violentamente. No había nada ni nadie en el cuarto. Una habitación vacía, iluminada por las lenguas de luz anaranjada que se colaban a su alrededor desde el corredor y, del lado opuesto, por la luz de luna invernal, opacada por la suciedad en la ventana.

El órgano seguía tocando... Detrás de él. Soames tragó con dificultad, apretó los puños para disimular un leve temblor y se dio la vuelta para regresar al corredor. La música sonaba igual de fuerte, pero el ritmo se calmó y una voz profunda entonó:

*Sentado en mi celda,
En ti pienso, querida Madre,*

No había dudas esta vez: el solista cantaba desde la habitación contigua, al otro lado del corredor.

Nuestro hogar, tan feliz y bonito, tan lejos de aquí,

El sudor rodaba en olas desde sus sienes hasta su mentón. Soames se humedeció los labios y abrió la puerta. La habitación estaba completamente vacía. La diferencia era que, en esta, la ventana estaba rota.

*Las lágrimas anegan mis ojos,
No hay mucho que pueda hacer,
Más que alegrar a mis muchachos y sonreír.*

El órgano no cesaba su canción, de nuevo a sus espaldas. El ritmo se aceleraba y con él, el pulso y la respiración de Soames. Volvió al corredor mientras el coro gritaba:

*Pom, pom, pom, aquí vienen los muchachos,
Alégrese, amigos, ya están llegando,
—¡Ya basta! —aulló Soames.*

*Bajo la bandera estrellada,
Volveremos a respirar*

—¡Dije que ya basta! ¡Malditos sean! —Soames cerró los ojos con fuerza y se cubrió los oídos.

Libertad en nuestro amado hogar.

La luz desapareció, llevándose la música y el calor con ella. El coro fantasmal se desvaneció con apenas un leve eco. La penumbra grisácea reemplazó todo, y el viento helado silbó por las ventanas mientras el invierno volvía a adueñarse del piso abandonado. Soames jadeaba, tieso de frío y de terror, tan cegado por la repentina oscuridad como lo había estado por la luz. La respiración volvió a dibujar nubes congeladas frente a sus labios y debió abrazarse a sí mismo para conservar el calor. El sudor se helaba contra su rostro y su cuello, y de pronto cayó en la cuenta de que, ¡estúpido! Había dejado por ahí su abrigo en lo más crudo del invierno.

Quiso regresar a buscarlo, pero la puerta que conectaba las escaleras con el corredor estaba cerrada.

—¡Rayos! —Soames la inspeccionó y descubrió que no tenía cerradura. Con la boca abierta como un pez fuera del agua, luchó con el picaporte hasta que el frío le entumeció los dedos adoloridos. La perilla no giraba y la puerta no se abría—. ¡Maldita sea!

Soames observó la pared de ventanas que daba a las escaleras, y llegó a la conclusión de que no tenía más opción que romperla. Sin importar que fuera su primer día en el trabajo, iba a romperla, salir volando de allí y luego lidiaría con las consecuencias. Para asegurarse de que caería en suelo firme, apoyó un brazo contra el cristal dispuesto a sacrificar la manga limpia de su camisa. De una barrida, quitó la mugre y se encontró con un rostro que lo miraba del otro lado.

Soames chilló y en la prisa por alejarse, cayó con un ruido seco contra la pared. Volvió la cabeza bruscamente, trabó la mirada en la ventana mugrosa y, para su horror, en el joven que lo miraba fijo desde el otro lado. Era apenas un niño disfrazado de soldado. ¡Un soldado confederado! Tenía ojos azules, húmedos y hundidos en un rostro enfermizo, tan gastado como su uniforme. Movié los labios sin hacer un ruido y apretó un viejo trapo amarillo contra su garganta. Sangre resbalaba entre sus dedos, sobre su mano y la manga de su chaqueta. Soames parpadeó y el niño desapareció.

El guardia, espantado, se puso de pie como pudo y apretó el rostro contra el cristal, observando el entrepiso de la escalera. No había nada, solo

penumbras. La ira tomó el control de su mente, relegando el miedo a un rincón e insistiendo en que no había visto lo que había visto. ¡Los fantasmas no existían! Alguien estaba tomándole el pelo, eso era todo. Tomémosle el pelo al nuevo, ¿no? Le habían llenado la cabeza de basura sobre fantasmas que querían estar solos y ser respetados. Lo habían seguido con actores y efectos de luces para que se lo tragara. ¡Eso pasaba!

—¡Respeten esto! —gritó, sacudiendo el dedo medio con violencia en el aire mientras su voz retumbaba pasillo abajo—. ¡Respétame esto, Freddie! —sí, era infantil, pero lo hizo sentirse mejor. Gracias a la ira, Soames notó que el frío ya no le importaba mucho. Al diablo con el abrigo. No les daría la satisfacción de verlo romper una ventana para ir a buscarlo. Se rio con desprecio.

—Vale, Cásper —vociferó—. Ganaste esa ronda. Eres un fantasma y tienes mi abrigo, pero aún traigo yo los pantalones aquí.

Se lanzó a recorrer el pasillo, sus pasos cada vez más veloces, en dirección a la salida sur pero afirmándose a sí mismo que terminaría su patrullaje como tenía planeado. Al fin y al cabo, había alguien en ese edificio aún. Lo había visto: un niño disfrazado contratado por Francis cuyo trasero podría patear.

Como si la violencia de sus pensamientos hubiera actuado como disparador, una ráfaga de viento explotó desde el extremo norte del corredor y aceleró contra él como un niño enfadado. A su paso, cada puerta cerrada se abrió y cada puerta abierta se cerró con la furia de una docena de disparos de cañón, uno tras otro. La habitación entera pareció temblar y Soames chilló.

Cuando el eco se desvaneció, el silencio que se cernió sobre la noche apagó todos los sonidos. Atontado y desarreglado, Soames jadeó enormes nubes heladas mientras trataba de calmar su respiración. Suficiente. Tenía que salir de ahí. Apuró el paso, mirando de reojo las habitaciones cuyas puertas seguían abiertas pero sin atreverse a tocar las puertas cerradas. Casi había llegado al final del corredor cuando un sonido nuevo, imposible, lo detuvo. Agua corriente.

Sabía, gracias a la capacitación, que el servicio de agua como el de la electricidad había sido cortado hacía años. Que, dado que había hidrantes en las proximidades, se había eliminado al edificio de las redes principales de la ciudad. Sin embargo, Soames escuchó con total claridad agua corriente detrás de la puerta cuyo cartel ennegrecido rezaba “Cuarto de Baño”.

—¿Y ahora qué demonios...? —murmuró. Empujó apenas abierta la

puerta para asegurarse y sí, oyó agua que fluía desde una canilla abierta—. ¡Seguridad! —graznó con la voz ronca. Nadie respondió. El agua seguía corriendo. Llamó a la puerta con los nudillos, golpes secos y sonoros que no podían ser ignorados.

—¡Seguridad! —repitió, sin respuesta—. ¿Francis? Quien sea que esté ahí, ¡identifíquese!

Se asomó y espió dentro de la habitación. Era un espacio pequeño, con paredes empapeladas de verde gastado y roído. Las cañerías y los artefactos de baño habían sido instalados a mediados del siglo anterior: dos cubículos de madera con retretes (sin puertas) a lo largo de la pared izquierda, dos lavatorios de porcelana a la derecha, detrás de la puerta, y otro cubículo de la misma madera, más ancho y con puertas, que contenía la bañera, al fondo de la habitación. Soames empujó la puerta y entró. Los lavatorios estaban oxidados, llenos de polvo y trozos de cerámica, secos como un hueso viejo. Los retretes estaban secos también, usados solo por las arañas. No había un alma pero, aun así, en ese baño vacío dentro de ese edificio sin agua corrientes, Soames podía oírlo con absoluta certeza. Alguien estaba usando la bañera.

—Seguridad —anunció a las puertas del cubículo—. Esto es propiedad privada. Si necesitas... —un escalofrío lo recorrió entero al imaginarse dándose un baño en ese lugar—. Si necesitas vestirme, dilo y esperaré afuera.

El agua dejó de correr. Durante un instante, se hizo un silencio de cementerio, y un nuevo sonido apareció: salpicaduras. Alguien estaba jugando con el agua en la bañera. Soames golpeó furioso la puerta del cubículo.

—¡Sal de ahí! —el chapoteo juguetón continuó. Soames trató de abrir la puerta pero, cómo no, estaba trabada. ¡Fantástico! Justo lo que quería hacer, arrastrarse debajo de la puerta por el suelo sucio para sacar de la bañera a algún idiota mojado. Espió por la hendidura del borde de la puerta y se ahogó en una inhalación espantada.

La bañera estaba seca como el desierto y repleta de polvo. Con los pelos de punta, no podía apartar la mirada mientras oía claramente un chapoteo de agua. Alguien, algo que no podía ver, estaba dándose un baño frente a él en una bañera vacía.

—Dios mío —susurró.

El chapoteo se detuvo y un chillido agudo escapó del cubículo, helándole la sangre a Soames. Su espina se derritió como hielo al sol. Detrás

de él, la puerta del baño se abrió bruscamente, como si la hubieran pateado, y se mantuvo así, como si alguien estuviera sosteniéndola. Pero no había nadie allí. Del espacio vacío en el umbral surgió un grito enfurecido y algo golpeó a Soames en el pecho, haciéndolo caer hacia atrás, a través de las puertas, dentro de la bañera.

Quince

—John Soames estuvo desaparecido por horas —contó el Forense—. Su transmisor estaba muerto, nadie lo encontraba. Su supervisor, Fred Francis, lo halló al amanecer de la mañana siguiente afuera de la difunta Señora de La Piedad, muerto como su transmisor y sentado detrás del volante de su vehículo de seguridad. El motor seguía prendido pero se había quedado sin gasolina. Soames estaba empapado, de pies a cabeza, y a pesar de estar completamente vestido (abrigo, gorro y guantes), era prácticamente un trozo de hielo —el Forense se aclaró la garganta y añadió—. Tuve que descongelarlo para poder hacer la autopsia.

—¿Tenía algún tipo de herida? —inquirió Clayton.

—Ningún trauma evidente.

—Así que... —el Comisario asintió, pensativo—. ¿Murió por el congelamiento?

—Es por eso que tú eres el Comisario y yo soy el Forense. No, no murió por inclemencias climáticas.

—Entonces, ¿qué...? Aguarda un minuto —ladró el Comisario—. Recuerdo ese caso. Le arruinaste el día a varios oficiales y, si los rumores son ciertos, el caso pasó de ser bastante anormal a una locura absoluta con tu informe post mortem. ¿No sacaste que la causa de muerte había sido ahogamiento?

—Yo no “saqué” nada —respondió el Forense—. Lo aseguré porque así fue. Se ahogó.

Abner Perry soltó un sonido asqueado.

—¿No había agua en el vehículo? ¿Ni en el edificio?

El Forense negó con la cabeza.

—El coche estaba seco como un hueso y el edificio había sido aislado del servicio hacía décadas.

—Entonces, crees que... ¿Qué? —insistió Perry—. ¿Lo llevaron a otro sitio, lo ahogaron y lo regresaron a su coche? —el paramédico se sacudió de un escalofrío.

—No lo sé —contestó el Forense—. Eso es asunto de la policía, no mío.

Lo dije entonces y lo sostengo hoy: es lo más extraño que he visto, pero ese tipo se ahogó. Y eso no es todo, ni de cerca —paseó la mirada por todo el grupo—. No han oído el resto. Nadie lo sabe, de hecho.

—¿Qué... resto? —cuestionó Henderson. El Forense pensó bien sus palabras.

—Ha pasado tanto tiempo... Diablos, a nadie le importa ya —asintió, como autorizándose a contar un secreto—. Cuando recibí los resultados del laboratorio de toxicología y demás, la cosa se puso aún más rara. Soames se ahogó, pero el agua en sus pulmones no era fluorada ni clorada. No era agua de la ciudad. Tenía microbios que sugerían que el agua había salido de un pozo sin tratamiento. Peor aún, sus pulmones era un desastre: restos de grasa animal, silicato sódico, carbonato de sodio, varios pigmentos diferentes... — la voz fue apagándosele. El Propietario lo miraba fijo, con un brillo desagradable en los ojos. El Comisario, los bomberos y los paramédicos lo miraban con la expresión en blanco; varios de ellos se encogieron de hombros, aceptando su ignorancia. El Forense dejó que la tensión invadiera la cochera y continuó—. Esos son... No, esos *eran* los ingredientes principales del jabón. Jabón hecho a mano a fines del siglo XIX.

El ruido de la lluvia era el único que resonaba en la cochera mientras uno a uno entendían lo que eso implicaba. Algunos se quejaron, algunos rieron. Alguien, el Forense no estaba seguro de quién, gruñó: “Tío, no me jodas”.

—Créanlo o no, no es mi problema —dijo—. No les haría daño ser un poco más respetuosos, a varios de ustedes. Es todo lo que queremos, ¿no? Seamos fantasmas, alienígenas, servidores públicos o simples forenses de pueblo... ¿Acaso no queremos un poco de respeto?

Dieciséis

Aunque obviamente hubiera sido suficiente, no fue solo el hedor apestoso lo que ayudó a Herb Flay a navegar las últimas calles hasta la escena. El vecindario brillaba con las intensas luces blancas de los vehículos de emergencias reunidos allí: el camión de bomberos, el camión con escalera, una ambulancia, dos patrullas de policía y la del Comisario, y la furgoneta del Forense. Las luces parpadeantes rojas, azules y amarillas de cada uno resaltaban la escena y convertían la lluvia en diamantes relucientes y coloridos contra el parabrisas de la furgoneta. La pandilla entera estaba presente.

Su jefe, Marlowe Blake, también.

Flay lo ubicó por el Cadillac gris primero, y luego vio a Marlowe esperando en los peldaños del porche frente a la puerta de entrada, abierta de par en par. Estaba solo, claro. Flay vio a un par de oficiales en uno de los patrulleros y a unos bomberos en la cabina del camión; muy sabiamente resguardados de la lluvia. Flay no tenía idea de dónde estaban el Comisario, el Forense y el resto de los rescatistas, pero tampoco le preocupaba adivinarlo. Solo el viejo y chistoso Marlowe esperaría ahí, caminando de un lado a otro bajo la lluvia y envuelto en ese olor asqueroso; gruñendo, ansioso, restándose años de vida de tanto preocuparse porque su asistente no llegaba. Tan pronto vio la furgoneta de Flay, Marlowe alzó las manos en agradecimiento y corrió por la acera hacia él tan rápido como sus piernas no llevaron.

Marlowe era como un puñado de ramas con piernas: pequeño, rechoncho sin llegar a ser gordo, con cabello fino, cada vez más gris y menos colorado, aunque se veía oscuro al estar pegado al cráneo por la lluvia. Tenía ojos marrones nerviosos y manos inquietas (herencia de su madre siciliana). Casi pisaba los cincuenta años pero, como ya se ha mencionado, hablaba como un octogenario que sube una escalera: cada cinco palabras, más o menos, debía detenerse a tomar aire.

Flay bajó la ventanilla de la furgoneta.

—Temía que te... hubieras perdido, Flay.

—Se me pinchó una rueda, la...

—Esto, ¡Herbert! —lo interrumpió Marlowe, chorreando agua—. Hablaremos... Pues, hablaremos luego —señaló calle abajo la ubicación de la cochera del Puesto de Comando y le dijo que el Forense y los demás lo esperaban allí. Al parecer, debían reunirse antes de poder retirar los cuerpos.

—¿Quieres... —Flay señaló el asiento del pasajero.

—Solo, eh, solo ve para allá —exclamó Marlowe, exasperado.

Flay apretó el acelerador en dirección a la cochera. Marlowe corrió detrás, bajo la lluvia.

Tan pronto Flay estacionó la furgoneta de la casa funeraria en la entrada de la cochera indicada, la puerta frontal comenzó a subir ruidosamente. Para el joven asistente, se veía como el telón de una obra en *Le Théâtre du Grand-Guignol*; el marco del portón representaba arco del proscenio, la cochera era el escenario, y los policías, los bomberos, los paramédicos y el vecino fervoroso que esperaban dentro eran los actores y actrices sobre este.

* * *

Marlowe, ya informado de la situación, esperaba nervioso mientras el Comisario explicaba a Flay lo que necesitaba saber, con amplios gestos en dirección a la casa apestosa.

—Hay dos cuerpos ahí adentro, un hermano y una hermana ancianos. Ella está en un dormitorio de la planta alta y él está en la cochera, bajo la casa. El vecino los encontró.

Flay acompañó a lo largo de la cochera la señal del Comisario hasta el anfitrión, que sin inmutarse por los eventos sucedidos esa noche aún ofrecía alegremente más café a los trabajadores de emergencias. *¿Por qué no debería estar pasándola bien?* se preguntó Flay. *¿Por qué deberían ser solo Marlowe y él mismo los únicos dichosos aquí?*

—No los había visto en... —contó el Propietario—. Pues, en semanas, honestamente. Tal vez incluso un mes —soltó una risita rara que no era una risa en realidad, pensó Flay, sino un tic nervioso. El Propietario continuó—. Fui a ver si estaban bien, pero nadie abrió la puerta. Di la vuelta por el patio de la casa y vi... Vi que las ventanas estaban repletas de moscas. Cientos, quizás miles de moscas dentro de las ventanas.

Flay aceptó la taza de café que le ofrecía el vecino. Marlowe no. El Comisario se aclaró la garganta en un intento poco sutil por redirigir la

atención del grupo a lo importante.

—Los cuerpos están... —dijo.

—Muertos como cucarachas —el Forense no se andaba con rodeos.

Como si la naturaleza lo enfatizara, truenos retumbaron y la habitación se iluminó de relámpagos. No era necesario, dado que el portón abierto permitía que todos lo olieran.

El Forense parecía estar harto de esa noche. Solo quería continuar y llegar al final de la reunión.

—Llevan muertos mucho tiempo, un mes o más. No puedo hacer nada por ellos así y no pienso entrar de nuevo ahí. Pasaré por tu negocio mañana, Marlowe, les daré una ojeada y completaré el papeleo. Tú llévalos; no tiene sentido que apestemos tu negocio y el mío también.

Marlowe sonrió con los labios apretados, tanto que casi desaparecían dentro de su boca. El motivo no era ningún secreto. El Forense se llamaba Art Grimsdyke y, además de sus tareas para la Oficina Forense, era dueño de la Casa Funeraria Arthur E. Grimsdyke, ubicada en el otro extremo de Sturm's Landing. Grimsdyke era la competencia de Fengriffen y, durante los últimos meses, había monopolizado el poco trabajo que la ciudad les daba. Ahora, el muy desvergonzado les pasaba el caso putrefacto para que Fengriffen fuera la Casa Funeraria que terminase apestada. En un buen día, Marlowe detestaba al Forense. Hoy no parecía ser un buen día.

Aunque el Forense quería acabar el trabajo de una buena vez, la charla continuó un poco más para atrasar lo inevitable. Cuando ya nada más quedó por hacer, comenzó el espectáculo de terror: entrar a la casa y la nube hedionda que la llenaba y retirar los cuerpos.

Los servidores públicos estaban complacidos de que la gente de Fengriffen hubiese llegado para hacerse cargo de esa parte. El Jefe de Bomberos les ofreció el oxígeno, aún depositado sobre la mesa en la cochera, si lo querían.

—No va a evitarles respirar la peste —admitió—, pero el aire fresco en el rostro será un alivio.

Flay lo aceptó con gusto y, tras una demostración de dos minutos a cargo de Henderson acerca de cómo usar el artefacto, entendía lo suficiente como para no sofocarse por accidente. Marlowe, además de todas sus otras rarezas, era claustrofóbico. Ponerse la máscara de goma en la cabeza hubiera sido una pesadilla comparable a la que los esperaba dentro de la casa.

—Eh, pues, yo no... Trataré de no respirar —se excusó.

Flay movió la furgoneta hacia la casa hedionda y la subió de reversa en la entrada de la cochera, tan cerca de la puerta como pudo. Sacaron la camilla de la parte trasera, la armaron y arrojaron una de las bolsas de goma para cadáveres encima. Flay giró la perilla del equipo de oxígeno, se acomodó la máscara sobre el rostro y, tras un ligero golpe de presión, respiró la primera bocanada de aire fresco embotellado. No eliminaba la peste, tal como había advertido el Jefe de Bomberos. Nada hubiera logrado eso, pero sí ayudaba. Marlowe, sin oxígeno, respiró profundo su última inhalación y apretó los labios para contenerla y evitar el olor. Encabezó la marcha hacia la puerta, seguido por la camilla y su asistente recontratado. Obviando todas las normas, en esta ocasión en particular, el Forense, los policías y todos los demás esperaron afuera, en la lluvia.

Marlowe y Flay pasaron junto a una sala de estar oscura y abarrotada a la izquierda, atravesaron un pequeño pasillo e ingresaron a la cocina hecha un caos, iluminada por un brillante aro de luz fluorescente. Flores de plástico, guantes para horno, una fuente de horno abollada y figuras de gelatina con forma de peces decoraban las paredes, como en todas las casas de ancianas. La única diferencia eran las incontables moscas. La mesada, la mesa del comedor y las cuatro sillas que amueblaban la habitación eran apenas visibles bajo las pilas de libros que, también, estaban plagadas de moscas. Libros de tapa dura, de tapa blanda, cajas de colecciones, novelas; novelas de romance, de vaqueros, de aventuras y, como correspondía, de terror. Eso no era todo. Había, como mínimo, igual cantidad de libros de no-ficción, sobre todos los temas imaginables. Era un universo gigantesco.

Más tarde se sabría que los hermanos habían sido bibliotecarios, antes de ser cadáveres, y que ambos tenían la costumbre de llevarse el trabajo a casa. Al pasar, Marlowe golpeó con un dedo la tapa de un libro. Docenas de moscas se echaron al vuelo, vibrando como locas. Flay hizo un gesto asqueado y alejó a los insectos de su rostro de un manotazo, enguantado de goma azul. Se detuvo para leer la portada despejada, una tapa bordó con grabados en dorado: *Ciencias Mortuorias*. Así que, entonces, el mundo también era un pañuelo.

Sobre otra pila de libros, había un montón de chocolates rellenos desparramados, algunos mordidos. Alrededor y sobre el suelo, descansaba una espeluznante cantidad de moscas muertas.

El cuerpo de la hermana estaba sobre la cama, bañado en su propia putrefacción. Era una imagen tan similar a la vieja foto Victoriana de Mary

Jane Kelly, el último trabajo de Jack el Destripador. Sin embargo, la solterona no había sido acuchillada. La única brutalidad sufrida por su cuerpo había sido causada por el veneno que la había asesinado y, tras la muerte, por las fuerzas imparables de la naturaleza que devuelven al polvo a todas las formas de vida alguna vez sensibles. *Ceniza a las cenizas. Polvo al polvo*. La señora había alcanzado una etapa intermedia y viscosa que no solía mencionarse durante las ceremonias funerarias.

Marlowe distinguió algo hecho por el hombre en medio del desastre orgánico. Se inclinó para verlo mejor y recuperó un trozo de papel empapado que tenía en la mano, contra lo que alguna vez había sido su pecho. Una nube de moscas se alzó alborotada. Eran cientos, miles; diminutas motosierras negras que zumbaban en círculos. Marlowe, con la boca ya cerrada, apretó también los ojos para evitar el ataque. Flay empañó la máscara respirando agitado mientras las pequeñas bastardas se chocaban contra él. Tras un largo, largo momento de asco, la nube viva comenzó a asentarse de nuevo. Marlowe sostuvo el trozo de papel goteante en alto para que Flay pudiera leerlo. Era una nota escrita a mano, apenas legible, que confesaba el doble suicidio.

No tenía sentido esperar a que la revolución de moscas enojadas y asustadas se calmase por completo después de que cada movimiento de Flay y Marlowe levantara una nueva ola de demonios alados al aire. Inquieto y luchando por mantener la boca cerrada y los gritos internos dentro de su pecho, Marlowe señaló la cama y el cuerpo. Quería terminar rápido el traslado. Flay no podría estar más de acuerdo.

No había forma de levantar su cuerpo, dado que la señora era más sopa que carne. Marlowe desarmó las esquinas de la cama para levantar la sábana del colchón. Flay lo imitó. Tapándolos, envolvieron los restos como si la señora fuera un burrito salido del Infierno. Sorprendentemente, Flay descubrió mientras depositaban la sábana dentro de la bolsa para cadáveres que ya no tenía nada de hambre. Marlowe cerró la bolsa.

No es necesario repetir la narración de su camino en reversa: envueltos en un tornado de moscas, volvieron sobre sus pasos, rodaron la camilla fuera de la casa y depositaron la bolsa ocupada en la furgoneta. Habían completado media tarea.

El otro cuerpo estaba en la parte trasera de la casa, en la cochera subterránea. Flay movió la furgoneta siguiendo las órdenes de Marlowe. Tomó la segunda bolsa y la arrojó sobre la camilla. Marlowe volvió a respirar profundo, llenándose los pulmones de aire frío y húmedo. Uno de los

bomberos más valientes, Reid, los había acompañado; tocó una tecla y el portón comenzó a abrirse. Una ola de putrefacción los golpeó, cual un fantasma que escapaba de la cochera.

Como si la escena en el dormitorio no hubiera sido lo suficientemente perturbadora, el cuerpo del hermano estaba sentado muy derecho en el asiento de un viejo Buick marrón. De veras. El tipo se había abrochado el cinturón de seguridad completo tras el volante, como si se preparase para una agradable tarde de domingo afuera. Flay lo encontró bizarro y de alguna forma, hasta divertido. Lo que no era gracioso era la condición en que estaba. La piel del viejo, alguna vez pálida, se había puesto negra y la descomposición supuraba fluidos que goteaban sobre la camisa celeste y los pantalones que llevaba, ambos empapados ya. Un crucifijo de quince centímetros colgaba de una cadena de plata alrededor de lo que quedaba de su cuello y brillaba contra su pecho bajo el haz de luz de la linterna del bombero.

Marlowe empujó la camilla a un lado, depositó la bolsa pesada en el suelo y la abrió tan ancha como cedió. Analizó la situación un momento y llevó a Flay afuera, donde la lluvia y el aire fresco le permitieron respirar de nuevo. Flay, con la máscara puesta, no compartía el alivio de su jefe aunque, por otro lado, sí evitaba las moscas y lo peor del hedor.

—Tú le... desabrochas el cinturón —Marlowe expuso su plan de ataque—. Yo le agarraré... Eh, la cabeza y los hombros. Después... Tú le agarras los pies.

Por supuesto, el cinturón de seguridad presentó batalla, pero Flay logró liberar el cuerpo con un *click*. Sintió pena por Marlowe, quien debió meter el torso dentro de la pequeña cabina para agarrar el cuerpo por las axilas, sintiendo el cabello áspero que quedaba en la cabeza en descomposición contra la mejilla. Enseguida se dio cuenta de que, en realidad, la peor parte le quedaba a él: debía hincarse de rodillas en el suelo helado y manchado de aceite de la cochera, en el pequeño ángulo entre la puerta y el lado del coche y debajo del volante, para alcanzar los tobillos del difunto. No tendría más opción que meter el rostro de lleno contra el torso putrefacto. Los ojos se habían podrido por completo dentro del cráneo y los labios negros sonreían como si guardasen un secreto entre las encías carcomidas. Más monstruo que hombre, el cuerpo se ladeó hacia adelante cuando Marlowe tiró de él. Desde las cuencas vacías cayeron gusanos retorcidos que aterrizaron en el visor transparente de la máscara de Flay y quedaron pegados allí, como arroz con

leche tras una pelea de comida. Flay gritó de miedo y asco. Más allá de la máscara y de los diminutos gusanos conquistadores que se contorsionaban sobre ella, el crucifijo se balanceó frente a su rostro. Entre la lluvia torrencial, los relámpagos y los truenos, el ícono religioso no ofrecía ningún tipo de consuelo; solo aumentaba el horror.

Tras retirar el cuerpo del viejo Buick, lo depositaron rápidamente dentro de la bolsa y la cerraron. Salió a bordo de la camilla y, en cuestión de segundos, hermano y hermana se reencontraron en la parte trasera de la furgoneta de una funeraria. Flay cerró las puertas y se dejó caer contra ellas aliviado. Se quitó la máscara; la lluvia y el aire helado de la noche lo golpearon de lleno en el rostro sudado como una bofetada. El aire aún estaba cargado del hedor apestoso y la casa seguía repleta de moscas bien alimentadas, del suelo al tejado. Habían aislado la fuente, pero el resto no cambiaría hasta que limpiaran el lugar o lo tiraran abajo.

Flay le regresó el oxígeno a Paul Henderson, quien esperaba en el camión con la escalera.

El Puesto de Comando se desarmaba.

La ambulancia había sido una precaución automática a partir del descubrimiento de los cuerpos. Ahora que los cuerpos habían sido retirados y ninguno de los trabajadores de emergencia se encontraba en riesgo, no había motivos para que continuase allí presente. El personal de la ambulancia se despidió y se alejó en dirección a su cochera principal, a las afueras de Sturm's Landing. Clayton iba tras el volante, entusiasmada, con los eventos transpirados esa noche (y la nueva anécdota de servicio que había recogido ella misma) dando vueltas en su cabeza. Perry, asqueado, solo se llevaba en la mente los restos de una noche que planeaba olvidar.

Los trabajadores restantes intercambiaron algunos comentarios ingeniosos, bromas inapropiadas para desprenderse de la tensión mientras acomodaban sus cosas en los vehículos. Flay pensó unas cuantas, pero la decencia y el respeto que debía demostrar desde su cargo evitaron que las pusiese en palabras. Henderson despachó el tubo de oxígeno que Flay había vaciado, guardó los arneses y aseguró la pesadísima "llave" que habían usado para tirar abajo la puerta principal. Listo para partir, Henderson se montó al camión con escalera y se fue. El Jefe de Bomberos subió a la cabina, y Reid y Baker se acomodaron en los asientos traseros. Lund apagó la barra de luz de emergencia del camión y desapareció en la oscuridad llevándose a su Compañía con ella.

La furgoneta de Fengriffen estaba lista, también. Marlowe se despidió con un “Herbert, eh, gracias. Supongo que... Eh, te veré en la oficina”, y Flay inició el camino de regreso.

El Comisario y los oficiales aseguraron el perímetro de la casa de las moscas. Tuvieron un pequeño debate acerca de cuán conveniente sería poner la cinta amarilla de precaución en la escena del crimen, pero al final optaron por no hacerlo. Había una nota de suicidio y, de todas formas, era evidente que no había una familia preocupada por ellos en el mundo que pudiese exigir una investigación.

—¿Cómo dijiste que se llamaba el vecino? —preguntó el Comisario a Maitland mientras corrían bajo la lluvia para ir a agradecer al caballero por su hospitalidad.

—Dejé mi libreta en el patrullero —se lamentó el oficial—. Era Schreck o Shanks, algo así.

El Comisario frunció el ceño y entró a la cochera; Maitland lo esperaría afuera. Le agradeció al Propietario por su ayuda y su generosidad, le dio la mano y ni siquiera pestañeó ante el sacudón de manos sospechoso que recibió.

—¿Cómo era su nombre? —le preguntó.

—Smith —contestó el Propietario con una sonrisa—, solo Smith.

* * *

Las luces de Cedartown volvieron a convertirse en puntos diminutos hasta desaparecer por completo en la noche junto a la ciudad misma, a espaldas de Herb Flay y la furgoneta de Fengriffen. La lluvia no cesaba pero los truenos parecían haberse acabado y los relámpagos se habían reducido a chispazos poco frecuentes. Los efectos especiales llegaban a su fin y el espectáculo de terror bajaba el telón. Y ¡qué espectáculo había sido esa casa! Tan diferente de como se veía antes.

Sí, Herb Flay ya había estado allí.

Había conocido a los hermanos hacía más de cuatro meses, cuando era un recién llegado en el pueblo. Flay era un ávido lector, siempre lo había sido, y cuando buscas empleo en un pueblo nuevo, la biblioteca era un excelente lugar para comenzar. Tenía habilidad para los funerales, y las casas funerarias eran su zona de confort, pero era imposible presentarse en un negocio así y tan solo llenar una solicitud de ingreso. Era necesario aprender

la historia local, el contexto, la administración. Los nombres de los paquetes que trasladaba eran Jim y Emily Underwood; los hermanos que llevaba en dos bolsas en la parte trasera de la furgoneta habían sido de gran ayuda. Con su ayuda, había aprendido todo lo necesario sobre el viejo y chistoso Marlowe y la Casa Funeraria Henry Fengriffen. Gracias a ellos y, claro está, a sus encantos propios, asegurarse un empleo había sido pan comido.

Más tarde, los Underwood le habían sido de invaluable ayuda otra vez, sin siquiera saberlo. Habían sido tan abiertos con él; le habían contado todo sobre sí mismos. Eran un par demasiado solitario, sin familia ni amigos. Solo la biblioteca y ellos. Además, ya habían concretado los arreglos funerarios con la Casa Funeraria Fengriffen para el futuro. Eran las personas perfectas para lo que Flay necesitaba. Cuando el negocio de morir se tocó fondo y Flay precisó un cuerpo y un funeral para salvar su empleo, ellos estaban ahí, listos para causar uno. Dos, en realidad. Jamás lo sospecharon.

Los vecinos no se habían dado cuenta de nada, ni siquiera el señor “metiche” Smith. No les importaba. Los Underwood se habían encariñado tanto con él que era absolutamente natural que Flay los visitara. Ayudaba a Jim a cargar los libros. Se devoraba las magdalenas caseras de Emily. Había devuelto esa copia de Ciencias Mortuorias que le habían prestado y, en agradecimiento, les había obsequiado una enorme caja de chocolates. Ambos le habían confesado tener debilidad por los dulces.

Fue tan fácil regresar la noche siguiente, detener el coche a una calle de distancia y deslizarse dentro de la casa a través de una ventana que había dejado abierta. La escena que lo aguardaba había sido... un poco extraña. Se habían comido los chocolates envenenados y ambos estaban muertos, sí. Emily, en su cama; lo más probable era que se hubiera recostado por el dolor de estómago. Pero Jim... Flay vivió unos minutos de pánico mientras registraba la casa en su búsqueda, y respiró aliviadísimo cuando lo encontró. Solo Dios sabría qué rayos hacía Jim en su coche, dentro de la cochera subterránea. No tenían teléfono, ¿para qué lo tendrían? ¿A quién llamarían esos dos viejos tristes y arrugados? Tal vez, al sentir los retorcijones, Jim había decidido ir por ayuda. Nadie podría asegurarlo. Flay no era Sherlock Holmes y, de cualquier forma, no importaba. Encontró a Jim, muerto igual que su hermana, y eso era todo lo que necesitaba. Tiró los dulces que quedaban sobre los libros apilados en la mesa de la cocina y se deshizo de la caja. Garabateó una nota suicida (sin dramatismo excesivo ni una explicación detallada) y la puso en la mano de Emily, contra su pecho. Abandonó la casa,

oculto en la oscuridad.

Eso había ocurrido hacía ya un mes.

Flay no esperaba una aprender una lección de todo eso. En el negocio, así como en la comedia, medir el tiempo era vital. Se habían tardado demasiado en encontrar a los muertos. Si no hubiera sido por el vecino chismoso, Flay habría perdido su empleo, su trabajo se hubiera desperdiciado y los Underwood se habrían echado a perder, por nada. Ayudar a las personas solitarias a encontrar su descanso final tenía puntos positivos; nadie los extrañaba de inmediato, por lo que desaparecer de la escena era sencillo. Tarde se dio cuenta de que si elegía personas demasiado solitarias y olvidadas, existía la posibilidad de que nadie los buscara jamás. ¿De qué servía eso? No tenía sentido preparar un cuerpo si, a la hora de ir a retirarlo, ese ya no era su trabajo. Tendría que planearlo con más cuidado la próxima vez que el trabajo escaseara.

La lluvia se había convertido en una leve llovizna para cuando llegó a la ciudad, y se había detenido por completo cuando las luces de la Casa Funeraria se hicieron visibles en el camino. El aire de la mañana era fresco como limones recién cosechados y, por fin, se le estaba destapando la nariz.

Pensándolo bien, Herb Flay volvía a estar hambriento.

Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales

Los comentarios y recomendaciones son cruciales para que cualquier autor pueda alcanzar el éxito. Si has disfrutado de este libro, por favor **deja un comentario**, aunque solo sea una línea o dos, y házselo saber a tus amigos y conocidos. Ayudará a que el autor pueda traerte nuevos libros y permitirá que otros disfruten del libro.

¡Muchas gracias por tu apoyo!

¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?



Tus Libros, Tu Idioma

Babelcube Books ayuda a los lectores a encontrar grandes lecturas, buscando el mejor enlace posible para ponerte en contacto con tu próximo libro.

Nuestra colección proviene de los libros generados en Babelcube, una plataforma que pone en contacto a autores independientes con traductores y que distribuye sus libros en múltiples idiomas a lo largo del mundo. Los libros que podrás descubrir han sido traducidos para que puedas descubrir lecturas increíbles en tu propio idioma.

Estamos orgullosos de traerte los libros del mundo.

Si quieres saber más de nuestros libros, echarle un vistazo a nuestro catálogo y apuntarte a nuestro boletín para mantenerte informado de nuestros últimos lanzamientos, visita nuestra página web:

www.babelcubebooks.com

Table of Contents

[Página de Titulo](#)

[Página de Copyright](#)

[Uno](#)

[Dos](#)

[Tres](#)

[Cuatro](#)

[Cinco](#)

[Seis](#)

[Siete](#)

[Ocho](#)

[Nueve](#)

[Diez](#)

[Once](#)

[Doce](#)

[Trece](#)

[Catorce](#)

[Quince](#)

[Dieciséis](#)

[Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales](#)

[¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?](#)